EDICION DE «EL NACIONAL»

CUENTOS MEXICANOS

MÉXICO
Tipografía de «El Nacional».—Mariscala, 5.
1898

INDICE

	Págs.
Los tímidos.—Ciro B Ceballos	8
De ultratumba.—José Juan Tablada	10
Los dos compadres.—Rubén M. Campos	15
El baile de la Legación.—Gregorio Aldasoro	21
Los ingratos.—Ana Ruiz	28
¡Estas mujeres!..... —José Ferrel	32
La última pena.—Ciro B. Ceballos	39
Amores viejos.—Alberto Leduc	48
El cascabel al gato —Rubén M Campos	62
Un viaje al Cielo.—José Ferrel	69
Amistad.—Rafael Delgado	92
Plenilunio.—Alberto Leduc	98
El retrato del Nene. (Historia amorosa) - Rafael Delgado	103
Homo duplex.—Ciro B. Ceballos	129
Un castigo en el mar.—José Ferrel	135
Amor herido.—Ana Ruiz	141
El crimen de Juan.—Pedro Argüelles	146
Niños y palomas.—Alberto Leduc	155
El alcohol.—Rubén M. Campos	159
La primera maniobra.—José Ferrel	165
Juan José —Pedro Argüelles	172
Un pesimista.—Ciro B. Ceballos	187

Págs.

¡Nó!—J. B. M-G. 194
Mariposas.—Alberto Leduc 198
Pierrot enamorado de la Gloria. (Cuento en cuatro escenas)—Bernardo Couto Castillo 201
Noche horrenda.—Rubén M. Campos 211
¡Maldita guerra!—M. Larrañaga Portugal 217
La estatua del condenado.—José Ferrel 225
Los humildes.—Rubén M. Campos 232

LOS TIMIDOS

A Rubén M. Campos.

Aquella tarde diluviaba tenazmente, y Filomena, para no poner en estado lastimoso su único vestido, guareciósе junto á una puerta, calculando que el aguacero se aplacaría en unos cuantos minutos.

Un toldo de nubes cada vez más obscurecido se extendía cual fúnebre pabellón sobre las azoteas y cúpulas de la ciudad.

A intervalos, estertoroso como lejano redoble de tambores, sonaba el grito de la tempestad en las alturas, y el relámpago rayaba á rojo de fuego el fondo humoso del espacio, encendiendo aurescentes llamaradas en las charcas de la calle.

La lluvia, la harpía, recitaba su chocante soliloquio de cigarra; pasaban carruajes á trote tardío, transeuntes que se aproximaban á

las paredes, perros en precipitada huída ó viejecillas protegidas de la inclemencia por inválidos paraguas.

Filomena estaba inquieta.

El tiempo transcurría con violencia y ella tenía necesidad de ocurrir á la escuela por Nina, su querida muchachita, que tal vez lloraba en la portería, acobardada por las visiones que la obscuridad fabrica en la mente de los niños.

¿Cómo aventurarse?

Las calles se inundaban y el agua destrenzaba incansable sus flecos de cristal....

Aguardó un buen rato.

¡Paciencia inútil!

La tormenta no cedía, antes bien, aumentaba más y más.... ¿Qué hacer....? ¿Expondría sus ropas á la intemperie....? ¡No había remedio, ya era muy tarde, la pequeñuela sufriría en el cuarto aquel....! Además, estaba muy próxima esa hora terrible en que comparsas de hombres de fisonomías patibularias preparan su batida para capturar á las mujeres sospechosas.... era necesario.... se marchaba.

En el instante de lanzarse una voz balbuciente la contuvo:

—¿Permite usted que la cubra?

—Si voy muy lejos.

—No importa.

Y sin que ninguno de los dos se diera cuenta de ello, caminaron por barrios y avenidas, silenciosos y tristes, ella, mortificada y casi arrepentida de haber cedido; él, cohibido y

avergonzado, avivando sin cesar la lumbre de su cigarro.

Después de ocurrido aquel percance la obrera fué perseguida por el desconocido con una asiduidad desesperante.

¿La quería?

Esa pregunta que incierta y tímida se agazapaba en lo más recóndito de su alma, evocó, con todas sus peripecias y como al poder de un conjuro mágico, el drama elegiaco de su caída.

Columbró de nuevo á Rafael, al señorito de los buenos modales y las corbatas de madrás á grandes cuadros; recordó pavorizada todos los episodios de aquella pasión impetuosa, de cuya apagada hoguera todavía ardían, como moribundas teas, las postrimeras brasas.

Sueños de solterita pobre y novelera, abandonos de muchacha sin malicias, los orgasmos de un amor prohibido saturados con la esencia capitosa del deleite, la vida en común, sus imaginaciones de soñadora metamorfoseadas en brutales desengaños, el hastío coagulando dos corazones enardecidos por las fiebres de la carne; después, malos modos, disputas cotidianas, sobre sus espaldas los puños del caballerete tamborileando noche y día, con gran escándalo de los vecinos, y, por último, hallarse abandonada y sin recursos en las vísperas de su primer alumbramiento.... en plena miseria!

No, de ninguna manera podría ella interesar á su perseguidor, le faltaban atractivos personales, estaba á la mitad de una carrera

desastrosa, las privaciones y las fatigas del trabajo la aniquilaban lentamente.

Su coquetismo estaba muerto.

Muchas noches, cansada de luchar y decepcionada de sus heroísmos de mujer honrada, había tocado con mano trémula las curvas de su cuerpo y siempre su curiosidad fué amargamente desengañada al palpar el exangüecimiento precursor de una madurez prematura...

Sus ojos ya no eran bellos como en otras épocas, amarilleaba su piel, blanqueaban sus cabellos.... ¿Podían quererla en el marchitamiento de su hermosura?.... ¡Imposible!.... El que la buscaba tenía que ser un depravado, un perverso, un seductor vulgar que una vez saciado el antojo la abandonaría con la vileza usual en semejantes casos, sí, la despreciaría cuando tal vez llevaba en su seno el germen de otro sér.

¿Qué ligas decorosas podía imponer á su pretendiente, ella, Filomena, la perdida que tenía una hija repudiada por su padre?

No debía quejarse, estaba condenada al abarraganamiento, á la inmoralidad, ¡era su sino!... Aquel amador no sería tan bueno hasta ofrendar en afecto paternal á la criatura y trabajar luego como una bestia para proveer á la subsistencia de los tres; la suerte la condenaba al taller; debía medio matarse allí, soportando las más ingratas labores, mientras tuviese aliento para alimentar á su chiquita... Después... la muerte llegaría, y la huerfanilla cumpliría fatalmente su destino...

¿Y por qué ver la situación á través del vidrio ahumado de sus pesimismos?

Ese hombre podía ser un buen sujeto, probablemente sentiría hacia ella muy nobles inclinaciones; el corazón tiene abismos y recoditeces donde con frecuencia se ocultan afecciones muy intensas... sin duda era también un desdichado... ¿Por qué no había de existir entre los dos esa profunda simpatía que une siempre á los seres igualmente perseguidos por las fatalidades?... Viviría solitario y sin ternuras?... ¡Nó!... Ella divagaba de una manera estúpida, presentía que éste quería engañarla como el otro... ¡burlarla!... á buena parte iban, tenía experiencia.

El excelente Ambrosio estaba enamorado de la florista con todas las sinceridades de su alma sana y generosa.

Aunque era cándido y sencillo adivinó un trágico pasado en aquella enlutada de aspecto humilde á quien veía casi todos los domingos por los parques públicos al lado de una chiquilla enfermiza y mal vestida.

La quiso, por taciturna y desvalida, porque como él vegetaba hambriento de cariños y ternezas, todos los seres sufrientes le eran profundamente simpáticos y los estimaba como amigos viejos.

Sus costumbres le irritaban por su insulsa y sempiterna invariabilidad, imponíasele como exigencia imprescindible la sociedad de la hembra, necesitaba á la amiga, á la esposa, á la confidente; los modestos goces que se procuraba nunca bastaron para llenar ese vacío

que le ahogaba aumentando su odio á la existencia.

Era el oficial más hábil de la ebanistería, disfrutaba de un salario que envidiaban sus colegas, gastaba poco y realizaba buenas economías porque no tenía vicios ni le agradaba el despilfarro.

Quería matrimoniarse con una muchacha modesta y poco aficionada á lujos y perendengues, ansiaba formar un hogar, crear afecciones tiernas, ser padre de muchos niños pelirubios y llegar al término de la peregrinación vital con la patriarcal tranquilidad de los que jamás hicieron mal á nadie.

Aquella desconocida lo intrigaba sobremanera; en su obcecación de apasionado, creíala el arquetipo de la beldad-fantasma que se había fotografiado en sus retinas interiores.

Aunque estaba casi seguro de ser aceptado, nunca se decidió á formular petición amatoria alguna, temeroso de un desdén y acobardado ante la posibilidad de uno de esos desengaños que hacen llagas incurables en los temperamentos sensitivos.

¿Quién sería capaz de garantir las virtudes de la dama que lo desvelaba?

Comunmente, toda hembra es un saco de serpientes; las de apariencia mas modesta, son hipócritas famosas y muy expertas intrigantes.... ¡Y esa pequeñuela!.... ¿Era el certificado de una deshonra?.... ¿la prueba de un pecado intencional?.... ¿la resultante de muchos sensualismos desenfrenados?.... ¿el efecto inconsciente de la prostitución

consciente de su madre?.... ¡No se aventuraría con los pies desnudos por entre las espinas de un abrojal, necesitaba pruebas inconcusas de la honradez de esa mujer.. . pruebas.... muchas pruebas!

¡No sería tan sandio hasta dejarse atrapar en las redes de una cualquiera!

.....

A las agonías de una tarde calurosa, como dos combatientes, se encontraron frente á frente en una calle poco concurrida.

En sus corazones hubo algo semejante á un estallido.

Los dos se miraron con pavura, y al comprender la incertidumbre que por tanto tiempo los había separado, huyeron avergonzados de su estúpido egoísmo.

Ya muy lejos, cuando sus informes siluetas parecían disolverse en la penumbra que como densa humareda lo opacaba todo, en un arranque de supremo dolor, levantaron hacia arriba sus rostros preñados de lágrimas, como implorando á los mundos que brillaban, un consuelo á la pena que los agobiaba en ese instante tan terrible.

Era un crepúsculo trivial.

Hacia el ocaso, sobre el fondo escarlata del cielo, se elevaba un inmenso nubarrón, franja carmínea con bordes de sangrienta luminosidad, que parecía una herida abierta al infinito.

CIRO B. CEBALLOS.

Julio 2 de 1897.

DE ULTRATUMBA

A lo largo de las calles, húmedo y frío, se arrastraba un viento de invierno que azotaba el cristal de los faroles y hacía que flamearan los mechero de gas.

El movimiento había cesado en las calles, apenas cruzadas por escasos transeuntes ó por tardíos coches, cuyo rodar intermitente y fragoroso surgía, desvaneciéndose luego en el silencio.

En aquella hora, á la media noche, el sol del vicio se levanta; es la hora febril de la cantina, donde la vida del ebrio se arrastra con el latir precipitado de un corazón de alcohólico y las visiones que se levantan de un cerebro nublado por el vino.

El reloj de aquella taberna marcaba las doce, hora que acababa de sonar con los suspiros de las doce campanadas y el seco y perezoso estertor de la cuerda que se estira.

Una docena de individuos reposaban en el interior: dos alemanes, con el rubio *book* de cerveza al frente, jugaban con los dados, recortando en la obscuridad sus rostros rubios y congestionados de teutones. Más allá, un individuo roncaba, sosteniendo un puro entre los dientes, arrojando en el silencio la nota de un ronquido comatoso. Algunos *clubmen*, de pie junto al mostrador de la cantina aprovechaban un entreacto del vecino teatro, y entre sorbos de coñac y bocanadas de humo, analizaban la vulgar estética de una corista. Un mesero cruzaba el salón á cada instante y la nota de su mandil blanco se recortaba en la penumbra y brillaba después, junto al mostrador, bajo la luz radiosa de las lámparas Edison.

Pero el individuo pálido, de lividez cenicienta, de mirada turbia, de ojos hundidos en las cuencas, de labios entreabiertos y cansada actitud, tenía por fuerza que llamar la atención, más que los rubicundos teutones, más que el individuo que roncaba entre los estertores del *coma*, más que el grupo de elegantes que continuaban entre sorbos de coñac y bocanadas de humo, la anatomía de la vulgar corista.

Tenían los teutones la embriaguez pesada de la cerveza, que derrama en las venas de los bebedores la enforía más burguesa, el bienestar más animal. Su charla gutural se exhalaba en roncas vocalizaciones, en rudas palabras, en salvajes monosílabos. Danzaban agitados por aquellas manazas, los blancos dados

en el cubilete de cuero y caían después sobre el mármol de la mesa, con el ruido seco y macabro con que golpearían los torsos de un esqueleto sobre una lápida mortuoria.

El individuo que roncaba era un organismo hipotecado por el sueño. De cuando en cuando alguna mosca se posaba en su rostro sudoroso y entonces el índice de su mano espantaba al insecto y el índice seguía frente al sudoroso rostro serio y gravemente como el de los fakires que se hipnotizan.

Los *clubmen* eran grises, sus individualidades se concentraban en las corbetas y gravitaban al rededor de los correctos abrigos.

Pero el sujeto pálido, de lividez cenicienta, tenía una embriaguez trágica que se difundía en su rostro é imprimía á su cuerpo ademanes extraños y nerviosos, tenía la embriaguez lívida del ajenjo, la que inspiró cantos á Musset y llena de alienados los hospitales de París. Esa embriaguez era casi un boceto del *delirium tremens*.

Con un ademán exaltado llamó al mozo, que á poco volvió llevando una botella en la mano, la botella florderlisada con la cruz roja que al verter su contenido en la copa llena de agua fing ó los tonos y los orientes de un ópalo en fusión.

Luego, con mano vacilante, sacó un papel de su bolsa, un papel gris con ancha franja negra como de esquela mortuoria, y á la luz de la próxima lámpara leyó unas cuantas líneas que decían con una escritura femenina:

"Sé que has llegado. Ven á verme. Te amo como siempre.—Tu ELENA".

Y al doblar el papel y volviéndolo á guardar en su bolsa, el temblor de su mano insegura se acentuó.

Aquella mujer era la "Sapho" de su historia, vulgar como aquella y descendiendo de una genealogía semejante.

Su pasado había sido sacrificado á ella, que siempre, llevada por el recuerdo, aparecía ante sus ojos con la vaga apariencia de una esfinge enamorada, dulce y trágica, voluptuosa y cruel.

Hacía más de un año que ausente de la ciudad no la había visto y ahora, apenas regresaba, recibía aquel papel que había leído, trazado quizás en un momento de ansia y de arrebato.

Iría á verla. á pesar de todo, á pesar de los engaños, sobre las falsías y las traiciones, ansioso de escuchar aquella voz que en su vida había resonado modulando el halago, exhalando la caricia y pronunciando la maldición.

Iría á verla, á pesar de las infidencias y de las crueldades, anhelante de arrancar de aquellos labios que ahora lo llamaban, el beso de otros días, el beso de pasión y de deleite.

.....

.....

.....

Con inseguro paso atravesó las calles flagelado por aquel viento de invierno que se arrastraba húmedo y frío azotando el cristal de los

faroles y haciendo que flamearan los mecheros de gas. Tras de una hora de marcha llegó á una callejuela que atravesaba dos avenidas de un barrio. Llegó al número de la casa indicada y penetró. Apenas si en medio de la turbación de que estaba poseído, sintió un ligero olor de ácido fénico derramado en la habitación y notó que apresuradamente una mano apagaba un cirio que ardía en la pieza contigua. Aquella noche reanudó con Elena su antigua pasión y un retoño de los amores de otros días floreció en la penumbra de aquella triste noche y volvió á encontrar la dulce voz de antaño y el anhelado beso.

Al día siguiente, en el cuarto de su hotel, aun conmovido por las emociones de la víspera, recibió una esquela mortuoria que anunciaba la muerte de Elena, acaecida un mes antes. Hecho un loco, salió á la calle y varios amigos confirmaron aquella noticia, y uno de ellos llegó á asegurar que él en persona había asistido al entierro.....

Desde entonces una imaginación de loco se agita en un frenesí extraño y la embriaguez de todos los días alumbra, sin poder disipar, una habitación saturada de un olor de ácido fénico, un beso anhelado, y al fin vuelto á encontrar, y el triste chisporroteo de un cirio que apaga una mano presurosa.

JOSÉ JUAN TABLADA.

LOS DOS COMPADRES

A Fortunato Herrerias.

Fermentaba en todo su esplendor la verbena de Diciembre, en Chilpancingo, y la vasta plazoleta de San Mateo, desierta el resto del año, burbujeaba á la sazón de una multitud embriagada y alegre.

Los puestecitos de aguas frescas, de frutas, de buñuelos, de enchiladas, abrian angostas calles apretadas de paseantes, y de donde quiera se alzaban en el declinar de la tarde luminosa y límpida, las canciones quejumbrosas del Sur....

Chilenas interminables, zamacuecas jacarandosas en tono menor, malagueñas llevadas á la montaña por los *chaquetas* realistas del tiempo de la insurgencia y adaptadas para cantar los romances de nuestros guerrilleros, temblaban en el aire zumbante con la gregua-

ría de los vendimieros y volaban á perderse en las sierras aureoladas de luz de oro.

Entre la multitud aglomerada semejante á un panal de abejas, aparecían, dispersas al acaso, las morenas surianas en flor, las hechiceras criollas de palidez tentadora y trenzas de azabache....

Pero yo me había abstraído, bebía solo en un puestecito un vaso de chicha y me despertó de mi ensueño la contemplación de dos surianos que se hallaban sentados cerca de mí.

Era un par de viejos lisiados.

El uno mostraba hendida su mejilla izquierda y su nariz de un sablazo mal cicatrizado; al alzar el brazo para beber, veíase que lo movía con dificultad. El otro tenía en perpetua tensión una pierna baldada y su mano derecha estrellada por un balazo.

Platicaban tranquilamente, con voz pausada, ajenos á la fiesta que hacía crisis bajo el crepúsculo dorado, y al verlos así, en tal fraternidad de viejos camaradas, ninguno se imaginaría el tremendo drama que había surgido veinte años antes, entre los dos.

Frisaban entonces en los treinta años, eran los dos fuertes y temidos, valientes y audaces, no se habían ensombrecido el uno al otro, jamás habían chocado en su vida aventurera y para sellar su alianza habían encompadrado.

Antonio Gutiérrez había sido premiado por su joven esposa con un hijo, y convidó á Jaime Rosales para que lo llevara á la pila bautismal.

La fiesta fué suntuosa. Los amigos satéli-

tes de los dos temibles campeones asistieron á la casa de Gutiérrez; se bebió y se brindó por los buenos tiempos, no lejanos entonces, en que solteros y calaveras, eran el espanto de los maridos y la tentación de las casadas, y la unión fraternal entre los dos compadres se afianzó más y más con los años que templaban el brío de sus juventudes derrochadas en placeres.

Los dos eran hombres cabales y cumplidos, respetados y temidos, montaban los mejores caballos, jugaban los mejores gallos, desmontaban partidas y solían tardíamente armar espantables tremolinas en las ferias.

En la feria de Tixtla fué donde conocieron los dos á una mujer, Zenaida, hembra jugada en amores y disputada de los machos más fieros, y sucedió que á los dos compadres les llenó el ojo.

Gutiérrez, en cuanto advirtió que Rosales la cortejaba, le dejó libre el campo. Rosales á su vez hizo lo mismo, y ambos á la expectativa y desconcertados de no ver progresar al rival, volvieron á la carga á un tiempo, sin decirse nada, y cuando quisieron atajar el mal descubierto, ya era tarde.

Los dos estaban apasionados de la aventurera y se sintieron heridos en su vanidad y hostilizados por las puyas de sus amigos.

Creyeron cada uno que el otro había cometido traición y felonía y un odio mortal surgió súbitamente en su fiero corazón.

Rosales fué más afortunado y paseó á la hembra en triunfo celebrado por sus amigos,

ante los ojos de Gutiérrez, que devoró su ira y palideció de despecho.

El triunfo celebróse con una francachela, y pasada la fiesta, Rosales buscó al vencido y le dijo:

—Compadre, parece que tenemos algo pendiente.

—Sí, compadre, y como entre hombres no hay explicaciones, espérame mañana á las diez en los Puentes, armado y montado.

—Solos, por supuesto.

—Solos.

Y sin más palabras se separaron.

Al día siguiente los dos llegaban por distintos caminos al lugar citado, montados en soberbios caballos y armados de un rifle, una pistola, dos cartucheras respectivas para los dos calibres, y sus sables.

Se saludaron desde lejos, rayaron sus caballos y sin más ceremonias se dispusieron á matarse mutuamente. En sus cerebros había la obsesión de matar, y convertidos en fieras por el choque tremendo de su rivalidad y su prestigio, hallaron tácitamente la solución de su problema en la muerte.

El ardor de la caza mutua los embriagó y los enfureció. Se disparaban con la rebeldía de matar antes que morir, cuidando su vida con sagacidad inaudita, quebrando los caballos que resoplaban espantados, tendiéndose sobre los cuellos y barriéndose sobre las ancas en movimientos elásticos de centauros.

Con el barboquejo calado, los sombreros jaranos arriscados sobre los ojos chispeantes, se

buscaban el blanco humano, desdeñaban el blanco del bruto porque en su hidalguía suriana consideraban deshonroso desmontar á su adversario.

Cuando hubieron agotado los tiros de rifle, echaron mano á las pistolas y la lucha siguió más encarnizada. Con la puntería más fácil de adquirir, Rosales hirió primero á Gutiérrez en el brazo izquierdo. A la distancia lo vió flaquear, pero súbitamente liarse las riendas y seguir disparando. Con el dolor y la rabia, Gutiérrez dirigió un tiro certero á su adversario y le hirió en un muslo, y despreciando el peligro, enardecidos con la sed de venganza, fueron acortando la distancia y se dispararon locamente á quemarropa.

Rosales agotó primero un renuevo de cinco tiros, y comprendiendo la inutilidad de cargar otra vez y el peligro de la proximidad, desenvainó el sable y se echó sobre Gutiérrez. El vencido en el lance de amor desenvainó también poseído de un furor satánico, y la lucha se trabó feroz y espantosa, fué una lucha de demonios, una apoplegía de odios frenéticos, y se acribillaron á sablazos.

El machete de Gutiérrez hendió transversalmente el rostro de su rival á la vez que Rosales le hendía el hombro, derribándolo en tierra.

Los dos adversarios cayeron al mismo tiempo, y cuando quisieron arrastrarse para aniquilarse mutuamente, las fuerzas les habían abandonado, las hemorragias los vencieron y quedaron sobre el campo, moribundos y satis-

fechos, mientras los caballos heridos huían espantados, hasta que levantaron á los rivales por la tarde.

El escándalo producido fué espantoso. Los tribunales los procesaron y los sentenciaron; del hospital pasaron á la cárcel, y ¡cosa extraña!, después de luchar entre la vida y la muerte, apenas entrados en la convalecencia, un mismo pensamiento los asaltó á los dos.

Extinguido el odio, satisfecho el orgullo, se preguntaron á la vez á sí mismos:—¿Es que realmente él me traicionó?

Y he aquí que, apenas dado de alta Antonio Gutiérrez, fué, vacilante y arrepentido, al lecho de Jaime Rosales y le dijo:

—Oye, compadre, ¿tú creías que yo me había retirado de Zenaida?

—Sí, compadre, ¿y tú?

—Yo también.

A medida que surgía la explicación, sus ojos marchitos brillaban de alegría.

—¿Es decir, que lo pasado, pasado?

—¡Lo pasado pasado, compadre, perdóname!

Y se abrazaron radiantes de júbilo para no separarse ya nunca.

RUBÉN M. CAMPOS.

EL BAILE DE LA LEGACION

Me encontraba en los días más felices de mi vida: Elena me adoraba y estaba en vísperas de casarme con ella. Ya sabéis que no hay dicha mejor que la que nos proporciona una esperanza próxima á realizarse.

Mi tío, mi buen tío, mejor dicho, mi segundo padre, el rico hacendado Don José Ramón de Goya, á cuyo cargo había yo quedado á la muerte del autor de mis días y á quien debía no sólo la conservación de mi herencia, sino su acrecentamiento, acababa de escribirme anunciándome su viaje, que tenía por único y exclusivo objeto terminar los últimos arreglos y preparativos de mi boda. Ahí estaba su carta, cariñosa como todas las suyas y llena de sanas y cuerdas reflexiones sobre el santo estado del matrimonio, al cual, sin embargo, el empedernido solterón no había inclinado la cerviz.

Para mayor colmo de dicha, aquella misma noche iba yo á romper con Elena, el baile de la Legación, pues ambos teníamos en el Minueto á la Luis XV con que debía iniciarse la soberbia fiesta, á la que estaba invitada la flor y nata de la sociedad mexicana, un puesto principal. Debo advertir que tanto Elena como yo pasábamos por excelentes bailadores.

Muellemente abandonado en la *chaise long* de mi coqueta alcoba, soñaba despierto, pasando revista en la imaginación á los acontecimientos del día y gozando anticipadamente con las delicias que me esperaban. Aquel había sido por cierto para mí, un día muy atareado y hasta cierto punto fatigoso, porque á las ordinarias ocupaciones y pasatiempos de mi tranquila existencia se habían unido los naturales preparativos de una fiesta tan rumbosa y elegante como la que ya he mencionado. La noche anterior habíamos ensayado repetidamente el Minueto, hasta dejarlo listo, y á pesar de la hora avanzada en que me había recogido, tuve que madrugar para que me alcanzara el día. El sastre me había dado mucha guerra con mi traje Luis XV, que como cualquiera comprenderá, no admite arrugas ni imperfecciones. Por fortuna mía, merced á mi diligencia y sobre todo á la actividad de mi fiel Máximo, modelo de ayudas de cámara habidos y por haber, en aquellos momentos nada me faltaba. Delante tenía el rico traje que debía vestir momentos después, las joyas que había de llevar, el aterciopelado tricornio, el

largo bastoncillo de carey con puño de oro y borlas lila, color de mi casaca, complemento de aquella vestimenta anticuada, pero muy elegante y propia para las ceremoniosas costumbres de aquella época. Sobre el mármol del tocador, brillaban, por último, las blancas hebras de la peluca con coleta, que sólo esperaba la mano del peluquero para embonarse en mi cabeza.

Eran las siete de la noche. ¡Qué lentamente caminaban las afiligranadas manecillas del antiguo y artístico péndulo ginebrino que medía el tiempo en mi estancia! Me sentía cansado y de aquellas tres horas que faltaban para el principio de la fiesta, una cuando menos podía emplear en aquel dulce y reparador *far niente* Porque, eso sí, cinco minutos antes de las diez tenía que encontrarme en la Legación, al lado de mi Elena, para darle la mano á la hora precisa de la cita y conducirla al salón, formando parte del grupo que debía romper el baile.

Soné el timbre, dije á Máximo que á las ocho en punto comenzaría á vestirme, bostecé y me dispuse á seguir soñando...

No habría pasado un cuarto de hora cuando noté un gran movimiento en la escalera. Voces desconocidas, ruido de bultos que se colocaban en el corredor, subidas y bajadas y por último el acento jubiloso de Máximo diciendo:

—Por aquí, señor. ¡Qué gusto va á recibir el señorito!

Me levanté, restregándome los ojos, de la *chaise-long*, en el momento en que se abría la puerta de mi alcoba asomando por ella el venerable y risueño rostro de mi tío. Caí en sus brazos, como era natural, y no bien le hubo medio quitado Máximo el polvo del camino, nos sentamos uno en frente del otro á hablar de nuestros íntimos asuntos, y sobre todo de Elena, de esa hermosísima joven que iba á ser mi esposa y en la que cifraba las más risueñas ilusiones de mi vida.

Elena no era una desconocida ni una extraña para mi tío. Hija de un antiguo y honorable amigo de la familia, la había tenido en la pila bautismal, consagrándole desde luego ese cariño á la antigua que se otorgaba á los ahijados como una natural obligación nacida del parentesco contraído con ellos. Después, cuando Elena había crecido en cuerpo y gracias, convirtiéndose en una hermosa y esbelta joven, llena de cualidades, y en la cual se preveía

A través de la niña enamorada
La dulce gravedad de la señora,

aquel primitivo cariño se convirtió en un afecto más hondo, verdaderamente paternal. Dados estos antecedentes, fácilmente se comprenderá con qué placer recibiría mi tío la noticia de nuestros amores, de Elena y míos, y qué empeño no pondría para orillarlos á un buen fin. El noble anciano estaba contentísimo.

—Ahora sí moriré tranquilo, me decía. Us-

tedes disfrutarán de mi caudal, que tú sabrás conservar, estoy seguro de ello, y habré dejado en el mundo un hogar en el que se conserve perpetua y cariñosamente mi memoria.

Nos engolfamos en una de esas embrosísimas conversaciones de familia, en las que se hacen los más gratos recuerdos y se forjan excelentes proyectos para los tiempos futuros. La luna de miel la pasaríamos en la hacienda. Si las naturales consecuencias del matrimonio no lo impedían, haríamos los tres un viaje á Europa. De todos modos, mi tío pasaría á nuestro lado mayor tiempo que el acostumbrado hasta entonces y yo tomaría una parte más activa en la administración de los bienes para acabar de adiestrarme en los negocios.

Entretenido, embargado verdaderamente en esta conversación, me había olvidado de todo, cuando el péndulo ginebrino comenzó á dar horas.

—Las ocho—pensé—ya es hora de vestirme.

Pero levanto los ojos, los fijo en las afiligranadas manecillas y con la mayor sorpresa noto que apuntaban... ¡¡las diez!!

De un salto llego á la puerta de mi alcoba, amo, penetran Máximo y el peluquero y sin explicar á mi tío la causa de aquellas agitadas maniobras, comienzo á vestirme con la mayor precipitación.

—¡Que esté el coche listo! grito, mientras me ponía los guantes, y dejando á mi tío boquiabierto, me precipito á la escalera, que bajo de cuatro en cuatro escalones, y subo al coche.

—¡A galope! digo al cochero, y parten mis frisones echando chispas con las herraduras.

—Serán muy elegantes estos trajes á la Luis XV, me decía yo mientras volaban mis caballos por esas calles de Dios; pero son muy molestos. ¡Se siente un frío singular en las piernas!

¡Por fin llegamos! Mi cupé se detuvo en la *marquesina* y solícito mi lacayo en un santiamén me abrió la portezuela.

En aquel momento ponía el pie en el primer peldaño de la escalera mi Elena, mi adorada Elena, elegantísima con su vestido de carácter. En la mismísima Corte de Luis XV hubiera podido codearse con la más empingorotada duquesita. Las comisiones de recibo se acercan para saludarme, bajo del coche y.... noto cierta sorpresa en todos los semblantes.

Elena voltea, me ve, ahoga un grito y se cubre el rostro con el abanico, apoyándose fuertemente en el brazo de su caballero, como si le faltaran las fuerzas para tenerse en pie.

Presa de la mayor angustia quiero lanzarme en su ayuda, pero mis amigos me detienen.

Todo el mundo fija en mí sus miradas. Algunos sonríen maliciosamente, señalándome y hablando en voz baja. No sé qué me dijeron al oído que me hizo estremecer. Bajo la vista, me veo y un sudor frío me brota copiosamente por todos los poros de mi cuerpo.... ¡Me había olvidado de ponerme el calzón corto, asomándoseme bajo las bordadas carteras de mi chupa, como enagüillas albanesas, las faldas de la camisa!.....

.....

Desperté en medio de la mayor agitación. Me encontraba muellemente tendido en la *chaise-long* de mi alcoba. En aquel momento Máximo me decía respetuosamente:

—Ya son las ocho, señorito.

Todo había sido un sueño, una horrorosa pesadilla.

GREGORIO ALDASORO.

LOS INGRATOS

En el palomar de mi casa natal, en la primavera, las palomas anidaban año tras año, llenando el solitario recinto con sus arrullos tristes.

Poco hacía que nuestra casa era semejante á una pajarera por la loca alegría de nosotras, mis hermanas y yo. Reíamos de sol á sol, corríamos por el jardín y los corredores de ladrillos encarnados como una sandía, atravesados por esterillas finas y delgadas, y nuestras botitas dejaban pringas de barro en la limpia obra de las tías.

Pero ahora ya éramos todas unas señoritas. Rosa se pavoneaba con sus vestidos largos, como los de la Purísima, y no dejaba ver ni un pedacito de sus chocios de señorita consentida y cortejada por los más guapos pollos. Pepa rayaba en los diez y seis años, tenía un

año menos que Rosa, acababa también de bajarse el vestido y era todavía más presuntuosa que mi hermana mayor, con las mejillas frescas y encendidas y un aire de importancia que me chocaba.

La única desgraciada era yo. Como mis señoras hermanas eran ya de estrado, cortejadas y aduladas, yo tenía que sentarme en un rincón, lejos de la conversación de los jóvenes que charlaban de las cosas más banales, con las que engatuzaban á mis hermanitas, pendientes las pobres de cuanto ellos decían.

Sólo al llegar y al despedirse era cuando me decían con una compasión que me ponía rabiosa:

—¡Pero dónde estaba usted, Ana? ¡No la habíamos visto!....

¡Y yo había permanecido á diez pasos de ellos, en el cojincito, frente al balcón!

Otros llevaban su grosería hasta tutearme:

—Adiós, Anita, felicidades.... ¡Cómo has crecido ya!

¡Sí? Pues bonita yo para aguantar semejantes ordinarieces

Y desde un día que el señor Rodríguez, un viejo verde, tieso y empomadado, pretendió hacerme un cariño pasándome la mano por debajo de la barbilla, cariño que yo esquivé retrocediendo vivamente, renuncié á presentarme en el salón á la tertulia.

¡A la porra todos esos pretensiosos que me veían á mí como una niña de escuela!

Yo estaba para cumplir los quince, y mi mamá se había negado á bajarme el vestido di-

ciendo que mi estatura pequeñita me hacía aparecer como de trece años.

Por más que yo suplicaba y lloraba, mi mamá acababa por enfadarse y yo no recurría al auxilio de mis hermanas porque se burlaban de mí.

—¡Pero qué dices nomás, mamá, ya quiere ser Ana como nosotras!....

Y yo me mordía la boca de despecho y me encerraba á llorar sola en mi alcoba.

Todos creían que cuando me retiraba al senador del jardín era todavía para jugar con mis rorros y se reían con burleta cuando me veían pasar con mi almohadilla. Pero no sabían que dentro llevaba yo escondidas las rimas de Becquer y me las aprendía de memoria leyéndolas todas las tardes....

Cuando me cansaba de leer, soltaba el librito y me ponía á mirar las palomas que se arrullaban dándose sus picos.

No sé cómo llamó mi atención una paloma capuchina, blanca como un ampo de nieve, y con los pies encarnados y calzados coquetamente de plumas pequeñitas. Los más hermosos palomos le hacían el amor y se la disputaban. Había uno tornasolado y lindísimo, otro pinto de café y blanco, otro aplomado y copetón....

Ella los dejaba que le hicieran la rueda, pero cuando se le acercaban demasiado y pretendían golpearla á aletazos, ella alzaba el vuelo y se iba con su preferido, un palomo capuchino como ella, pero nada hermoso, con las plumas erizadas, parduzco y baldado de una patita.

Por él dejó á los más guapos palomos, que perseguían al consentido y lo hacían huir á los techos lejanos. Pero allá iba la paloma blanca á traerlo, y volvían juntos á hacer su nido, hasta que los sultancillos celosos los dejaron en paz.

Yo no sé por qué la paloma prefirió al palomo capuchino, pero el caso es que apenas los machos dejaron en paz á la hembrita con su compañero, él se volvió huraño y empezó á maltratarla, la picoteaba, la quitaba del nido para echarse él, y la pobre paloma capuchina se puso triste, perdió poco á poco su hermosura, el color grana de sus pies fué palideciendo y quedó exangüe. Ya no arrullaba, ya no se esponjaba al sol, ya no despertaba la codicia de los palomos de ojos ardientes como chispas de fuego vivo....

Hasta que una mañana amaneció muerta en su nido, rígida y fría....

Y esa pobre mártir de amor me enseñó temprano, cuando mi corazón se abría á las ilusiones, que los más queridos en esta vida son los más ingratos.

ANA RUIZ.

Guadalajara.

ESTAS MUJERES!....

Ya le había dicho Bruno muchas veces:

—Mira, Reinalda; no me hagas tu juguete! Soy muy hombre.... No te vaya á pesar....

Ella, al principio se había asustado, porque su marido gozaba fama de muy hombre, y era respetado en toda la vecindad; pero tanto le repitió la amenaza, que concluyó por creer que la fama de Bruno era gratuita.

Una tarde volvía Bruno de la sastrería; había acabado temprano su tarea; y ágil y gozoso, con paso gimnástico, tornaba al hogar, oyendo con secreto regocijo el tintineo del jornal que parecía saltar de alegría en la bolsa del pantalón, á cada paso del sastre.

Pasó por varias pulquerías conteniendo su carrera, pensando, lleno de conmiseración, que debía hacer que le viera la parroquia, por si alguno, adivinando su felicidad, se arrepentía de su vicio, y abandonaba el establecimiento.

Llegó á su casa; y metiéndose la mano en la bolsa en que llevaba el jornal, se sacudió el pantalón sonando las monedas; y empujó la puerta con la otra mano.

Torció el gesto, y vaciló un instante. La puerta estaba cerrada con llave. La golpeó con la mano abierta, llamando:

—¡Reinalda! ¡abre!....

Una vieja que lavaba en el patio, alzó la cabeza y dijo:

—¿La señora?.... Creo que salió. Y bajando de nuevo la cabeza continuó lavando.

También Bruno inclinó la cabeza, y á tardos pasos se dirigía al zaguán á esperar la vuelta de su mujer, cuando de pronto una voz conocida le hizo levantar los ojos. Dándole la espalda estaba su mujer. El dueño de la corambrería de la esquina la tenía asida de la mano, como prolongando la despedida que Reinalda se empeñaba en cortar, con voces de súplica, bajas y presurosas.

Cuando acudieron los vecinos, el enamorado corambrero estaba hecho un Cristo, de cuya cabeza manaba sangre en copiosos manantiales brotados al choque de las piedras del pavimento. Reinalda estaba jadeante; había luchado, sin lanzar un solo grito, por separar á los contendientes; y su marido le había reventado la nariz con el codo al levantar el brazo castigador.

—Ten; ahí te dejo eso.... dijo Bruno dándole el dinero de su jornal, mientras dos gendarmes, amenazándole con el garrote, le empujaban hacia la calle, ordenándole con sorda voz:

—¡Camine!....

Tendió Reinalda la mano ensangrentada, recogió el dinero, y vió partir á su marido, muda, hosca, casi siniestra, como bajo el influjo de un rencor repentino sofrenado por quién sabe que último sentimiento de vergüenza.

Tres meses llevaba Bruno en Belén; Reinalda no faltaba los jueves, parecía hondamente arrepentida de sus liviandades; y dijérase que con sus alardeos de recato quería mantener la tranquilidad en el espíritu de Bruno. Un día notó éste que su mujer iba más empingorotada de lo que las tristes circunstancias dejaban esperar.

—¿Qué me ves tanto?.... preguntó ella un poco turbada bajo las miradas de asombro de su marido. ¿Que estoy muy elegante?... Pues este vestido lo compré de fiado... No creas; no vale nada... es muy corrientón... Me lo fiaron para cuando yo quisiera pagarlo.

Y hablando así estrujaba la tela entre sus dedos temblorosos, como para demostrar que no valía nada.

Al cabo de seis meses de prisión, una tarde, recobró Bruno su libertad. Salió recordando el vestido color de oro pálido de su mujer; aquel vestido maldito que no le había vuelto á ver, pero que siempre tenía ante los ojos desplegado como una mortaja que se le acaba de robar á un muerto.

Era una tarde de Enero, helada y triste; el reloj de Belén había dado las cinco, y á Bruno le pareció que la campana tocaba á muerto, y que la ciudad se encogía de frío. Todos

caminaban de prisa, á menudos pasos, con las manos ocultas y la barba hundida en el embozo de las frazadas ó en los alzados cuellos de los gabanes ó en las boas de nutria.

Atravesó Bruno la ciudad, aterido y receloso, pensando en la sorpresa que le iba á dar á Reinalda; y, aconsejándose que no la sorprendiera. Hubo un instante en que se paró, decidido á no sorprender á su mujer, aterrado con la adivinación de que la iba á encontrar con el aborrecido traje color de oro pálido. No se sentía capaz de contenerse ante aquella prenda cuya eterna visión le infernaba el alma; y sabía que, al verla, la haría pedazos, la arrancaría del cuerpo de su mujer y haría que ésta pisotease los girones de aquel aborrecido trapo, como si ardieran, y ella los apagara con los pies.

Pero su entereza de hombre y de marido se sobrepuso á sus vacilaciones, y prosiguió su marcha, violentándola, como si él huyera de una idea de cobardía, adolorido de haberla tenido. A pocos pasos de su casa se detuvo; el frío lo había amoratado, y el frío y las emociones lo hacían tiritar. Entró en un tenducho misérrimo y se bebio una copa grande de *chinguere*.

Cauteloso se acercó á la puerta de su casa y empujó blandamente las maderas para asomarse por la abertura. La puerta estaba cerrada por dentro. Sintió Bruno que el frío le partía los huesos y se inclinó para asomarse por el ojo de la cerradura....

Se apartó de ahí como un ebrio y fué á apos-

tarse en el zaguán, mascando con rabia y dolor las sílabas de estas palabras:

—¡Lo voy á esperar!....

El frío era intensísimo y cruel. Casi enfrente del zaguán, el tenducho dejaba escapar por su única puerta, un resplandor enfermizo y dolorido que parecía retroceder, contrayéndose de frío, al contacto de las sombras de la calle.

Allá se fué Bruno á calentar con *chínguere*, cerca del brasero que ardía en un extremo del mostrador, para recalentar las garnachas tendidas en batalla sobre platos de barro.

Desde su rincón veía el zaguán de su casa, abierto y negro como la boca de un horno; vió entrar al pintor, su vecino; y como si su llegada fuese allí señal de reposo y de paz, nadie volvió á entrar, ni nadie salió. A eso de las diez oyó un portazo. Cerraban el zaguán. Bruno respiró á pulmones planos, como si acabara de escapar de una sugestión que le hubiera tenido cautivo en sus demencias de pesadilla.

—Otra copita de *chínguere*....

La vieja del tenducho se resistía á servir á su parroquiano.

—Va á venir el gendarme, decía entre imperiosa y compungida.

—Otra, y me voy....

—Llévese usted la botella.... No vendo copas á estas horas.

Bruno vació en el mostrador sus economías de *presidente* de Belén.

—Páguese usted lo que sea.... dijo.

Luego salió con su botella, y la puerta se

cerró de golpe tras él. El frío iba creciendo en intensidad conforme avanzaba la noche.

—Es preciso calentarse, murmuró el sastre deteniéndose al cruzar la calle, y empinando el codo.

Parecía que se le derretían los músculos y los huesos como fundidos al calor que sentía bajar del cerebro.

Se sentó en el umbral, acurrucándose contra la puerta.

—Aquí voy á esperar, regurgitó.

La cabeza le pesaba como si fuera de piedra; la apoyaba contra la puerta, y de repente se le venía hacia adelante como si se le fuera á caer de los hombros. En vano procuraba vencer aquel desmayo que lo iba aplanando rápidamente, y que sentía caer sobre él como densa lluvia de plomo. Pasó entonces por su cerebro como una ráfaga luminosa la idea viva y fugaz de su desgracia. Su mujer bien abrigada allá adentro; y él tirado en el umbral del zaguán como un perro perdido. Una fuerza repentina le hizo enderezarse. Empujó con violencia la puerta; pero agotado al punto por aquel supremo esfuerzo, cayó de nuevo.

Quiso erguirse otra vez; pero entonces las casas, rompiendo la línea de la calle, comenzaron una danza demoníaca y burlesca; veía bien claro que se reían de él, y que á veces se inclinaban para acariciarlo, y antes de llegar á él retrocedían saltando y gesticulando. Cerró los ojos en señal de desprecio hacia aquellos edificios locos que parecían querer asustarlo; y entonces vió por última vez á su mu-

jer, vestida con el traje aborrecido, y danzando desordenadamente con el corambrero de la esquina. Abrió los ojos y pudo aún convencerse de que los edificios continuaban su baile, pero alejándose y perdiéndose en la obscuridad; fué entonces doblándose poco á poco hacia adelante hasta que cayó de bruces.

Y cuando en la mañana la vieja portera abrió el zaguán encontró un hombre muerto.

JOSÉ FERREL.

Belem.

LA ULTIMA PENA

A la hora de la siesta llovía el sol sus candentes púas en el escueto patio del Palacio de Justicia y una andrajosa muchedumbre se atumultaba á las puertas del segundo salón de jurados pugnando inútilmente por entrar.

En el interior, estaban los bancos de madera repletos de plebe, y sobre la plataforma de los debates, los ciudadanos constituidos en tribunal popular bostezaban en sus desvencijadas poltronas como agobiados por el calor.

En el banquillo del acusado, descansaba un hombre, joven aún, y hermoso, á pesar de la mortal demacración de su semblante.

Su amplia frente, de un tísico blancor y señalada por arrugas prematuras, semejaba una placa de mármol rubricada por las vetas.

Tenía la cabellera aborrascada y totalmente blanca, verdes los ojos, aristocráticas las

facciones, y la barba mosaica y muy larga.... desmesuradamente larga.... fabulosamente larga....

Cumplidas las fórmulas de ley, el presidente de la audiencia dijo al procesado:

—Póngase usted de pie.

La lividez del presunto delincuente se acentuó hasta adquirir transparencias de porcelana.

Entorvecióse el peludo ceño del funcionario y clavando en el culpable su penetrante mirada de cuervo:

—Consta en autos, que la occisa era una buena mujer y nunca tuvo usted motivos de queja contra su comportamiento en todo el tiempo en que hicieron vida marital: consta también, que trabajaba para ayudar en el combate de la existencia al que por compañero había elegido: consta igualmente, que era amorosa en el hogar y cumplió con admirable humildad todas las obligaciones que había contraído en su concubinato.... ¿Por qué, pues, la asesinó usted de una manera tan alevosa y tan villana?....

—¡La maté.... porque de noche.... de noche.... me daba miedo....!

—Refiera usted con todos sus detalles las circunstancias en que cometió tan feo delito y las causas que concurrieron á determinarlo.

—¡Es un caso estupendo.... inverosímil....!

—Relátelo usted con brevedad.

Las pupilas del hombre echaron brillazones de carbunclo, hizo una mueca involuntaria, y luego, con trémulo acento, habló:

—Yo soy muy nervioso.... increíblemente nervioso.... también soy muy cobarde.... ignominiosamente cobarde.... Los delirios de persecución desde la más tierna infancia fueron mi tormento.... Quedé huérfano en la adolescencia, y aunque de mío soy perezoso, orillado por la miseria solicité ocupación en muchas partes, siendo siempre rechazado por los industriales á causa de mi excesiva juventud.... Después de ímprobos empeños, logré que me aceptara, como ayudante suyo, un anciano fotógrafo que retrataba los cadáveres del anfiteatro.... La pitanza era exigua y las labores insignificantes, pues mi única ocupación consistía en preparar la cámara del retratista y luego tomar copias de las negativas..... ¡Copias!... de los muertos... de los ajusticiados.... de los suicidas... de los ahogados... de las mujeres destruidas por la sífilis... de los que sucumben apuñaleados en el hospital!... Mal oficio, señor juez!.... Mis nerviosidades crecieron paulatinamente hasta adquirir tamaños espeluznantes... De noche no lograba dormir ni un minuto porque veía mi lecho circuido de faces degolladas que reían sin cesar con sus torvas caras de difuntos.... ¡Oh, esas carcajadas póstumas, me buscaban en todos los lugares, ensordecían mis tímpanos con sus vibrantes estridencias, obsediaban mi vista, me aniquilaban, me mataban!.... Perdí el apetito y la tranquilidad del espíritu, padecí dispepsias y prolongadas crisis morales, enflaquecí como can bohemio á fuerza de vagabundear por las barriadas cual una sombra escapada del infierno...

Por aquellos días murió repentinamente mi patrón y en su testamento apareció como único heredero de sus cachibaches y embelecos.... Una máquina muy vieja.... doce frascos con productos químicos.... y.... y.... una surtidísima colección de horrorosas fotografías.. ¡Recopilación de veinte años!.... ¡Siniestra herencia!.... Lo quemé todo.... todo.... todo.... hasta ver convertido en cenizas el último papel.... ¡pero ya era inútil!.... Aquellas fisonomías de ultratumba se habían reproducido en mi cerebro alucinándome á toda hora; además, después de verificada la quema esa, me perseguía entre los otros el rostro muequeante de mi protector. Sí, lo veo aún... barbado y formidable.... tanta colosal y horrendamente fea.... ¡de condenado!.... Una verdadera cabeza de Ugolino moribundo.

Me dí al juego y á la embriaguez con furor de loco. Fuí borracho consuetudinario é impenitente tahur, y las barajas y el alcohol, antes que consuelos, produjéronme efectos indescriptibles.... Las visiones crecieron en horrible dad hasta elevar mis terrores á la última potencia.... ¡Aquello no era vida!.... Buscó entonces un consuelo en la morfina.... y lo mismo.... En el opio.... y las depresiones interiores que se sucedían al embrutecimiento de la enajenación no podría yo explicarlas nunca porque para ello necesitaría servirme de un lenguaje endemoniado.... Estaba irremediablemente perdido!.... Caí enfermo.... Un ataque de parálisis me postró en la cama, y por la primera vez en mi vida estuve obli-

gado á esperar la noche en mi tugurio.... Las palpitaciones de mi corazón eran brutales; ante mis ojos, entre las ardientes y exaspera las tintas del crepúsculo bailaba frenética rondalla no sé qué tropa de figuras espectrales; recuerdo que mi dentadura rechinaba hasta despostillarse en los perfiles ó triturarse por completo.

Ya aliviado, salí á la calle con el único objeto de procurarme una concubina, pues sentía mi ánimo abatido por completo y barruntaba que ya nunca podría dormir solo con tranquilidad. La encontré muy pronto y creí, al contemplarla, que el destino se mostraba propicio conmigo por primera vez: Violante parecía formada de espumas: tan blanca así era; tenía los ojos negros cual flores de histeria, manos de Walkiria y formas de carnaciones atenuadas por sabias y harmónicas flacuras..... ¡A mí me gustan las mujeres flacas....!

La emoción plástica de la belleza se produce en mis sentidos con más intensidad ante un músculo enérgico que frente á una curva exúbera y de encarnadinos tonos; amo los perfiles á líneas rectas, de cariátide, por su altiva rigidez y porque evocan en mi fantasía todas las leyendas que condensan las monedas antiguas en sus bustos alisados por el frote de profanos dedos....

Nuestra primera velada se pasó agradablemente, entre un tomo de Swinburne y el sabroso picor de una charla libre salpicada con un buen frasco de *gin* cabezudo; yo me sentía di-

choso suponiendo en mi infantil candidez que ya jamás me atormentarían las visiones....

Pocos días transcurridos, la realidad se encargó de persuadirme de lo contrario con una crueldad incomparable.... Cierta ocasión, un rumor nocturno me hizo despertar sobresaltado, y al tocar de un modo maquinal el lácteo cuerpo de Violante, noté que se enfriaba, se enfriaba á un grado tal, que hubo momentos en que creí palpar una estatua de hielo. Al siguiente día le manifesté sin reserva mis observaciones; me escuchó atentamente y cuando acabé de hablar se echó á reir llamándome cobarde.... Llegó la noche..... Proveíme de una estufa de invierno y la llené de troncos, cargué con petróleo cuatro grandes lámparas que encendí yo mismo, y así, con una temperatura abrasadora é iluminado *á giorno* mi aposento, me acosté estrechando fuertemente á mi amada. Cerca de las doce las luces se apagaron de repente, los tizones dejaron de arder y crepitar en las parrillas... Y Violante se helaba.... se helaba.... como un témpano.... Creo que me desmayé, pues mis recuerdos en este punto son muy vagos; lo que sí no olvido, es que como esas noches se sucedieron otras muchas.... Yo deseaba separarme de esa mujer y no podía lograrlo porque ejercía sobre mis potencias una fascinación poderosa y exclusiva; la amaba, sí, extravagantemente, con una afección metafísica y de un singular espiritualismo: después, poco á poco, sin causas legítimas y por los efectos de un fenómeno impenetrable al análisis, mi

cariño á la barragana principió á modificarse de una manera radical, y lo que antes era anhelo de ternuras, se convertía en inagotable manantial de odios, la aborrecía con inconsecuencias de cretino, su persona me excitaba provocando mis cóleras; llegué á abominarla como al enemigo más irreconciliable, sin duda porque los deleites que me daba eran agrios y dejaban en todo mi ser un repugnante amargor.... un capitoso perfume....!

Pensé en matarla, y la criminosa idea se asoció á mi vida tan arraigadamente hasta llegar á parecerme esa maldad una cosa perfectamente lícita y hacedera: me procuré un puñal, una gran daga del siglo XVII que me facilitó á vil precio un judío comerciante en antiguallas; poseedor ya de esa arma, la ocultó mañosamente entre las sábanas, esperando consumar mi falta en los instantes en que Violante principiase á dormitar.... Por primera vez en todos mis días aguardaba la sombra sin sentirme acometido de pavuras, no me preocuparon los leños de la chimenea ni la parafina de los quinqués, abrevié la plática que de ordinario seguía á nuestro nocturno agape de bohemios, y con una imprudente brusquedad invité á Violante al tálamo.... Me obedeció sin vacilar.... Transcurrieron tres horas.... ¡qué tormento!.... Oía yo el perenne latir del reloj como la normal palpitación de un corazón vivo aprisionado en caja de metal. Las doce.... Mi amante dormía como una marmota.... ¡Vencí el miedo sin saber cómo! Me levanté para avivar la luz.... necesitaba

claridad de sol en el acto de mi crimen!.... Volví á la cama.... desenvainé.... la hoja estaba muy fría, y en su espejeante pulimento tremolaban flamitas violadas.... Afiancé el instrumento por el mango, y ¡herí!.... ¡herí!.... ¡herí!.... con toda la encarnizada ceguedad de los cobardes.... ¡Ni una queja!... De repente abrí los ojos (que había cerrado para no ver las convulsiones de mi víctima) porque sentía en mi garganta unas manos crispadas que me estrangulaban.... y.... ví.... ví.... á Violante convertida en un armazón de huesos.... era un esqueleto que peleaba conmigo pugnando por ahorcarme.... ¡Qué lucha esa!.... Yo arrojaba cuchilladas al aire y las manos descarnadas de la impura se hundían como de alambre en la carne de mi cuello, dejando impresa en él su huella.... Al fin vencí... Violante rodó al entarimado produciendo al caer sus fémures y vértebras un ruido seco y raro.... Entonces, yo, con los cabellos erizados y delirando como un demente, emprendí la fuga hasta ser aprehendido por la Policía que me llevó á la cárcel... Esa es mi historia, no crea su señoría que me burlo del Tribunal, no, señor Juez; así ocurrió el drama.... que se me castigue si lo merezco, estoy pronto á la expiación.

Terminados los debates, que fueron reñidísimos y por demás interesantes, entraron los jurados á la sala de las deliberaciones.

Después, el matador de Violante fué condenado á la pena capital.

El gendarme encargado de custodiar al pre-

so, díjole por vía de consuelo al tomarle por el brazo para conducirle de nuevo á la prisión:

—Lo fastidiaron, amigo; pero usted tuvo la culpa.... eso estuvo feo.

El reo contestó como hablando consigo mismo:

—Nunca moriré... soy inmortal... he matado á la muerte.

CIRO B. CEBALLOS.

Julio 9 de 1897.

Amores viejos.

Vacías ya las copas en que por repetidas veces un estirado mozo del café escanció amarillo *Chartreuse*, Dionisio Hernández Alcalá pidió agua gaseosa y plaquitas de clorato comprimido para poder, sin fatigarse, contar sus juveniles amores y la causa por la que, á pesar de sus grandes deseos de vida doméstica, aun la hacía de soltero incorregible; ya en una casita amueblada á su antojo y situada en el campo, ya en la habitación adjunta á la de una anciana, madre de frescota ex polla que entre otras habilidades musicales cantaba el *Vorrei morire* con apagada, pero sentimentalísima voz.

Formaban, los cuatro célibes maduros ya, parte de un Club apellidado del "Celibato Perpetuo", y en el Reglamento del tal *Círculo* advertíase á los socios que las juntas debían

formarlas cuatro de ellos, por lo menos, para almorzar en compañía mutua, un sábado de cada mes.

En el almuerzo anterior al que vengo narrando, ya Juan José Hartmann, egoistón y comerciante ex rico, había leído á los postres un manuscrito titulado *La Bachillera*, en el que contaba la historia de sus primeros amores, y el por qué los susodichos amores no llegaron al deseado matrimonio.

Hartmann, reumático en la actualidad, habitaba un cuarto de hotel, sin desear nada, pues viajes continuos y bellas mujeres pagadas, mataron en él, á los cuarenta años, la facultad inapreciable de siempre desear.

Hernández Alcalá jamás conoció la desahogada posición que Hartmann tuvo en su juventud, y sólo hasta los cuarenta y cinco pasados habíase conquistado en operaciones bancarias una renta modesta que le permitía habitar en verano la casita de campo mencionada, y en invierno la adjunta á la de aquella presunta cantante de treinta años, que entonaba sentimentales romanzas cuando Hernández Alcalá la obsequiaba con lustrosos cartuchos, que contenían pralinas, caramelos perfumados y violetas de Parma cristalizadas en azúcar.

Además de Hartmann y Alcalá ocupaban la mesa otros dos socios del Club, apellidados el uno Pérez y el segundo Arroyo, cincuentones ambos; el primero, desdentado y calvo, el segundo á mostachos teñidos y dientes orificados.

Esperaban ansiosos Pérez, Arroyo y Hart-

mann que Alcalá acabase de disolver en su boca una plaquita de clorato comprimido, pues ninguno de los tres oyentes conocía el por qué Alcalá, tan amigo de la vida doméstica, aun permanecía soltero.

—Fué una larga amistad femenina de diez años—comenzó diciendo Dionisio—finalizada con trágica ruptura, la que me impidió ser marido y padre, quizá, de bellos *bebés*, ¡encanto de mi vejez que hubieran sido, á no dudarlo!; pero ¡oh vosotros! Pérez, Arroyo y Hartmann, ¡oh vosotros! (advierto al lector que Alcalá abusa de las exclamaciones y de las citas en lenguas extranjeras), que por miedo tremendo al yugo matrimonial, vivís la triste y amarga vida del soltero pobre y enfermo; vosotros no sabéis que en mi juventud, y aun ahora, siempre he creído como el poeta, que *to love is life, but it is a double life to be loved*....

Pidió Alcalá por segunda vez agua gaseosa con *whiskey* escocés, y enjugando furtivas lágrimas, que los recuerdos, el buen almuerzo y el *chartreuse* color de oro traían á sus ojos orlados de rojo, prosiguió:

—Señores: hay mujeres á quienes no se ama, porque se teme cometer una osadía amándolas, mejor dicho, hay mujeres á quienes se ama y jamás les declara uno su amor.

Por ejemplo: ¿qué dirían ustedes de mí, si les dijera que estoy enamorado de la Duquesa de Marlborough?

Pues sencillamente me declararían loco, se reirían de mí y hasta pudiera darse el caso que evitaran mi compañía.

Esto, ó algo semejante, fué lo que me impidió casarme cuando fuí joven.

Cierto que no igualaba mi amiga á la Duquesa de Marlborough en cuanto á títulos y parentelas reales, si bien en hermosura no le iba en zaga Cristina á la mencionada Duquesa.

Señores: hace diez y siete años que no la veo; y me basta hoy, sólo pronunciar su nombre para mirarla surgir aquí, en mi interior, y verla con los ojos de mi alma, tan perfecta como en 1880, y con un traje claro á bullones, polizón, rizos sobre la frente y las trenzas luengas, formándole graciosísimo y lustroso círculo como de serpientes de azabache sobre el occipucio.

No voy á hacer á ustedes el retrato físico de Cristina, pues abusaron ya de describir á las amadas todos los enamorados *cursis*. Básteme decir que era alta y bella; pero si me detendré en pintarosla moral é intelectualmente, pues yo, que amo hoy tanto la compañía de las gentes, huía entonces de todo cuanto pudiera proporcionarme un nuevo conocido, y me deleitaba en intentar conocer profundamente á los antiguos.

Las horas que pasé en compañía de Cristina y de su padre, riquísimo agiotista español, fueron para mí curiosísimas cátedras de psicología, más fructíferas que las conversaciones con pedantes profesores ó *soi-disants* anatomistas de almas.

Ya veo que Hartmann, impaciente, quiere conocer el desenlace de aquellos mis amores, que me atrevo á llamar dantescos; pero que

Hartmann y vosotros, Arroyo y Pérez, sean un poco pacientes y conozcan, antes del desenlace, quiénes eran Don Pedro Rojas, prestamista y su hija Cristina, y por referencias, á la señora madre de esta niña.

No me parece tampoco del todo extemporáneo recordar á ustedes que, huérfano y solo, pasé mi primera juventud casi en la miseria, viviendo malamente de dar clases de música é idiomas.

Mi primera habilidad fué la que me hizo conocer á Cristina, y siendo ésta hija única y voluntariosa, me declaró preferir oir cómo ejecutaba yo, en su magnífico piano las composiciones de su gusto; á tener que atormentarse hora y media diaria golpeando el marfilino teclado.

Cristina no sería nunca pianista, y así me lo declaró solemnemente al mes de haberme conocido.

Ella gustaba de vestirse bien, de montar á caballo, de correr ¡bellísima amazona! á lo largo de caminos poco concurridos; de guiar sola, en ligerísimo *buggy*, brutal yegua inglesa.

—Las artes—díjome una tarde—la vida sedentaria y contemplativa, la música, la literatura y la pintura cuadran bien con gentes enfermizas ó que sufren: yo no sé sufrir, yo amo la vida activa, el *sport* en todas sus manifestaciones y adoro todo cuanto hace circular la sangre y desarrollar los músculos.

—Las escaseces—proseguía—la miseria, el dolor moral y físico, es lo que hace desear una vida ideal en otro planeta; pero yo nací rica y

sana, soy irreligiosa porque no conocí á mi madre, y feliz pues amo animalmente el campo y me siento bella, joven y adulada....

Estas cortas frases darán á ustedes ligerísima idea de quién era Cristina Rojas cuando la conocí.

Y, sin embargo, una tarde en que, solos en el espléndido salón de su casa de campo, ejecutaba yo la *Sinfonía Pastoral*, la ví llorar.

—¿Por qué?—la pregunté.

—Este Beethoven—contestó—me recordó á mi madre, cuya historia usted no conoce, pero que fué bien triste, según he sabido.

II

—Efectivamente—prosiguió Hernández Alcalá;—por amigos de la casa supe que la madre de Cristina había tenido un fin triste; ¿cuál había sido este fin y en qué consistió la tristeza de él? Me estaba reservado saberlo hasta ese año de 1880, en que os dije ví por última vez á Cristina.

¿Qué sabía yo de la madre famosa, por aquellas épocas del 71 al 76? Que fué actriz, que no se llamó nunca esposa del usurero Don Pedro Rojas, que éste no vivió nunca en la misma casa que ella; que el usurero, por motivos que aun ignoraba yo en los años que acabo de citar, le retiró su protección y le quitó á Cristina, dedicando su ya importante fortuna á educar á la niña á todo coste. Y como la chica manifestara grandes deseos de *sport*, viajes, lujo y

vida libre; y como Don Pedro, padre consentidor cual ninguno, adoraba á la chica, no deben extrañar ustedes que ella derrochara en tres meses las rentas de un año; que recibiera directamente de París sus volantes, crinolinas, *castañas* y postizos; y de Londres las bridas y las sillas con que se lucía en el Paseo de Bucareli en magnífica yegua alazana que su padre había adquirido en la friolerilla de quinientos duros.

No debe extrañar á ustedes tampoco, si tienen en cuenta el ciego amor que Rojas profesaba á Cristina, que ésta declarara categóricamente que no aprendería música; pero que yo recibía el sueldo sólo por ir á ejecutar ante ella lo más selecto de mi repertorio dos veces por semana.

No quiero alargar mucho mi relato, y no habré de detenerme á describir á ustedes fase por fase la *cristalización* de mi amor por la hija de Rojas; pero sí debo decirles que, á los pocos años de tratarla é ir á recibir mi sueldo de pianista, no tenía yo para la niña tal título, sino el de amigo íntimo, á quien hacía todas sus confidencias y con quien su padre la dejaba salir por do quiera. Esta costumbre, y quizá el materno origen de Cristina, alejaban á las visitas femeninas de la casa de Don Pedro; pero teniendo él contenta á su hija y á la sucesora de la actriz, y haciendo *buenas operaciones* sobre hipotecas; importábale un pito al prestamista que visitasen ó no su casa (en la que rara vez estaba) gentes de alta alcurnia y del sexo amable.

Excuso decir á ustedes que cada día, cada semana, cada mes que pasaba, iba yo enamorándome más y más perdidamente de Cristina. Ella fué la primera mujer á quien traté con intimidad; ella me prefería, á pesar de ser un pobre pianista, á los gomosos que la asediaban; ella fué, pues, mi Beatrice, porque en silencio la amé.

Alentábame algunas veces Don Pedro Rojas á declarar mi secreto, con éstas ó semejantes frases:

—Para mi hija quiero un esposo trabajador y honrado, un muchacho á quien ella ame, aun cuando él sea tan pobre como Job; ya me encargaré de enriquecerlo. Lo que interesa es que mi futuro yerno sea digno de Cristina y que se amen.

Pasábanse los años: yo más y más enamorado de la niña, ella distinguiéndome siempre, y Don Pedro alienta que alienta la llama de mis esperanzas y mis deseos.

—¡Qué porvenir veía yo en lontananza, señores!—exclamó casi sollozando Hernández Alcalá.—Una mujer joven, elegante, rica, sin parientes; con la cultura y el talento necesarios para no ser marmota, pero tampoco bachillera. ¡Qué porvenir, señores! ¡qué porvenir de goces y de felicidad entreveía por las noches, cuando después de atravesar las calles de México, alumbradas entonces por amarillas y tristes luces de gas, entraba yo á mi pobre cuarto!

Esperaba, pues, solamente estar seguro de ser amado por Cristina para declarármele, cuando comenzó á modificarse su carácter.

Empezaron á asaltarla melancolías prolongadas, pedíame versos, díjome que le encantaba Espronceda, y una tarde me recitó íntegro el *Canto á Teresa.*

Si me sentaba frente á su piano, pedíame con instancia Chopin, sólo Federico Chopin. La obra 66 de este músico hízola en tarde nublada llorar, llorar largamente, sin que se pudiera saber el por qué de aquel abundante llanto.

Alarmado, y creyendo que Cristina amaba á alguien que no era yo, decidí en un paseo al campo declararme y saber, por fin, si era mi pobre persona ó la de alguno otro la dueña de su corazón.

Fué en Octubre de 80 cuando tomé tal resolución, y desde luego aceptó mi compañía para dar algunas vueltas por el bosque en su carretela; porque debo también advertir á ustedes, que, con las primeras melancolías, vínole á Cristina el horror por la equitación; y la yegua inglesa pasábase en la caballeriza los días monótonos, sin que su amita se acordase de ella.

Aceptó, pues, Cristina mi compañía para el paseíto, sólo que en vez de ordenar al cochero que nos condujera á Chapultepec, le ordenó nos llevase por esa calzada polvosa y triste que conduce á Guadalupe Hidalgo.

—¡Qué capricho!—pensé;—y en voz alta dije á la niña cuando llegamos á la fea calzada:—¿Por qué prefiere usted esto tan árido á la exuberante vegetación del bosque?

—Porque la capillita que allá en el cerro se ve blanquear me atrae. ¡Ojalá fuese un monasterio, para encerrarme en él!

—¡Cómo!—exclamé, llevando aquello á la broma;—¿usted monja, Cristina; usted, á quien jamás he visto ni siquiera oir misa? Sea usted franca conmigo: algo le pasa de algún tiempo acá. ¿Está usted enamorada?

—Y usted ¿está enamorado?—me preguntó á su vez.

Iba á contestarle, viniéronme á los labios vocablos amorosísimos; pero ella, poniendo su manecita sobre mi boca, me obligó á callar.

—Mañana—dijo—mañana hablaremos muy largo, muy largo.

Y ordenó al cochero volver á casa....

Era un día límpido y espléndido: por el Nordeste aún se divisaba como inmenso cristal el lago de Texcoco; sobre el azul claro del cielo, por el Oriente, las gigantescas montañas nevadas destacaban sus albeantes arquitecturas; y tras de nosotros la capillita del Tepeyac, iluminada por el sol, se elevaba hacia el cielo como cirio pascual, que allí colocara una generación de almas piadosas y sufrientes....

—No falte usted mañana—me dijo Cristina al despedirse.

E inquieto, sobresaltado como aquel que sobre un número de la ruleta coloca su fortuna, me dirigí á mi tugurio, ansiando llegara el día siguiente.

Fatigado Hernández, bebió á tragos lentos su whiskey-soda frío, y después de enjugarse la frente y los lacrimosos ojos, continuó así su relato:

—El mañana deseado llegó, por fin, como llegan todos los mañanas, los deseados y los

temidos, sólo que aquel mañana no era límpido y claro, como había sido el ayer: soplaba ese viento frío que anuncia el invierno, y el cielo, cargado de nubes, impedía que el sol alumbrase nuestro paseo.

Cristina, muy pálida y ojerosa, abrigada hasta la barba, me recibió fríamente. Inquieta, me invitó subiera á la carretela y dió orden al cochero de llevarnos á la calzada.

La fea calzada estaba polvosa, y manchaban su gris extensión algunas hojas secas, que arrancó el viento de los árboles escuetos.

Cristina, silenciosa, no abordaba el asunto pendiente.

Yo, tímido, no me atrevía tampoco á obligarla decidiera mi porvenir.

Llegábamos ya muy cerca de la mística localidad llamada Guadalupe Hidalgo, cuando me propuso:

—Andemos un poco, me siento mal.

Creí que la emoción de recibir mi secreto y el temor de que se enterara el cochero, la obligaban á tomar la resolución de regresar á pie.

Descendió del carruaje, ágil como en otros tiempos, y esperamos á estar lejos de él para hablar.

Impaciente yo, rompí el silencio.

—¿Me permite usted contestarle á la pregunta que me hizo ayer, Cristina?

—Antes—me dijo—necesito hacer.... hacer á usted revelaciones terribles....

La niña, á quien tanto amé, púsose entonces súbitamente pálida.... ¡Oh! ¡pero qué palidez, señores! No sé definirla: me pareció de espectro

el color de su rostro, sus pupilas iban á saltársele, y tan luego como la ví palidecer lanzó un alarido horrible.

¡Oh, señores! Aquel grito, aquel aullido único, desgarrante, aterrador, lanzado por la mujer que encerraba para mí toda la felicidad terrena, lanzado en la calzada árida y polvosa, bajo el cielo repleto de nubes obscuras y el rumorcillo del viento y de las hojas secas que caían, aquel alarido, señores, heló mi sangre, y ha dejado en mi cerebro una huella indeleble, como la que en el cuerpo dejara un hierro calentado al rojo-blanco.

Desplomóse Cristina en mis brazos y, para que el cochero viniera en mi auxilio, púseme á gritarle.

A la caída de mi amada sucediéronse unos cuantos segundos de rigidez, y á la rigidez una asombrosa actividad en sus nervios.

Primero, sacudimientos convulsivos del rostro; después, formidables convulsiones en los miembros, pues parecía querer cavar con los puños cerrados y los pies una fosa para enterrarse viva.

Llegó en estos instantes el cochero y le dije:

—¿Qué hacemos, tú? ¿Qué hacemos?

Pero aquel bárbaro, sin soltar las bridas de los alazanes magníficos, me contestó:

—Pues esperar que le pase, señor. ¡Cómo! ¿Usted no sabía que la niña Cristina era epiléptica? Si hace tres años de esto....

El rostro de Cristina ya no estaba pálido, sino violáceo: gesticulaba horriblemente, tenía abiertos los ojos y fijas en mí las espantosas

pupilas, y las mejillas y la barba habíansele llenado con sanguinolenta baba.

Cuando cesaron las convulsiones quedósele el rostro ceñudo y contraído, como máscara pavorosa á la vez que grotesca, y comenzó á roncar como roncan los agonizantes.... Volvió, por fin, á la vida normal é indicó que tenía sueño. Durmió en el carruaje hasta que llegamos á su casa.

A ninguno de los criados llamó la atención lo acontecido: uno fué á traer al médico, y cuando éste (viejo guasón y escéptico) salió, yo me así á él, como náufrago á la última tabla.

—Doctor, ¿qué es eso? ¿es curable? ¿desde cuándo padece Cristina tales accesos?

—Eso—me contestó el galeno—es epilepsia. Cristina la padece porque su madre era alcohólica cuando la concibió, y hace tres años que este mal se le ha declarado..... Todo el mundo lo sabe—prosiguió, riendo como Mefistófeles—menos usted.

—Gracias, doctor, gracias.

Y me alejé á llorar en mi tugurio, á llorar sobre las ruinas de mi amor y de mi porvenir

¡Oh! no volvería yo nunca á ver á Cristina, nó.... Preferible la soledad, la pobreza, el tugurio del soltero, á aquel grito, á las convulsiones, á la fijeza de aquellas pupilas.... Preferible, sí, que mi nombre de familia se extinguiera conmigo, á que lo llevaran seis ó siete hijos alcohólicos, locos ó epilépticos.... Y, por último, ¡qué lección para los que creen, como yo creía, conocer íntimamente á sus novias ó

amigas! Hasta los criados sabían que Cristina era epiléptica; ¡sólo yo lo ignoraba!....

Y esta aventura, señores, me hizo desistir para siempre de hacer vida matrimonial. Imaginaos veinte, treinta, cuarenta años oyendo aquel aullido, primero lanzado por la esposa y después por la esposa y los hijos en coro....

—Sin embargo—objetó Hartmann—existen mujeres sanas.

—Pero en nuestras modernas ciudades—contestó Hernández—la mayoría, señores, son los alcohólicos, las histéricas, los maniáticos, los que sufren terribles males secretos, que se legan, como bíblico anatema, hasta los quintos y sextos descendientes.

Y repito, señores, que preferí desde entonces arrastrar mi triste celibato á escuchar, quizá hasta en el fondo de mi fosa, aquel grito, aquel aullido, que Cristina, si se casó, ha de haber legado, con su inmensa fortuna, á sus hijos y á los hijos de sus hijos.

ALBERTO LEDUC.

EL CASCABEL AL GATO

—Todos, ¡eh!

—Sí, todos: todos á un tiempo....

Y entramos de golpe en la Jefatura, con nuestros sombreros de *sollate* y de *panza de burro* en la mano. El Prefecto y su Secretario se quedaron estupefactos, boquiabiertos, plantados junto al escritorio, de donde se habían levantado para salir á comer, al ver aquella irrupción de chicuelos que acababan de salir de la escuela, colorados, desenvueltos, desarrapados, con las manos manchadas de tinta, arrastrando sus gruesos zapatones de pueblo, empujándose, alzándose los pantalones y chillando en todos los tonos:

—Señor, venimos á que nos dé usted la tarde.

El Prefecto abrió las piernas, agarrándose las solapas de su levitón, arrugó el entrecejo,

estiró el pescuezo echando la cabeza á un lado y levantando una mano para hacer tornavoz á su oído izquierdo, preguntó en tono seco, haciendo un gesto que contrajo sus bigotes grises:

—¿Qué?

—Que venimos á que nos dé usted la tarde—repetimos todos.

—A que nos haga usted favor, corrigió un muchacho, sumiéndose entre el grupo.

—¡Ah! con que vienen á que les dé la tarde, dijo él bajando la cabeza.

—Bueno, bueno, continuó, moviéndola de arriba á abajo, bueno, sí señor, está bueno, vayánse ustedes á pasear; ¿ya le avisaron al maestro?

Pausa.

—No, señor.

Otra pausa. Todos nos miramos unos á otros.

—¡Hum!.... Pues es necesario que le avisen. Si él les da permiso, bien, y si no, nó. Ya saben que por mi parte pueden ir....

—Sí, señor, contestaron dos ó tres. Y nos íbamos saliendo poco á poco, descorazonados, sin despedirnos, cuando nos gritó:

—O miren: que digo yo, ¿eh? que digo yo que les dé permiso.

Y esta vez gritamos todos:

—¡Sí, señor!

—Vayan, vayan con Dios, amiguitos.

—Buenas tardes....

—Buenas tardes....

—Buenas tardes....

Y con algarabía de golondrinas nos echamos fuera de la Jefatura, entre las caras sonrientes de algunos empleados que se habían asomado á la puerta de sus oficinas.

Una vez en la plaza, nos dimos cita para las dos de la tarde en la escuela, antes de que abrieran, sin falta, y nos dispersamos en pequeños grupos, contentos, soñando, con el alborozo desbordante de la infancia.

Y ¿cómo no alborotarnos y fraguar el proyecto que habíamos realizado? Era en el tiempo de aguas; era el día de su santo patrono, y San Pedro se emperejilaba para subir en la tarde al Cerrito de la Cruz. Aquella mañana, como todos los años, el cura se había acordado al salir de la notaría y se había puesto de codos en el atrio de la parroquia.

—Muchacho, llámate la música.

Y á poco, grandes tamborazos, sorprendiéndonos en el silencio de la clase de aritmética, nos habían hecho saltar de contento, y abandonar la empezada operación, para discutir la solicitud en masa.

El tiempo de aguas en San Pedro es un sueño de la primavera. Cuando el primer trueno de Mayo viene del Nordeste, el pueblecito sediento se estremece de gozo, y las grandes cabeceadas de los árboles de sus huertas, barridas por el viento precursor del ansiado aguacero, convidan á desperezarse, á sentir la alegría de la tierra, porque también el corazón se refresca con el agua del cielo.

Entonces pasan unos cuantos días y el suelo enverdece todo. En los caminos no hay es-

cueto más que angostas vereditas llenas de agua. Los zacatales invaden los planíos, las pequeñas colinas y las callecitas empedradas y limpias. Innúmera multitud de flores del campo riega todos los matices del iris en la verdura fresca, y en los alrededores se ven sabanas de tempranillas, de rosas de San Juan y de anaranjadas tronadoras que los niños se revientan en la frente.

Cada tarde es un paseo á las cañadas, á las pozas de agua pluvial, abiertas por la naturaleza en lechos pedregosos: excursiones alegres, de las que regresan las muchachas bañadas, con el cabello suelto, coronadas de mirasoles y estrellas de San Nicolás, mayos y belenes silvestres, después de haber merendado perlados elotes y leche fresca.

Y entre esos días el de San Pedro es señalado por la alegría que reina. Todo el mundo va en la tarde á dejar flores en la capillita de la Cruz, donde está la música, y se ven grupos pintorescos: viejos contentos, muchachas guapas y retrecheras cautivando á tal ó cual *pollino*, y la turba escolar desbandada, buscando colorines entre los bejucales ó persiguiendo chupa-rosas á cerbatanazos. Paseo tradicional, restos de lejanos combates con lirios morados, que recuerdan las abuelas con un suspiro.

Y vive Dios que aquella tarde era bella como ninguna. El cielo lleno de gruesas nubes estaba fresco y abrisado; una bruma violada se desgarraba en las lejanas cumbres de los Salados, y una claridad dulcemente opaca se

extendía muy lejos, cayendo sobre la tierra en bella tristeza luminosa.

Acaso se descolgaría un aguacero á las cinco; pero ¡quién pensaba en eso! El ejército estudiantil estaba ya reunido en gran número en el lugar de la cita, sonando en los bolsillos el dinero arrancado en la casa á fuerza de jeremiqueos, el ojo listo para ver doblar la esquina al señor Vargas. La vieja escuela estaba con su puerta y sus ventanas abiertas de par en par, y en su desierto recinto se paseaba el portero, huraño, extrañado de ver que nadie entraba. Las dos, las dos y media.... las tres, ¡caramba! el número había crecido, toda la escuela estaba allí, y nada. ¿Qué le habría pasado al señor Vargas, él tan puntual, tan quijote en su método? ¡acaso supo nuestro complot y nos quería burlar? ¡Tanto peor para él! Nos largaríamos sin su permiso.

Y todos nos volvíamos lenguas, impacientes, viendo con ansiedad que los músicos que habían ido llegando formaban ya rueda, y afinaban sus instrumentos para tocar la pieza que anunciaría la marcha. Cuando de repente, aun no daban la última sonora campanada de las tres, un muchacho gritó:

—¡Allá viene!

Y al volver todos la cara, vimos venir al señor Vargas de prisa, con el cuerpo echado hacia adelante, mirando la tierra; y como una avalancha nos precipitamos en la escuela por las ventanas, por donde pudimos.

El terrible dómine llegó echando el alma, y deteniéndose en la puerta para mirar los

músicos; pero extrañado de no oir ruido en la escuela, volvióse, y su mirada nos encontró á todos de pie, en fila, serios y con sombrero en mano.

Los ojos del maestro centellearon, y empujando ruidosamente las hojas inferiores de la puerta, que el portero había cerrado, se plantó en medio de nosotros, diciendo con voz de trueno:

—¡Qué significa esto?

Nadie contestó; y su corpachón robusto de sesenta años se balanceaba de un lado á otro.

—¡Vamos!—repitió, chasqueando los dedos.—¿Qué sucede? Dí tú,—se dirigió á uno.

—Señor, dijo el muchacho dando vueltas á su sombrero, pedimos la tarde y nos la dieron....

—¿Quién?

—El señor Jefe.

—¡Y sin mi permiso! ¡Conque se pasan ustedes sin mi permiso!

Su voz era sofocada, su rostro se congestionaba, sus hombros se sacudían, y dando con el pie en el suelo, gritó.

—¡Al trabajo todo el mundo!

Lo conocíamos. No admitía súplicas, y la turba, cariacontecida, se dirigía á las bancas.

¿Quién osaba poner el cascabel?

Pero en este momento rompió la música, y sintiendo un vuelco en el corazón, me decidí.

—Precisamente, dije irguiendo mi talla minúscula, precisamente porque sabíamos que no nos daría usted permiso, lo hemos pedido al señor Jefe; y como el recado que nos dió

para usted, fué que decía él que se nos diera permiso, creo que debemos ir.

Los escolapios se quedaron fríos, suspensos; y, durante un momento, sólo se oyó el glorioso ritmo del paso doble de la música.

El señor Vargas se había mordido el labio, midiéndome de arriba abajo con sus ojos airados. Me pareció que se desplomaba el techo, que me hundía en la tierra. El dómine se iba poniendo rojo, amoratado, hasta que por fin, haciendo explosión su cólera, estalló:

—¡Largo de aquí hasta mañana, todos.... todos, menos este bribón leguleyo que se quedará en el cepo hasta la noche!

RUBÉN M. CAMPOS.

UN VIAJE AL CIELO

Dejé de oir los ronquidos acompasados de un buen amigo que *velaba* á la cabecera de mi pobre lecho, y un frío glacial puso rígidos mis miembros; el techo del cuarto se abrió misteriosamente para darme paso, y sin comprender lo que me sucedía, me encontré caminando por los espacios. Hasta entonces pude notar que un anciano de barba blanca que le llegaba á la cintura, me llevaba cogido y colgando de la mano como se lleva cualquier objeto que no pesa nada.

No sé el tiempo que dilatamos en el extraño viaje; pero no debe haber sido mucho, porque yo, á pesar de mi posición, no me había fatigado. No tardamos, pues, mucho en llegar á la Luna; allí hicimos alto y pude ya pisar tierra firme, porque la Luna es de tierra, ni más

ni menos como la que pisamos aquí en este globo que de nuevo habito.

Mi compañero echó á andar apresuradamente, y me dijo con tono agrio é imperioso:

—¡Sígueme, que hemos tardado la milésima parte de un segundo, más del tiempo que tengo señalado para llegar aquí!

Bajé la cabeza y seguí á grandes pasos á mi guía, que caminaba con mayor velocidad de la que jamás me imaginé.

Llegamos á una fortaleza tan extensa que la vista no alcanzaba á divisar su término.

—Entra—me dijo mi guía dándome un empellón y haciéndome pasar á través de una puerta forrada con gruesas láminas de acero embadurnadas de alquitrán.

—¡Número mil trescientos!—gritó en aquel momento una voz más poderosa que la del mayor cañón que he conocido yo en la tierra.

—¡Presente!—contestó apresuradamente mi guía, y arrastrándome tras sí, empezó á empujar á la muchedumbre que llenaba el interior de la fortaleza y que me impedía ver á dos pulgadas de mis narices, según era la apretura en que estábamos.

Magullado llegué precedido de mi guía, que no me había soltado de la mano, frente á una pequeña plataforma donde estaba sentado un hombre tan viejo que parecía más bien una escultura hecha al capricho del más extravagante de los artistas, que criatura viviente. Vestía de riguroso negro, y veía perfectamente sin ayuda de espejuelos. Tenía enfrente una mesa y sobre ella un descomunal libro amari-

llento, cada una de cuyas hojas, según tuve oportunidad de ver después, estaba marcada con un grande y curioso sello rojo.

—¡Presente!—repitió mi guía deteniéndose y deteniéndome frente al extraño personaje, el cual me echó una rápida ojeada, diciendo luego mi nombre en voz alta, dejándome maravillado de que lo supiera tan bien como yo; y acto continuo, á mi parecer, lo escribió en el libro que tenía delante.

Sentí que mi guía me arrastraba de nuevo, y de dos pasos nos colocamos á la espalda del viejo que escribía.

Entonces fué cuando noté que había muchos personajes exactamente iguales á mi guía, y todos ellos estaban acompañados de uno, dos, y otros hasta de veinte y más hombres como yo; hasta entonces noté, por mis manos, que yo tenía el color de los muertos, y me puse á temblar como el reo de la última pena, ante el verdugo.

—¿Quiere usted decirme qué significa todo esto?—le pregunté á mi guía, hablándole por primera vez.

Nada me respondió; repetí la pregunta, y mi hombre, envolviéndome en una mirada que me puso más frío de lo que yo ya estaba, dijo con voz seca:

—¡Cállese usted! ¡esto no le importa!

Y ya no me atreví á chistar.

Cuando el viejo que apuntaba en el libro los nombres de los que allí habíamos sido llevados, hubo concluido su penosa tarea, se levantó del sillón y tocó una campanilla. Al

momento sentí que mi guía me tiraba hacia abajo, y caí de rodillas.

Todos hicieron otro tanto.

El viejo del libro descubrió entonces un grande y antiguo reloj que estaba clavado en un poste, y se puso á mirarlo atentamente.

Yo sentía una angustia indecible; mi respiración era lenta y trabajosa y cosa rara, mi vista adquiría por momentos más claridad y mayor alcance; los miembros de mi cuerpo perdían su torpeza, y mientras me sentía asfixiar, me figuraba mucho más ágil de lo que hasta entonces había sido, al grado de creerme capaz de volar sin ayuda alguna.

De repente sonó un fuerte campanillazo, y como movidos por un mismo y muy poderoso resorte, nos pusimos todos violentamente en pie.

El viejo que presidía aquella extraña ceremonia, levantó la cabeza que había tenido descubierta, en señal de respeto, y dijo dirigiéndose á nosotros, con el acento de la más firme convicción:

—¡Están ustedes muertos!

Nos miramos unos á los otros, con espanto, y cada cual hacía por convencerse de que no era cierto lo que acababa de oir. Yo me toqué algunas partes del cuerpo, y me las encontré como siempre, por lo cual pronto volví del susto.

—Ya eres de los nuestros, dijo á mi espalda una voz no del todo desconocida, á tiempo de que una mano me tocaba familiarmente el hombro.

Reconocí á mi guía, que me miraba sonriendo y como burlándose de mi asombro, y sin rodeos, y con desparpajo extraño en mí, le dije no muy cortesmente:

—¿Ya podemos hablar?

—Cuanto quieras.

—En primer lugar; ¿es esta la Luna, efectivamente?

—Créelo sin vacilar.

—¿Y yo estoy muerto?

—Tan muerto como tu padre.

—Y ¿quieres decirme quién es el viejo que escribía?

—La Muerte.

¡—Oh!—pude apenas exclamar.—Y tú ¿quién eres? ¿y tus compañeros quiénes son? ¿qué hacen? ¿quién los manda?

—Somos, respondió con calma mi guía, hijos de la Muerte.

—¿Tántos?—le interrumpí.

La Muerte tiene muchas mujeres.

—Y ¿qué hacen ustedes?

—Estamos encargados de hacer comparecer ante mi padre á todos los habitantes de la Tierra, según se les vaya cumpliendo su plazo. Ustedes son muy tontos al suponer que una sola persona puede llevar la cuenta de las vidas de abajo.

La Muerte tiene muchos agentes, que somos nosotros; cada uno está encargado de cierto número de seres. Algunos de mis hermanos más viejos en el oficio, tienen hasta mil á su cuidado, y los más jóvenes como yo, los que no tenemos todavía mucha expedición, sólo

vigilamos á uno; por eso yo no te traje sino á tí, mientras que habrás visto que comparecían ante mi padre algunos que llevaban centenares.

—¿Y cómo se las componen los que vigilan á cien ó doscientos, cuando mueren dos á la misma hora, en el mismo minuto y á gran distancia uno del otro?

—¡Otro de los errores de allá abajo! —exclamó riéndose el Hijo de la Muerte. Has de saber tú que hay hombres que mueren después de muchos días de estar en el camposanto.

—¡Cómo!

—Sencillamente. Mis hermanos tienen extensas facultades para obrar; pero les es de todo punto imposible dejar vivir á un sér, la fracción más pequeña de un segundo, además del tiempo que cada uno tiene señalado. Y así es que muchos toman vísperas y se traen á los que están bajo su tutela, con algún tiempo de anticipación.

—¿Pero cómo se los traen vivos?

—Mis hermanos no pueden matar á nadie. Todos, absolutamente todos, tienen que venir á morir á la Luna. Mi padre es el encargado de matarlos. En la Tierra muere el cuerpo; aquí muere el alma!

—Entonces ¿cómo vivo yo si ya estoy muerto?

—Estás muerto para el mundo. El cuerpo y el alma que allá tuviste ya murieron. Ahora vives la vida de la muerte, que es la vida más despreciable después de la vida de allá abajo. Para que tú seas juzgado por Dios, es necesario que mueras muchas veces. Qué necios son

los hombres al pensar que lo que hacen en la tierra es de tanto interés, ya sea bueno ó malo, para ser juzgado por el juez de todos los jueces; por un juez tan grande, tan sabio y poderoso como Dios. Las pruebas á que fuiste sujeto en la Tierra, son nada, comparadas con las que vas á pasar. El Cielo es un gran reino como muy bien dicen los de allá abajo, sólo que en la Tierra ignoran la forma de gobierno á que está sujeto.

Yo escuchaba con silencio lo que decía el hijo de la Muerte.

—Dios es el soberano, continuó; José su padre es el Ministro de la Vida, y habita el Sol, y mi padre es Ministro de la Muerte, y sus dominios están en la Luna. Los demás empleos son de menor importancia. Así por ejemplo, Pedro que era Portero del Cielo, es ahora Secretario particular del Ministro de la Vida. Parece que buenas influencias lo han elevado á tal cargo. Empieza á murmurarse de que los negocios públicos se atienden con mucha calma y de que el Soberano se está dejando dominar por los Ministros de Mejoras Celestes, que ya llevan mucho tiempo en el poder, falseando así las Leyes Divinas que rigen los espacios.

—Pero vamos—me dijo mi guía cambiando repentinamente de conversación;—vamos, que quiero que conozcas los dominios de mi padre.

—Tengo muchas simpatías por tí—me dijo mientras ganábamos la inmensa puerta que daba salida á la fortaleza; — has de saber que lo que me voy á hacer por tí, está prohibido con penas muy severas.

Entróme curiosidad por saber de qué manera castigaban en la Luna, y si era cierta la existencia del infierno, y pregunté con la timidez del que no está seguro de no decir una barbaridad:

—¿Es verdad que hay infierno?

Se sonrió el hijo de la Muerte y respondió:

—No uno sino tres. El hombre tiene ideas rudimentarias de lo de arriba; una intuición secreta lo hace adivinar á medias lo que no alcanza á descubrir. Tan cierto es que hay infierno, que ahora estás en él.

—¡En el infierno!—grité azorado.

—Ya lo dije; pero no te asustes; ya ves que aquí no hay ni dolores ni tormentos para los que estamos sólo de paso para el Cielo.

—Explícate.

—Cuando nacemos, vamos á la Tierra, cuando morimos allí, venimos á la Luna, cuando morimos aquí, vamos al Sol, y cuando morimos allá vamos al Cielo, en donde se nos juzga, y de donde somos despachados, según nuestro comportamiento, al Sol, á la Luna ó de nuevo á la Tierra. Si nuestras culpas son pocas y no graves nos quedamos en el Cielo gozando de la eterna calma. Para los que vienen de la Tierra á la Luna, esto es una gloria; pero para los que vienen del Sol, esto es el infierno. ¿Ya vas comprendiendo? Y ahora sábete para tu gobierno, que aquí la falta más leve es reputada como la más grave que se pudiera cometer en la Tierra, puesto que aquí estamos más cercanos de Dios. Lo propio sucede en el Sol, con respecto á la Luna.

Habíamos llegado á una estrecha galería iluminada profusamente con luz que penetraba á través de las paredes, porque allí no había aparato visible que la produjera. A lo largo de las dos paredes había incrustados tal cantidad de relojes, que ni idea me formé de su número.

De trecho en trecho había centinelas que iban y venían sin cesar, poniendo gran atención á los relojes que indudablemente estaban bajo su inmediato cuidado.

—A esto le llamamos el Salón del Tránsito, me dijo mi compañero. Cada reloj de esos marca el tiempo que tardará un hombre de los de la Tierra en venir á la Luna.

—¿Y qué significan esos campanillazos que están sonando sin cesar?

—Cada reloj da un toque de prevención cuando se le va acabando la cuerda.

—Ven—dijo mi guía—por aquí han de encontrarse muchos nombres que te han de ser conocidos.

Diciendo esto echamos á caminar con pasmosa velocidad.

—Departamento de México—exclamó mi amigo, aminorando su andar y obligándome á que hiciera otro tanto.

—Por aquí ha de estar.... Sonora.... Chihuahua.... ¡aquí es!

Me detuve y levanté la vista recorriendo los nombres que estaban escritos con letras negras sobre los relojes.

Con acerbo dolor ví que algunos de mis queridos amigos estaban próximos á morir; en

cambio, los relojes que llevaban la cuenta exacta de la vida de otros, caminaban con grata precisión.

—Vámonos de aquí, exclamé; no quiero saber la hora de la muerte de los seres á quienes amo.

Con mayor rapidez de la que hasta allí habíamos empleado, emprendimos de nuevo la marcha y pronto nos encontramos fuera de aquella fúnebre galería.

—Ahora te voy á llevar—dijo mi guía—al Mirador de la Tierra.

Y no bien había dicho aquellas palabras, cuando nos vimos en una grande explanada, uno de cuyos extremos estaba cortado á pique y defendido por un barandal caprichoso y raro.

—¡Síguemel—ordenó el hijo de la Muerte, y se dejó caer en el abismo.

Caímos después de algunos segundos, de aquel rapidísimo descenso, en una glorieta que sobresalía de la superficie de la Luna, como un balcón, en el cual había un grande anteojo que se me figuró colosal telescopio. Por él estuvo observando atentamente mi compañero, dándole al mismo tiempo diferentes posiciones.

—Acércate—dijo luego cediéndome su lugar.—Vas á ver tu casa.

El sólo recuerdo me eriza los cabellos. Allá en la Tierra me ví yo en mi lecho mortuorio rodeado de personas amigas. Cuatro velas ardían en los cuatro ángulos del cuarto. En la pieza inmediata ví un ataúd sobre el suelo. Pero nada me causó tanto dolor, tanto espanto y tan grande indignación como el haber

leído el pensamiento de algunos de los que me rodeaban poniendo caras contritas y avinagradas.

Retiré violentamente los ojos del telescopio y dije con energía:

—¡Ya no quiero ver!

Armamos vuelo hasta llegar á la explanada de donde nos habíamos dejado caer, y entonces, disgustado por todo lo que acababa de ver, pregunté:

—¿Cuánto tiempo tengo que permanecer aquí?

—Hasta que te mueras.

—¡Pues ya tengo esperanzas!

—No desesperes; has venido en buen tiempo, y es probable que pronto salgamos todos de aquí. Se espera una revolución. Ahora hay elecciones en el Cielo, y todo aquello anda descompuesto y revuelto. Los candidatos oficiales y los del pueblo arman cada escándalo que Dios toca á misa, lo cual no siempre calma los ánimos, pues los más exaltados, validos de la inmortalidad, hacen poco caso de las órdenes del Divino Dictador, lo cual les granjea una prisión en el Sol o en la Luna, según que sea sencilla ó grave su desobediencia.

Asombrado por lo que oía, exclamé con profundo desaliento:

—¡También en el Cielo!

—¡También!—repitió el hijo de la muerte—¡también en el Cielo!—

Pero no creas que esto ha pasado siempre. Nó; antes había verdadera paz celestial; pero desde que vaien por aquí las influencias y hay

intrigas, ha cambiado todo. Dios se dejó dominar por sus Ministros y reformó sus Leyes Divinas, quitándonos á los habitantes de estas regiones gran parte de nuestros primitivos dones, con provecho de los muy cercanos al Gran Trono. Mi padre, que es uno de los favoritos de Dios, ya viene muy poco á la Luna. Hoy fué una casualidad que se ocupara personalmente de escribir en el Libro de Entradas.

De algún tiempo á esta parte, encarga ese trabajo á cualquiera de mis hermanos mayores, y él sólo viene á pronunciar la Ultima Palabra.

Sin hablar más, llegamos á la fortaleza y pasamos á través de la puerta, como lo habíamos hecho la primera vez.

Noté gran movimiento y distinguí á un hombre rubio como un inglés, que con calma de tal, esperaba no sé qué, parado en la plataforma en que ví por primera vez á la Muerte.

—Ese es un habitante del Cielo, me dijo mi compañero. Algo grave debe suceder por allá.

—Espérame, continuó, voy á preguntar cuál es la causa de esta animación.

Mientras se alejaba el hijo de la Muerte, me puse á contemplar detenidamente al nuevo personaje. Era un inglés completo: rubio hasta la exageración, alto, derecho, fornido, impasible. El único detalle que le faltaba eran las indispensables patillas de todo buen inglés.

Un anciano que reconocí por hijo de la Muerte, según era el gran parecido que tenía con mi amigo y compañero inseparable, se

acercó respetuosamente al habitante del Cielo y le dijo algunas palabras al oído.

Acto continuo, el inglés desapareció.

—Nos vamos, murmuró mi guía acercándoseme.

—¿Para dónde?

—Al Cielo.

—¡Al Cielo!—repetí asombrado.

—Las noticias que trajo el mensajero Celeste son muy alarmantes. Han empezado las elecciones en el Cielo, y mi padre que quiere ser Ministro de la Vida, manda por todos los que por aquí habemos para que tomemos parte activa en la lucha electoral.

Apenas dichas estas palabras, el viejo que había hablado con el correo de la Muerte, nos dijo, dirigiéndose á todos nosotros, con voz tronante:

—¡Listos para el viaje!

Cada uno de sus hermanos se puso á la cabeza de un grupo de los que poco antes habíamos muerto, y á una interjección del jefe, nos sentimos arrebatados por los aires.

No pude calcular entonces, ni ahora sería capaz de concebir la velocidad con que caminamos.

En un momento perdimos de vista á la Luna, y dejamos bajo nosotros al Sol que despedía rayos vivísimos.

—¿De qué proviene la luz del Sol? le pregunté al hijo de la Muerte.

—El Sol es, me respondió con voz rápida, el lugar donde se fabrican las almas. Esa luz proviene de las inmensas hogueras, en las que

cuecen y amalgaman las mil materias de que se compone el alma.

Si ganamos las elecciones, yo te llevaré á que conozcas la Fábrica de Almas.

No tuvo tiempo de decir más. A una voz del jefe, todos hicimos alto. Teníamos al frente una gran puerta pintada de azul y blindada con barras de fierro dorado.

—Esta es la entrada única del Cielo, me dijo mi protector.

Se oía un confuso rumor de gritos que poco á poco se acercaban.

Nuestro jefe se adelantó con resolución á la puerta, y la golpeó con la punta del pie.

Asustado por aquella irreverencia, le dije á mi amigo:

—¡Cómo! ¿De esa manera se toca la puerta del Cielo?

—En tiempo de elecciones, me contestó sonriendo con malicia, todo es aquí escándalo y libertinaje; y nadie se preocupa por tal ó cual irreverencia.

Impacientado por la tardanza, volvió á golpear la puerta el viejo que nos guiaba, y una voz gritó desde adentro:

—¡Largo de ahí que no tengo ni llave ni orden de abrir!

—¿Quién es el que habla?—pregunté.

—San Antonio, el que es hoy Portero.

—Abre ó echo la puerta abajo—gritó furioso nuestro jefe.

Una carcajada burlona se oyó por toda respuesta; y entonces el viejo empezó á descargar sobre la puerta, grandes y tremendos gol-

pes con manos y pies. El ruido de voces ya se oía muy cercano, y se percibían distintamente los gritos de: ¡Viva San Pedro!

—¡Perdimos!—exclamó desalentado mi amigo. Ese pillo de Pedro nos ha ganado, y ahora nos va á suceder algo desagradable por haber venido sin orden expresa de Dios.

A los ¡vivas!—que ya se oían á pocos pasos—calmó su furor el jefe de nuestra expedición, y se quedó por un momento pensativo.

—¡Vámonos!—dijo de repente encarándose con nosotros.

Pero antes de que nos pusiéramos en marcha, se abrió con estrépito la puerta que nos había detenido, y apareció el Ministro de la Muerte, en persona, echando pestes por aquella boca.

—Esto es una traición—decía,—pero ya me la pagarán esos bribones.

Al reconocernos se aumentó su furor.

—¡Han venido muy tarde!—rugió. ¡A la Luna!

Y más rápidos que el pensamiento, emprendimos el viaje de regreso; pero no bien habíamos llegado de vuelta á los dominios de la Muerte, cuando se le presentó al Ministro un personaje exactamente igual al que le había hablado al viejo que encabezó nuestra expedición; pero de ademanes desenvueltos y de más inteligente fisonomía.

Discutieron con calor, pero en voz baja, y al fin exclamó enfadado el Ministro de la Muerte:

—¡Está bien!

Y desapareció luego como por arte de magia, el habitante del Cielo.

Después el Ministro se retiró con pasos desiguales y desapareció al doblar un callejón obscuro que conducía á sus habitaciones.

No había transcurrido mucho rato cuando mandó llamar á todos sus hijos que se apresuraron á cumplir la orden.

Hasta entonces me fijé en mis compañeros de muerte, queriendo descubrir alguna cara conocida, pero me encontré entre puros extraños y me estuve quieto mientras volvió mi amigo, siguiendo con sus hermanos al Señor de la Luna.

Este tomó, ya en nuestra presencia, un aire arrogante y marcial que lo hacía aparecer con todo el vigor de la juventud.

—Hijos—nos dijo con voz entera y segura—necesito de todos ustedes para una gran empresa y espero que todos se portarán como dignos hijos de la Luna. Se trata de asaltar al Cielo para encargarnos de corregir los desperfectos que están sucediéndose. Considero por demás las explicaciones. Confianza en mí es todo lo que pido y el Cielo será nuestro.

Inútil es que yo diga el espanto que nos causaron aquellas palabras, pero tuvimos que poner buena cara por temor á las iras de la Muerte.

Nos formaron en grupos con la mayor precipitación, y sin habernos dado ni un palo para combatir se dió la voz de marcha, y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que pasaba, me encontré en medio de aquel ejército á

la puerta del Cielo, la cual conocí por sus barras doradas.

Con júbilo noté que estaba á mi lado mi amigo y lo primero que me ocurrió preguntarle, fué por el armamento con que íbamos á pelear, porque yo me sentía muy débil para habérmelas con cualquiera de los habitantes del Cielo, que á juzgar por el Señor Portero, eran gentes de pocas pulgas y muchos bríos.

—¡Qué armamento ni que ojo de hacha!—me respondió mi compañero.—¿Para qué habíamos de necesitar armas, si ninguna herida nos habíamos de causar, siendo como somos, inmortales?

Esta respuesta me reanimó un poco; pero yo, que no tenía la certeza de salir del combate sin un chichón por lo menos, insistí:

—¿Pero con qué nos vamos á batir?

—A gritos, ya verás, aquí se pelea á gritos.

En aquel mismo momento el Ministro de la Muerte dijo, mientras golpeaba con furor la puerta:

—¡Eh, tú, porterillo del tres al cuarto, paso á la Muerte!

La puerta se abrió instantáneamente y nuestro jefe con la cara vuelta hacia nosotros, se precipitó al interior del Cielo gritando alborozado:

—¡Adelante, hijos míos!

Dimos un alarido que retumbó como formidable trueno y entusiasmados nos lanzamos en pos del autor de la rebelión.

Vaga memoria conservo de lo que entonces vi, porque era tal la rapidez con que caminá-

bamos, que pasaban los objetos ante mis ojos borrados y confusos.

Una voz mandó hacer alto y guardar silencio, y en un segundo que duró nuestra quietud, pude ver que estábamos en una inmensa llanura de superficie tersa como la de un espejo y blanca como si estuviera artísticamente cubierta de nieve. A lo lejos se veían brillar infinidad de luces, cual se ven desde la Tierra en las noches serenas lucir las estrellas. Respirábase un ambiente embriagador; hubiera yo dicho que era el aliento de Dios, porque entonces me parecieron penetrantes y desagradables todos los perfumes que había conocido.

—Aquellas son las habitaciones de Dios—me dijo el hijo de la Muerte señalándome las luces.

Iba yo á formular una pregunta, cuando oímos que estalló de repente la gritería más espantosa que imaginarse pueda.

—¡El enemigo!—¡el enemigo!

Así un huracán, el más furioso, y en la Tierra nunca pensado, agitara á un tiempo mismo todas las aguas de todos los mares, y levantara olas más altas que el más alto monte conocido, y arrancara, al chocar con ellas, montañas y rocas y cordilleras enteras; queda y dulce, como la voz de un niño, parecería aquel estrépito comparado con el que forman al batirse dos ejércitos de las altas regiones.

Al primer encuentro fuimos rechazados y en poco estuvo que nos hubiéramos declarado en vergonzosa derrota; pero alentados por el

temerario valor de nuestro jefe, nos repusimos y volvimos á la carga, con el arrojo propio de los que no saben el peligro que corren.

En este segundo encuentro nosotros fuimos los que rechazamos al enemigo.

El desorden era espantoso; nos habíamos confundido los de uno y otro bando, y todos corrían en todas direcciones, dando feroces alaridos; pero se notaba claramente que avanzábamos de prisa hacia las luces.

Sea por miedo, sea por cualquiera otra causa, habíame yo hecho firme en un lugar, quizá esperando que acabara el combate para reconocer á los míos y juntarme con ellos, cuando sentí que me cogieron con pocos miramientos de una oreja, y me gritaron casi apoyando la boca en mi oído.

Creí morirme, y entonces pensé con tristeza en mi inmortalidad.

No sé el tiempo que permanecí en aquel lugar, clavado como una estaca. Al recobrar el sentido, noté que mi amigo estaba á mi lado.

—¿Qué sucede?—le pregunté sin saber lo que decía.

—Es que te has dejado pillar, respondió con voz breve.—Vente conmigo—continuó.—Casi hemos triunfado ya.—Mira, dijo señalándome una nube que se distinguía á lo lejos;—hemos llegado; si Dios no está en casa la victoria es nuestra.

—¿Y si está?

—Somos perdidos.

—¿Por qué?

—Porque oirá que nos estamos batiendo.

—¿Cómo se entiende?—exclamé asombrado—¿luego todavía no ha oído, y están ya batiéndose á la puerta de su palacio?

—¿Qué sabes tú de eso?—replicó.—Dios es sordo como una tapia.

—¡Ah!

De nuevo me encontré en medio de la batalla, que seguía encarnizada, aunque la victoria casi se había declarado por nosotros.

—No te pares, me dijo mi amigo; corre como todos, porque de lo contrario....

No acabó de hablar. Una luz brillante nos cegó, y cesó por completo y como por encanto la gritería.

—¡Dios!—murmuró una voz á mi lado.

Después supe que uno de los jefes enemigos, viendo ya perdida la batalla, había corrido á darle parte á Dios, de que en el Cielo se estaba librando un gran combate, y Dios había salido al balcón á mandar que cesara el escándalo.

Todos los de la Luna caímos de rodillas, y sólo la Muerte quedó en pie, arrogante y altanera.

—¿Qué bola es esa?—preguntó Dios.

—Cualquiera cosa—respondió con desenfado nuestro jefe;—vengo á escarmentar á estos pícaros.

—¿Pero por qué no me lo avisaste?—yo hubiera puesto el remedio.

—Quería hacer el castigo con mi mano.

—¡Vaya!—déjate de enojos—exclamó Dios—y entra para que me expliques lo que sucede. En cuanto á esos—dijo señalándonos á nosotros—que queden bien asegurados.

Todos fuimos hechos prisioneros y conducidos á empellones á un caserón deshabitado, en el que permanecimos algún tiempo, hasta que llegó por nosotros una fuerte escolta para conducirnos á la presencia del Supremo Juez, que nos iba á condenar, conforme á su irrevocable voluntad.

Se nos vendaron los ojos, y de esta suerte nos llevaron al palacio de Dios, donde ya nos esperaba en un extenso salón que no tenía más muebles que la silla que ocupaba el Juez.

—Hasta en el Cielo—pensé yo—corren malos vientos para la justicia.

Un joven de aspecto duro nos estuvo leyendo por largo rato cosas que yo no entendí, y luego que hubo concluido la lectura, Dios habló de esta manera:

—La sentencia que ha leído el verdugo yo la confirmo, y, por lo tanto, mando que se cumplan mis órdenes.

Hizo una ligera señal á la escolta que nos había conducido hasta allí, y de nuevo se nos vendaron los ojos.

Cuando nos arrancaron las vendas, estábamos ya fuera del Cielo, caminando tristes y desalentados con rumbo á la Luna.

A mi lado marchaba mi compañero sin decir oxte ni moxte, y yo, que no había entendido ni jota de la sentencia y que ardía en deseos de saber el resultado de nuestra desgraciada expedición, rompí el fúnebre silencio y pregunté:

—¿Entendiste tú la sentencia?

—¡Ni que fuera sordo! Ya lo creo que sí la entendí. ¿Sabes cuál fué?

—Por eso pregunto.

—¡Bicoca! Todos los hijos de la Muerte quedamos sin empleo, y vendrán á reemplazarnos.... ¡algunos cualesquiera! En cuanto á ustedes, se van de regreso á la Tierra.

Quedéme pensativo y sin saber si contento ó triste por la noticia.

Llegamos á la Luna cariacontecidos y de malísimo humor; nadie chistaba, y parecíamos reos de la última pena, próximos á caer en manos del ejecutor de la justicia.

La presencia de la Muerte nos sacó á todos de nuestra distracción.

El Ministro, al revés de lo que yo esperaba, traía cara halagüeña, que no fué, sin embargo, bastante para tranquilizarnos y disipar nuestros temores.

Se retiró á sus habitaciones y mandó llamar á todos sus hijos, con los que estuvo encerrado durante un espacio de tiempo que á mí se me figuró muy largo.

Cuando mi amigo volvió á mi lado me dijo:

—Prepárate, porque te voy á llevar de nuevo á la Tierra.

Quise replicar; pero me cogió violentamente de la mano y me arrebató por los aires, pues yo ya me sentí muy pesado y torpe para caminar como pájaro.

—A lo menos dime qué resultó de nuestra revolución—dije yo.

—Que el hilo se reventó por lo más delgado. Mi padre queda de Ministro de la Muerte, y además de Inspector General de Orden, empleo que se ha creado exprofeso para él, y con

lo cual ha quedado muy contento. Merced á sus influencias no se nos quitarán nuestros empleos; muy al contrario, se nos van á aumentar los fueros, y desde hoy podremos ir á votar al Cielo. Sólo con ustedes ha sido inexorable la justicia.... como que no hubo quien dijera una palabra en su defensa, y han sido condenados á volver á la Tierra.

—Ya llegamos—exclamó mi guía parándose frente á una casa que luego reconocí por la mía;—no hagas ruido, que vamos á entrar.

Diciendo esto me metió por el agujero de la llave y me condujo al cuarto donde me habían velado.

En aquel momento tapaban el ataúd.

—¡Entra, entra!—dijo mi amigo metiéndose conmigo en el cajón.

—¡Ahora, adiós! y que pronto nos veamos.

—Oye—le dije reteniéndole de la mano—¿por qué no ví mujeres en el Cielo?

Apretó los dientes para no reirse y murmuró:

—¿Mujeres en el Cielo? ¿Pero qué Cielo puede haber con mujeres?....

Sentí que me asfixiaba y dí un fuerte puñetazo en la tapa del cajón, que por no estar todavía bien clavado, saltó llenando de terror á los que contemplaron el milagro de verme levantar trabajosamente, como si aun no estuviera despierto de largo y profundísimo sueño.

JOSÉ FERREL.

Guadalajara.

AMISTAD

Entramos. El salón estaba casi obscuro. Gentes y cosas le robaban la luz meridiana, y el humo de los cigarros lo velaba todo; todo aparecía como á través de una gasa, tenue aquí, espesa allá, que todo lo envolvía y que por doquiera extendía sus pliegues azulosos. Daba náuseas el aire viciado de la cantina, fetidez que lastimaba los más fuertes estómagos y en la cual se mezclaban hedores de gástricos despojos, alientos de borracho, olor de tabaco malo, aromas de ajenjo, de cognac y de bitter, tufo de salazones, y agradable perfume de fresas recién cortadas y de naranjas tempraneras.

Casi todas las mesas estaban ocupadas; sólo una, allá en el fondo, limpia y escueta, parecía esperar á los parroquianos amigos suyos, ó á pacíficos transeuntes que entraban en la cantina más por buscar asiento que por tomar una copa.

Adentro, ir y venir de criados; los cantineros que despachaban atareados á los marchantes, mientras en inquieto rumoroso hormiguao, en parejas ó en grupos, los corredores de minas—los *coyotes*, como los ha llamado el pueblo—redondeaban y afirmaban una operación, ponderando las excelencias de tal ó cual papel en alza, charlando del porvenir de esta ó la otra mina, y tratando de engañarse mutuamente aguzaban el ingenio y apuraban los recursos supremos del oficio para decidir á un tímido ó atemorizar á un valiente.

Afuera la corriente constante de carruajes, trenes suntuosos; coches del alquiler; ciclistas que iban como saetas disparadas por mano poderosa; lagartijos atildados que paseaban luciendo su lindísima estampa; busconcillas guapas que se lucían en la gran arteria; mujeres hermosas, alardeando de su belleza y de sus lujos; ruido, bullicio, confusión, la triste y tormentosa alegría del *todo México* á la hora de la gran exhibición diurna en la célebre calle,—feria de vanidades, paraíso de bobos, perdición de mujeres, pudridero de corazones, corrupción de almas, y semillero de vicios.

Tomamos asiento en torno de la mesa vacía, allá en el fondo de la sala. La mesa contigua quedó libre. Los que en ella trataban misteriosamente de no sé qué préstamo á tipo subidísimo, tomaron el portante.

Nosotros—mi compañero y yo—hablábamos de bellas letras. Conversación que allí producía singular contraste. ¡Arte! ¡El arte

al lado de la codicia, del interés, de la maliciosa ambición, del medro capcioso, del agio repugnante!

Vino el criado—un mocetón cuyos cabellos delatan al menos listo, que en aquel cuerpazo mal dispuesto, corre sangre líbica—y nos sirvió. A mí una copa de manzanilla, el vino regocijado de las comarcas andaluzas; á mi amigo un vaso de ajenjo, la perniciosa bebida, en la cual busca una generación decadente el sentido estético, la inspiración epiléptica y neurótica, esa que hoy goza fueros de soberanía, talento.... genio.

Ante un bohemio que busca en la *musa verde* inspiración y numen, recuerdo al poeta:

" *Dietro d'un nuovo labaro*
Noi conquistiamo il ver,
E distilatta nei lambichi l'anima,
Ecco sapiam quanto si vuol di fosforo
Per fare un Alighier,

y me digo: algún día sabremos á cuántos litros de la verde bebida equivale Shakespeare, y cuántas copas del opalino líquido bastan para producir un Cervantes.

Charlábamos gratamente. De pronto entraron dos individuos. Era el uno alto y fornido, pasaba de los treinta años, y en su tez marchita, y en sus cabellos que empezaban á emblanquecer, se leían muchas páginas de su azarosa historia, muchos capítulos de una vida traída y llevada por las llanuras del pla-

cer y por los penosos barrancos de la pobreza. Por el aspecto, un cobrador de casa fuerte.

El otro era un mozo de buen aspecto, aunque endeble y enfermizo, y correctamente vestido y de modales finos. En la manera de tomar asiento y en el tono cortés con que llamó al criado, comprendimos que era persona bien nacida.

—¿Qué toman?—preguntó el mancebo.

—Una limonada....—respondió el joven.

—¿Y usted?

—¡Tequila!—dijo el otro.

—Nó; nada!—interrumpió enérgicamente su amigo.

Entonces pudimos observar mejor á nuestros vecinos.

El mayor era presa de febril agitación. Sus ojos brillaban como dos ascuas. Cruzó los brazos sobre la mesa y entre ellos ocultó el rostro, como rendido al peso de una desgracia.

Trajo el criado la limonada. Pero el joven no se dió cuenta de ello. Se inclinó, y algo dijo á su amigo, pero en voz muy baja. Quería convencerle, decidirle á tomar una resolución. Se trataba de algo muy grave. Uno se agitaba inquieto, desesperado.... El otro trataba de aparecer sereno, pero estaba trémulo, y en sus ojos negros, dulces de mirada y de benévola expresión, titilaba una lágrima. Insistía, trataba de serenar á su amigo, de calmar aquella alma combatida por horrenda borrasca, y en la cual centelleaban sepa Dios qué rayos de abominable tentación. Parecía rebelde á todo consuelo, á toda re-

flexión, renuente á toda calma. Se obstinaba en no hablar, con la torpe y fatal pertinacia de quien próximo á caer en un abismo rechaza la mano bondadosa que acude á salvarle.

Aquí era la mano de un amigo, de un amigo cariñoso, fiel, que cediendo á nobilísimo afecto, se veía despreciado, y luchaba y luchaba en vano por dar luz á aquel cerebro entenebrecido, y en levantar aquella alma á regiones serenas, apartarla de la deshonra, del delito, del crimen acaso.

En uno imperaba la desesperación. En el otro la angustia, la congoja.... Por fin, algo dijo, con lo cual venció la tenaz resistencia de su amigo. Incorporóse éste, y de modo violento sacó del bolsillo un revólver, y lo arrojó sobre la mesa.

Tomó el joven rápidamente el arma brillantísima, y guardósela con la mayor cautela, mientras su compañero, todavía excitado, se mezaba el cabello y se revolvía como tigre irritado por su cadena. Abrió la cartera sobre la cual apoyaba un codo, y tomando un fajo de billetes los conto y los recontó tristemente, como si no pudiera convencerse de que no estaban completos.

¿Qué le pasaba á ese hombre? ¿Era víctima de la vergonzosa infidelidad de su esposa? ¿Le había traicionado la mujer amada? ¿Algún amigo había abusado de su confianza? Se había arruinado, en pocos minutos, en peligrosa operación de agio? ¿Había jugado dinero ajeno, dinero confiado a su honradez y á su buena fama?

Me pareció que ante aquel hombre había estado de pie, envuelto en su largo y sangriento sudario, el fantasma aterrador del suicidio, llamándole, sonriéndole, prometiéndole el olvido, el descanso, la impunidad.... La amistad, la santa amistad, hija del cielo le había ahuyentado. Habló en voz baja el joven, recogió la cartera y los billetes, contólos uno á uno, agregó á ellos quince ó veinte que sacó del bolsillo, y acariciando el hombro de su compañero, díjole:

—¡Vámonos! ¡Estás salvado! ¡Si era lo más fácil!.... Pero tú, sólo tú, que eres tan tenaz y necio, callabas y callabas....

—Pero....—murmuró el otro.

—¡Eso!—Ya veremos... Cuando puedas... Mañana, cualquier día.... ó ¡nunca! ¡No hablemos de eso!

Y se fueron. El uno sonriente y satisfecho. El otro sereno y cabizbajo.

Pasarán los días, los años y los meses, dará vueltas el mundo, y acaso esa alma generosa, que hoy salvó de la deshonra á un amigo; que, á fuerza de ruegos y de cariñosa energía, le apartó del crimen, no tenga en caso semejante, ni quien le ame, ni quien le consuele, y le aleje de los abismos en que diariamente perecen tantas almas nobles, dignas de mejor destino. Acaso cualquier día reciba como premio de esta buena acción, negra ingratitud, y con ella el insulto, el ultraje, la burla y el ridículo.

Así suele suceder. ¡Así sucede!

RAFAEL DELGADO.

PLENILUNIO

Como Susana no podía dormir, dejó su lecho virginal, envolvióse el cuerpo blanco en obscuro mantón de peluda felp , calzó los nacarinos piececitos en coquetas chinelas de piel escamosa, abrió las vidrieras, y púsose á contemplar cómo se deslizaba la luna llena sobre la casi transparente bóveda sideral.

Los árboles del jardín del barrio dibujaban sobre el aire sus siluetas, cual si fuesen las de colosales monjes encapuchados, y la esbelta torre del ex convento de Santo Domingo parecía palo mayor de monstruoso buque fantasma que, sin timonel, fuérase al garete en el ilimitado océano del espacio.

Susana, desde su alto balcón, contempló indiferente los árboles, la torre y la fachada chata de la ex Inquisición, levantó sus ojos hasta el luminoso círculo del satélite y, como si los rayos de éste, al envolverla en argentado nim-

bo, la arrancasen de la vida terrena, sintióse sumergida en la melancolía dulcísima de los recuerdos.

Pero, ¡qué extraños y disímbolos eran éstos!

Vínole á la mente el del último baile y el de una visita nocturna al Observatorio Lowell.

Tan pronto miraba frente á ella al guapo *sportman*, moreno, elegante, con sus dominadoras pupilas negras de tirano varón, como escuchaba la dulce voz de la ayudante del astrónomo.

"La mancha gris de forma oval—decía la voz—la mancha gris que ve usted, señorita, aislada en medio de aquellas tintas luminosas, se llama *Mar de las Crisis*...."

Cuánto habían turbado á Susana las negrísimas pupilas y los mostachos sedosos de su compañero de vals.

"Entre el *Mar de las Crisis* y el centro del disco, ¿ve usted, señorita Susana, un grande espacio sombrío, dividido en la parte inferior por algo como un promontorio? Es el *Mar de la Tranquilidad*, y aquellas pequeñas manchas que se alcanzan á ver por el borde superior en la parte boreal, se llaman entre astrónomos los Lagos de los Sueños y de la Muerte".

Este último vocablo, que en su cerebro vió Susana, hízola estremecer: se rehusó á seguir escuchando interiormente la voz aquella, y sólo siguió su pensamiento al timbre insinuante de la voz viril que, humilde, pidióle amor.

La amigable luna posaba en la virgen su claridad como beso castísimo, y extasiada frente al delicioso silencio de la tibia no-

che, dejó de mirar al astro difunto, y apoyó su cabeza en ambas manos para soñar despierta con la varonil figura de su enamorado.

Una oleada serena de sonidos hizo que la satinada piel de Susana se estremeciese bajo el mantón obscuro.

¿Quién era el importuno que á esa hora tardía tocaba el piano?

¡Ah! Era el vecino de la azotea, el músico borrachín, á quien el padre de Susana alquilaba por compasión la pieza cercana al cielo; pero ya poco duraría aquel vecino incorrecto y sucio: llegaba siempre tarde y siempre ebrio.

Lo más grave de todo, era su audacia; pues una tarde que la vió llegar sola, detúvose frente á ella y, con voz sofocada por las lágrimas, la dijo:

—Susana, quiero hablarle á usted.

La virgen huyó aterrada ante aquella figura de salvaje con levita sucia, y él se encaminó á su cuarto murmurando:

—¡Oh! ¡Se parece tanto, tanto, á aquella!

Y había entrado sollozando á su granero, porque el músico aquel tenía el vino triste, se embriagaba todos los días; pero el alcohol nunca le alegraba ni le hacía reir.

Se embriagaba á solas, no reñía; pero contaban de él cosas terribles: había tenido *buena posición*, y su escandalosa conducta lo condujo á la ruina.

Decíase que una mujer casada se fugó con él, y había muerto en sus brazos después de

algunos años de vida marital.... desde entonces el musiquillo se embriagaba todas las tardes, y por las noches, á hora muy avanzada, abría su piano viejo, que con la cama, una mesa, dos sillas y un retrato de la difunta, completaba el mobiliario; y á esa hora avanzada pasábase deliciosos y largos ratos en apasionado contacto con las teclas.

Sucio, manoseado, oliendo á tabaco y á alcohol, encontrábase sobre otros, un libro de música con este nombre en gruesos caracteres negros: "Beethoven".

Y como único adorno de los muros, el citado retrato de la difunta, con algunas flores viejas en un ángulo.

—¡Cuánto se parece!—solía decir el músico al contemplar el retrato de su ex amada cuando veía entrar á Susana.

Y aquella noche de plenilunio el ebrio artista sentóse al piano, mientras Susana sentía su corazón despertarse al amor.

La cristalina oleada de sonidos hizo suspirar á la virgen: su cuerpo todo sintió como si le envolviera un soplo tibio y acariciador, y pensando en las negras pupilas del galán perfumado, se le mojaron á ella las suyas transparentemente azules, con el llanto castísimo del primer deseo.

La sonata divina del divino alemán brotaba en electrizador raudal de sonidos, y cuando el borrachín artista hubo terminado, quedóse estático contemplando la fotográfica efigie de la difunta adúltera; pero las lágrimas empañáronle los ojos y le empaparon las mejillas, en-

clavó la cabeza entre ambas manos; y como si contemplase palpable el derrumbe de sus esperanzas todas y las polvosas ruinas de su corazón, lloró mucho, como niño caprichoso á quien destrozan vistoso juguete.

También Susana lloraba á intervalos, excitada por la sonata; las cosas de la tierra parecíanle tristes, hubiera querido que siempre fuera noche de plenilunio y que su galán la mirase de lejos, á la misteriosa luz del pálido satélite....

El músico siguió sollozando y mirando á través de sus lágrimas el retrato de la amada difunta, y también habría deseado que nunca saliese el sol, con su séquito de visiones hostiles, de sufrimientos y de esfuerzos.... ¡Oh, nó! Que no volviese á salir el sol, sino que siempre fuera noche de plenilunio para que, en alas de la divina sonata, pudiese volar á través de los espacios siderales, sin más compañera que la difunta amada y el rostro femenino del astro muerto.

Y desde el cielo tranquilo, el femenino rostro del astro muerto, con las manchas de sus cráteres, circos y mares, parecía grotesca cara de Pierrot, que lanzaba burlesca carcajada eterna, ante el placer frágil de Susana y ante la efímera amargura del músico borracho.

ALBERTO LEDUC.

El retrato del Nene.

(HISTORIA AMOROSA)

A Ciro B. Ceballos.

> tu duras fait un crime? un crime n'est pas bien difficil à faire, va, il suffit d'avoir du courage après le désir....
>
> *Mallarmé.*

La muchacha era simpática, alegre, trabajadora y muy metidita en casa. Los vecinos, que eran muchos y muy curiosos, no la veían sino rara vez, al entrar ó salir, cuando en el balcón, de mañanita, lavaba la jaula del

canario, un canario muy bullicioso y cantador, ó cuando regaba aquel rosal anémico y entristecido, cuyas flores primaverales eran cada año más y más pálidas y caducas.

Inés se pasaba el día cosiendo, cerca del anciano, ó leyéndole los periódicos. Viejo empleado, pobre y con pocas economías, muy dado á la política, no podía vivir sin periódicos, sin el pasto diario de la chismosa gacetilla. Entretanto la tía, doña Carmen, andaba por la cocina ó en otros domésticos quehaceres.

—¡Qué bonita muchacha!—decían todos.—¡Qué hacendosa y qué buena!

Julio mismo no sabe cómo fué aquello. Jamás correspondió Inés á sus guiños ni á sus plácidas sonrisas de enamorado.

La chica se mostraba desdeñosa y casi casi despreciativa.

El vió que la cosa no pegaba y dejó de pensar en ella.

Pero un día de fiesta, en Marzo, á la sazón que charlaba en la esquina con dos ó tres amigos, pasó Inés muy guapa y emperejilada, linda como un sol.

—¿Adónde irá?—dijose el mancebo, y siguió de lejos á la joven por calles y calles, hasta que la vió entrar en una casa de buen aspecto, allá por la Colonia de Guerrero, en una casa baja, cuyos dueños, á juzgar por el mueblaje de la sala, debían ser personas de cómodos y regulares recursos.

Julio, sin meditarlo, casi maquinalmente, volvió á su casa pensando en la niña, y en un dos por tres escribió en el primer papel que en-

contró á mano media docena de frases apasionadas, breves, concisas, para declarar su atrevido pensamiento. Pintábale un amor vivísimo, profundo, eterno, nacido de una mirada, y ardiente como el sol meridiano en día canicular; amor que era la única ilusión de su vida, primera y última esperanza de ella, término y meta de todos sus anhelos y ambiciones. Esperó á la chica en el zaguán toda la tarde, y á eso de las cinco y media le dió el papel. Un papel, sí, que ese nombre merecía aquella carta escrita de prisa, doblada sin cuidado, entregada con despótico ademán, y para la cual no hubo ni una mala cubierta. Y no porque Julio no la tuviera, sino porque se complacía en menospreciar las fórmulas sociales y alardeaba de caprichoso, singular y excéntrico.

La chica, sorprendida al parecer, toda trémula y roborosa, tomó el papel, y sin decir oxte ni moxte, entró apresuradamente y ganó la escalera.

En varios días no vió Julio á su pretendida.

—¿Por qué no sale?—se decía.—¿Qué le pasa? ¿Estará enfermo el viejo?

Y desde su ventana, á través de los vidrios empañados, rotos y cogidos con lañas de papel, observó horas y horas la casa de la chica. Hasta que una mañanita, cuando él salía camino de la escuela, con el Mayuz bajo el brazo, apareció Inés en el balcón. Vióle encendida y sonrojada, pero alegre y risueña. Una mirada mortecina, una sonrisa zalamera, y una rosa caída como al descuido, y que al caer se deshojó, lo dijeron todo.

Julio volvió temprano, sin pensar en el paseo diario por Plateros y San Francisco. Le esperaba Inés, muy arreglidita y compuesta. Al cruzar el patio, cuando el mancebo pasó cerca del balcón, hacia su pobre y destartalado cuartucho, á tiempo que no había en asecho ni vecinas ni vecinos curiosos, Inés dejó caer un papelito que Julio se apresuró á recoger, y sin volver el rostro, subió la escalera y se encerró en su pieza.

El amor del estudiante estaba correspondido. ¡Y qué bien que escribía la chica! Letra clara, elegante, aunque de rasgos débiles y tímidos. Dicción correcta, expresiva y sincera. Le amaba, sí, le amaba, hacía mucho tiempo, desde el día en que le conoció, desde el día en que vino á vivir en aquella casa.

Inés no mentía. Le había sido simpático é interesante aquel mancebo de veinte años, pálido, melancólico, de negro y sedoso bigote. Era guapo el mozo, y, además, parecía de excelentes costumbres, estudioso, retraído, pulcro y enemigo de parrandas y juergas. Acaso era pobre como ella; acaso estudiaba briosamente para proporcionar en no lejano día á sus padres, allá en el retiro de un lejano Estado, bienestar y abundancias, y pagarles con ellos, y con mucho cariño, tantos afanes, tantos sacrificios y tantas privaciones.

Inés leyó la carta de Julio, la encontró sincera, leal y apasionada, y pensó dar cuenta de ella al anciano y á la tía Carmen; pero temió que la solicitud amorosa del melancólico estudiante fuese mal recibida. Otros amores con

uno de Medicina le habían ocasionado muchos disgustos. Su padre era muy raro; pero la tía era peor. De seguro que verían mal al muchacho. Ellos no querían novios, y menos si eran estudiantes. ¡Todavía si fuera alguno del comercio, pase! Pero un estudiante.... ¡quiá! Tienen porvenir, es cierto; pero cuán pocos llegan á alcanzarle. Casi todos ellos son unos perdidos, llenos de vicios..... Además, ella era lo único que el anciano tenía en este mundo.... ¡lo único!

Resolvió no hablarles del asunto, y contestar la carta favorablemente, porque le quería mucho, mucho!

Bien se compadecía esta manera de proceder con el carácter de la niña. Era lista, y aunque un poco tímida, hizo valor de su timidez, y no vaciló en corresponder el amor de Julio.

Este, á su vez, era tímido también, más tímido que ella. Sin mundo, sin experiencia alguna, bueno de por sí y sin conocer ni apasionamientos ni contrariedades, soñador y melancólico, para él, siempre en conversación consigo mismo, siempre encerrado con sus anyoranzas en el estrecho recinto de su alma, el amor era una fantasía poética, ó una aventurilla pecaminosa como tantas y tantas de sus compañeros, siempre en enredos y líos. El amor como fantasía poética le parecía excelente para hacer versos. Como aventura pecaminosa y equívoca, un drama tentador, cuyas peripecias anhelaba conocer y cuyo final trágico no le asustaba, porque él era listo, y no dejaría que la

cosa llegara hasta las últimas escenas. Ya sabría poner término á la obra en el punto más oportuno y conveniente. Le repugnaba proceder de mala fe; aquello no cuadraba con sus buenos sentimientos, con el buen concepto en que le tenían padres, amigos y parientes; pero ello es que cuando en algún corrillo, en los corredores de la Escuela, oía de boca de los compañeros la narración de tantas galantes aventuras, algunas tales y tamañas que le espantaban, no pudiendo él contar ninguna en que apareciera de protagonista, ora en amores con alguna mujer casada, como Ernesto; ora en líos con alguna pecadora, como Pepe y Emilio, ó en lances de seducciones y paternidades clandestinas, como Arturo y Jorge, se retiraba triste, le parecía que no era hombre, que sin esos devaneos y sin esas locuras, que locuras eran y muy grandes (él no lo negaba), no había personalidad viril que fuese posible, ni juventud, ni vida. Nada de esto decía; pero era el tema constante de sus pensamientos, su manía, manía que le persegula por todas partes: en la escuela, en la casa, en el paseo, en Plateros, al ver una mujer bonita; en el teatro, con cualquiera fábula dramática; en la zarzuela, ante las desenvolturas de tiples y coristas, ó al ver tanta gente que salía de verbena, y tantas pecadoras provocativas y hermosas.

Aquellos amores fueron al principio bobos: cartitas y saludos, cartitas que le parecían tontas y saludos que se le antojaban fórmulas de cortesía, que todos tenemos para el amigo, lo mismo que para el desconocido; para la mujer

hermosa y elegante y para la fea y cursi; para aquellos que nos simpatizan lo mismo que para quienes son para nosotros repulsivos y odiosos.

Aquellos amores no tardaron en hacerse íntimos. Obtuvo Julio la primera cita. ¡Qué de emociones, qué palpitarle el corazón, como si fuera á salírsele del pecho! La entrevista fué en el descanso de la escalera, rápida, brevísima, á la hora en que, por frecuente descuido de la portera, no ardían aún en el zaguán y en el pasillo las viejas lámparas brumosas y faltas de petróleo.

No eran fáciles aquellas entrevistas. La tía era viva y maliciosa, y el anciano no dejaba que su Inés, su gallarda Inés, le dejara á esa hora.

—Ven—le decía—siéntate á mi lado y léeme el periódico!

Había que obedecerle. En tanto Julio se desesperaba en la ventana, esperando la hora de la cita. Tanto tanto se desesperaba, que una noche le dijo terminantemente:

—¡Esto no puede seguir así! No me agrada esta inquietud; me violenta, me exaspera....

—Si tú pudieras....

—¿Qué?

—Salir más tarde.

—¿A qué hora?

—A las once.... á las doce....!

—Si mi tía guarda la llave...! Noche á noche la pone bajo la almohada...!

—Pues..... ¡cosa más fácil! ¡Tomarla de allí!

La idealidad imperó soberana en el mucha-

cho. Aquellas entrevistas á la media noche, siempre temerosos y llenos de zozobra, tenían un encanto particular. Ella le abría su corazón. La confidencia era cada día más franca, y en cambio de la apasionada sinceridad de Inés, Julio exponía sus proyectos de futura felicidad, sus más hermosos sueños de dicha, allá en la modesta casa paterna, cerca de los buenos ancianos que no cesaban de rogar por él.

Llegó Octubre. Julio pasó medianamente, y pocos días después partió para el remoto Estado en busca del apacible hogar, del amor de la familia, donde le esperaban con los brazos abiertos.

Regresó á mediados de Diciembre. Pretextó no sé qué exigencias de matrícula y dejó á sus padres.

Inés le lloró al partir; lloráronle sus padres al despedirle; pero no volvió á pensar en ellos, ni en el hogar distante, luego que vió á la chica.

En la primera entrevista, después del regreso, qué de sueños azules, qué de ilusiones dichosas, qué de promesas para los años futuros y qué de juramentos apasionados. Una boda modesta; un juzgado en la villa nata; una casita muy sencilla y elegante; el cariño de los viejecitos.... la familia.... en fin, ¡la felicidad!

Inés correspondía á tanto amor con su inocencia y su desinterés. Ni santos anhelos, ni locas ambiciones, la desviaban de aquel afecto que la unía á Julio como la hiedra al roble. Mas, ¡ay! pronto la mariposa cerúlea de la idealidad fué plegando sus alas, y en medio de los

fantasmas vaporosos de aquel amor purísimo, apareciósele á Julio la imagen de Inés, opulenta de formas, soberbia de gentileza, pródiga y tentadora de hermosura. Aquellos amores le parecían á Julio inútiles, mezquinos, neciamente platónicos. ¡Cuán diversos de aquellos que eran como la indispensable novela de la vida de sus amigos y compañeros!

Cierto día, ó mejor dicho, cierta noche, Julio se mostró violento y disgustado en el descanso de la escalera. Le inquietaba la conversación allí, en aquel sitio, y propuso á Inés que fuera á su pieza: allí estarían con más comodidad; allí no temerían la llegada de algún vecino trasnochador. El aposento era feo, húmedo, lóbrego; pero el amor todo lo embellece y alegra. Harían de cuenta que estaban ya en la casita. Y la doncella cedió á los ruegos de su amante, y, noche á noche, mientras doña Carmen dormía y el anciano reposaba, el humilde cuartucho de Julio era teatro de un idilio dulce y romántico. El joven respetuoso... ella confiada y amante al lado del futuro compañero de su vida.

Así pasaron meses y meses.

Julio no se presentó á examen sino hasta principios de año. Con trabajo logró pasar en Civil y en Romano, y voló al lado de sus padres. Pero no tardó en volver. Al llegar, á poco de llegar, supo la terrible noticia: Inés ya no vivía en aquella casa. Se habían mudado á otra, situada en un barrio: á una casita comprada con los ahorros del anciano, en la cual vivirían á sus anchas y en la cual podrían vigilar la

fines sin necesidad de cobradores, que naturalmente exigían retribución por sus cuidados.

Allí buscó Julio á Inés.

La nueva casa fué fatal para el anciano, el cual, apenas instalado en ella, cayó en cama. Cuando Julio tuvo noticia de la enfermedad de don José, el honrado viejo, estaba agonizante. Había testado en favor de su cuñada doña Carmen, y en pocos días una enfermedad pulmonar se le llevó á la tumba.

Todo varió. El cambio de domicilio y la muerte del padre de Inés interrumpieron por varias semanas aquellos amores.

Tornaron las cartas, y al fin volvieron las citas, en el atrio de un templo, antes ó después de misa, ó en la casa de una amiga benévola.

Inés estaba triste y abatida.

Julio se manifestó muy apesarado por la muerte del anciano, y en una carta le decía á la joven:

"Hemos perdido á nuestro padre. Nunca tendremos lágrimas suficientes para llorarle. Yo tiemblo al pensar que el mejor día voy á padecer como tú. Yo participo ahora de tus dolores: cuando la muerte enluto mi hogar, ¿tendrás lágrimas para llorar conmigo?"

Este sentimiento no era profundo; pero sí muy sincero. Julio era bueno. Todo lo noble y levantado le era grato; pero le perdía una cierta vanidad, muy recóndita y disimulada en él. No le gustaba parecer bueno, creía eso como impropio de su sexo, como señal de afeminación, como el rebajamiento de las energías y de

la entereza de un hombre, y en charla con sus compañeros, más de una vez, contó lances y percances mentidos en que él se hacía figurar como protagonista de más de una aventurilla amorosa en las cuales él había hecho alarde de habilidad y experiencia. Necesitaba que sus amigos y compañeros supieran que no era él tan tímido y bondadoso como le suponían. Y lo que al principio fué historia inventada, se convirtió poco á poco en realidad. Pronto no fué para Inés el mancebo respetuoso y delicado, el idealista melancólico, el soñador lleno de pasión. Más de una vez se estremeció la muchacha al oir en boca de su amante frases atrevidas, juicios acerca de los demás, que delataban en el mozo ideas amplias en punto á moralidad y rectitud. Julio las emitía penosamente, le dejaban dolorido y rebajado ante sí mismo; pero fatalmente volvía á ellas hasta ser en él cosa común y corriente. Desde entonces mudó de carácter. Le tentó la cantina; dejóse arrastrar á malos sitios, y al volver de una parranda, á la hora en que se apagaba la luz eléctrica, débil, agotado, enfermo de alma y de cuerpo, bajo la excitación fatigante del alcohol, algo, en lo más íntimo de su ser, le decía: "Vas mal, vas por muy mal camino!... ¡qué dirían tus padres!" El, colérico contra el buen consejero que tan severamente le hablaba, se complacía, despechado, en recordar los pormenores de la juerga, y hacía esfuerzos para sentirse orgulloso de su nueva vida, muy pagado de su hombría juvenil, y fuerte y vigoroso para seguir adelante, en aquel camino por

donde iban y transitaban tantos jóvenes y tantos compañeros.

Los libros dormían olvidados en un rincón. Escribía poco á sus padres, pretextando exigencias del estudio, y siempre aquellas cartas, breves, brevísimas, terminaban con peticiones de dinero. Siempre dinero.... más dinero! "Con lo que le mandaban no podía vivir. Necesitaba ropa, calzado, libros, libros nuevos: el profesor había señalado otro texto que costaba muy caro...."

La chica arregló las cosas como pudo: se vistió, salió para la casa de sus amigas y en una esquina tomó el tranvía, hasta llegar al punto en que Julio la esperaba. ¿Adónde iban? Saltaron del carruaje como dos hermanos y siguieron á lo largo de la calzada, bajo los chopos cubiertos de hojas nuevas. Ella, tímida y asustada. El, afable y placentero. Ocurrióle á Julio entrar en un panteón. Allí visitaron la capilla y se pasearon entre los sepulcros. Hallaban plácido y misterioso encanto en hablar de su amor en aquel recinto de la muerte, á la hora en que el sol caía, renovando en las cordilleras las pompas purpúreas de la aurora, cuando en árboles y vallados cantaban los pájaros, y las flores marchitas de los sepulcros despedían sus últimos aromas.

De pronto Inés se sintió sobrecogida de espanto, pavor de muerte le heló la sangre.

—Vámonos, Julio, vámonos!—decía.—¡Tengo miedo!

Estaban solos. Los sepultureros conversa-

ban con unas mujeres á la entrada de la necrópolis. Nadie los veía.

—¡Vámonos, Julio!..... —repitió la doncella.

Julio, sonriente, la estrechó fuertemente entre sus brazos, y luego, tomando entre sus manos la cabeza de Inés, miróla fijamente, con mirada triste y melancólica al principio, y luego ardiente, aguda, penetrante, como una hoja damasquina.

—¡Nó, nó!—exclamó imperiosamente.

Y la besó en la boca. Un beso de fuego, prolongado, subyugador....

Inés se estremeció como una sensitiva, apartó dulcemente á su amante y apareció bañada en llanto.

Julio tuvo en aquel momento un instante de compasiva sensibilidad. No dijo una sola palabra, y abrazó á la joven que reclinó graciosamente su cabeza en el pecho del mozo.

Después de un rato de silencio, sólo turbado por las palpitaciones aceleradas del corazón de la doncella, Julio dijo en tono cariñoso:

—¡No llores, Inesilla! ¡Me haces mucho mal! ¡No llores!

Y con un par de besos secó los ojos de la pobre muchacha!

El sol se había puesto, dejando en el horizonte una gran faja de rojizas nubes.

Vibradora y plante cruzaba sobre el cementerio y sobre la enamorada pareja una bandada de gorriones, rumbo á lejanas eras.

En la aguja dorada de la capilla encendía el sol occiduo un dardo incandescente.

—Mira—dijo Inés más tranquila—¡cuántos pájaros!

Y agregó riendo:

—¡Vámonos... tengo miedo!

Inés llegó á su casa ya muy tarde. Doña Carmen la esperaba impaciente é inquieta. La joven se disculpó de su tardanza, diciendo que sus amigas la habían detenido; que no volvió sola, pues Claudia, la vieja criada de las López, la había traído. Julio la dejó en la calle próxima, y antes de decirle adiós le dió una cita para el próximo domingo. Volverían al panteón y pasarían alegremente la tarde. El sitio, aunque triste, era hermoso, y si ella no quería entrar otra vez en el fúnebre recinto, se irían á campo travieso ó á lo largo de la calzada.

Inés ofreció acudir á la cita con toda puntualidad; pero antes, para que él no la esperara en vano, si ella no podía ir, en una cartita, en la del sábado, se lo avisaría. Ya lo sabía: á las cinco de la tarde le buscaría la criada en la cantina más cercana.

Esta criada era la confidente de los amores de Inés; pero ni á ella, mereciéndole, como le merecía, tanta confianza, le comunicó la escapatoria de aquella tarde.

Inés tenía resuelto no acudir á la cita. Algo en el fondo de su conciencia le reprobaba lo que había hecho.

—No;—se dijo la doncella—no iré! Julio es muy bueno; pero cualquiera podría verme y no tardaría en venir con el chisme. No, que me escriba; que hable conmigo á la salida de misa, en el jardín del Seminario, donde al paso, sin

que nadie lo advierta, él me da su carta todos los domingos y yo recibo la suya.

No fué.

Esa noche despertó varias veces muy apenada. Tuvo pesadillas. Soñó con la calzada, con tranvías que iban y venían, con ciclistas que pasaban cerca de ella rápidos como un relámpago; con un grupo de ebrios que, al encontrarse con ellos, se rieron y dijeron algo que disgustó á Julio, y que ella no entendió. Algo malo, sin duda.

Volvió á dormirse y volvió la pesadilla. Inés soñó que estaba sola en el panteón; que vagaba perdida entre los sepulcros; que se abrían de par en par las puertas de la capilla, y que las figuras todas de los cuadros con que están decorados los muros del templo, salían una por una, pálidas, demacradas, exangües, cadavéricas, arrastrando larguísimos sudarios. El cementerio estaba obscuro, y las vidrieras de colores de las ojivas centelleaban con luces rojas, azules y violadas. Los espectros llevaban á su amante, é iban en busca de ella.... Acongojada, ahogándose, como si pesara sobre su pecho la losa de una tumba, despertó Inés. Tuvo miedo, mucho miedo, y encendió la bujía. Ahí cerca, en el tocador, en una copa, estaba la rosa que había traído, una rosa pálida, muy clorosa y reanimada, cortada por su amante en el sepulcro de un judío, tumba extraña, con inscripciones incomprensibles, en hebreo, al decir de Julio, y en la cual no se alzaba enhiesta y protectora la Cruz de Jesucristo.

—No iré,—repitióse Inés—no iré.—Y aspi-

rando el aroma de la cercana flor, se quedó dormida.

Fueron y vinieron cartas; pero ella no concurrió á las citas del mozo. Éste, muy disgustado, le escribió diciéndole mil cosas. La acusó de infidelidad. "El era pobre y por eso le despreciaba. ¡Así pagan las mujeres á quien bien las quiere! —decía.—¡Así malogran ilusiones y disipan esperanzas!"

El mancebo terminaba su carta con frases sombrías y amenazadoras.... Si ella no le quería, si le olvidaba, si no concurría á la cita, se volaría la tapa de los sesos!

La pobre niña leyó aquella carta y se echó á llorar.

Concurrió á la cita, y no sólo á esa, sino á otras muchas. Pretextaba ir de visita á casa de las López (que al fin no venían nunca á casa las tales amigas ni hablaban nunca con doña Carmen), y de medio día en adelante acudía á la entrevista, y luego Julio la dejaba en la Colonia de Guerrero. Otras veces, á las tres de la tarde, la esperaba el mancebo en la Indianilla, y poco á poco, muy de bracero, llegaban al panteón.

—¡Son hermanos!—exclamaban algunos al encontrarlos.

¡Qué grata llegaba hasta allá la música del hipódromo, á la cual se mezclaba el silbido agudo de la locomotora, y á veces, traído por el viento, el vocerío de los que llenaban la Plaza de Toros.

Esa tarde Inés estaba triste.

—¡Qué tienes?—le decía Julio.

—Nada.

—¡Nada! ¿Y estás llorosa?

Inés no hablaba. Apenas atendía á la conversación de su amante, cuyos besos le parecían fríos, y cuyos brazos rechazaba como si fueran á ahogarla.

—¿Qué tienes?—suplicó el mozo.

—¡Nada!

Montó en cólera Julio, impacientado por el silencio de la joven, y díjole tales cosas, que la pobre muchacha rompió á llorar, y entre sollozos y lágrimas exclamó dolorida:

—¡Pues lo diré!

Era hora de salir. Iban á cerrar el panteón. El tranvía había parado ya, y era preciso irse.

En el camino, en momentos que los concurrentes á las carreras se alejaban alegremente y suntuosos carruajes desfilaban hacia la gran ciudad, donde por todas partes encendía sus estrellas la luz eléctrica, Inés, reclinada en un árbol, y como temerosa de su vida, confe.....

¡A qué decirlo! Lo que la esposa confiesa sonriendo; lo que en el hogar bendecido por Dios es un fulgor de aurora, y que para Inés era llanto, angustia, obscuridad de noche tempestuosa, duelo y aflicción.

—¿De veras?—exclamó Julio con noble orgullo.—¿De veras!—repitió con un arranque de alegría.

Pero de pronto, tomando el brazo de la joven é impulsándola hacia adelante, murmuró:

—Ya pensaré lo que debemos hacer.

Y echó á andar del lado de la joven, abatido, cabizbajo, mudo....

Llegó el tranvía, montaron en él y tomaron asiento cerca de la entrada, uno al lado del otro. Julio encendió un cigarrillo. En el otro extremo del coche venía una joven rubia, vestida elegantemente, y cerca de ella el esposo, un muchacho apuesto, gallardo, de carácter alegre. En frente una niñera, una muchacha guapa vestida á la europea, que traía en el regazo un niño blondo como un haz de trigo, que dormía serena y dulcemente. ¡Con qué envidia contempló Inés el simpático grupo! ¡Con qué tristeza le miraba Julio, á cada instante más sombrío!

Despertóse el *bebé*, y despertó llorando. Tomóle la madre, le llenó de besos, y, meciéndole, le acalló poco á poco.

—¡Duerme, ángel mío.... duerme! ¡Pobrecito! ¡Tu cuna te espera!

Inés se inclinó hacia su amante y en voz muy baja le dijo:

—¡Julio! ¡Julio!

El pensativo mozo se volvió sobresaltado:

—¿Qué quieres?

—Mira....!—Y con una señal le mostró á la joven madre, que, con el mayor cuidado, abrigaba al rorro.

—¡Bonita mujer!—respondióle Julio, y tornó á su meditación interrumpida, á su abatimiento invencible y á su principiado cigarrillo.

Frío de muerte, que le llegaba hasta los huesos, sintió la joven. Suspiró profundamente, y dos lágrimas, que brillaban como dos diamantes, rodaron por sus mejillas.

Al separarse, díjole el mancebo:

—Ahora, hasta dentro de quince días!.... Me examinaré el día quince. Al domingo siguiente nos veremos. ¡Es preciso estudiar!... El Jurado está bravo.... El Maestro no me puede ver.... me odia! ¡Adiós! Cuídate y no dejes de escribirme. Yo tal vez no pueda ponerte ni dos renglones.... Estaré muy ocupado.... ¡Adiós!

Retiróse Julio á su cuartucho, preocupado y calenturiento. Tiróse en el lecho y dióse á meditar en el problema aquél de tan difícil solución, y que de pronto, cuando menos se le esperaba, aparecía terrífico. ¡Qué de ideas y sentimientos tan diversos se agitaban en el alma del mozo! La primera impresión había sido grata, gratísima, hasta le había arrancado un grito de júbilo. Pero después.... después.... ¡ay! ¡cuántos temores! ¡cuántos recelos, cuántos remordimientos!....

Aquel corazón extraviado por el mal ejemplo, embriagado con el vino de las pasiones juveniles, tan caluroso y tan incitante, entraba repentinamente por el sendero recto, tornaba á la razón. Su conducta le parecía á Julio indigna de un caballero, de un hombre bien nacido; pero ya no era tiempo de entregarse á esas meditaciones. Lo hecho, hecho estaba, y no había remedio. El deber aconsejaba salvar el buen nombre de Inés... ¿Cómo? Era muy sencillo.... ¡Casarse! ¡Pero y con qué! Estudiante de segundo año, no contaba con más recursos que la exigua pensión que mensualmente recibía de sus padres, pensión que á veces llegaba tarde y no siempre completa.

El primer año no faltó nunca, ni el segundo; pero en éste venía, á veces, incompleta, lo cual decía bien claro, las dificultades pecuniarias de sus padres. Bien sabía Julio los apuros de su familia. Más de una vez le habían escrito que fuera económico; que procurara reducir sus gastos; que si las cosas seguían así, si los negocios no mejoraban, tendría que volverse á su Estado, y allí entrar en una oficina para ganar algo y esperar que los tiempos fuesen más prósperos. "¡Qué carrera ni qué abogacía!—escribía la madre.—Ya estamos viejos. Tu padre cada día decae más; yo de todo me canso. Mejor será que vuelvas al lado nuestro. Yo quiero verte, hablarte, tenerte cerca de mí, en la mesa, en todas partes; saber que descansas en la pieza contigua á la nuestra...."Y la santa mujer terminaba dando á su hijo media docena de buenos consejos, que enternecían al muchacho, pero de los cuales ninguno era seguido.

Meditaba Julio en su vida pasada y la comparaba con su vida actual. El había llegado con el corazón sano, sin que en él hubiera nada malo, y ahora le sentía podrido, enfermo. Había huído para siempre de su alma aquella dulce y benéfica tranquilidad generadora de plácido sueño; su alma, antes como lago limpidísimo, le parecía ahora hedionda charca, en la cual hozaban todas las malas pasiones y todos los vicios, como cerdos perezosos é inmundos.

¡Quién pudiera volver á aquellos días felices, á los placeres inocentes de los primeros años juveniles, á los amigos de la tierra nativa, á la vida sencilla del hogar! Aquella vida

brillante y tentadora con la cual soñaba al llegar á la ciudad, ¿qué había sido? ¡Mísera existencia de estudiante, llena de privaciones y de amarguras! Al principio fastidiosa y monótona, después traída y llevada por malos sitios; la tertulia en la cantina; la orgía ridícula en la tienda próxima; la crápula diaria, el trasnoche seguido; el beso y la caricia de la meretriz callejera; en fin, fango y miseria! Y ahora, ¿qué haría? ¿Huir? ¿Escaparse á su Estado y decir á sus padres que estaba enfermo y permanecer ellí, en el rancho de su tío, meses y meses? El quería á Inés ¡pobre muchacha!; pero una boda era imposible. Él todavía, por poco que valiera, podía ordenar su vida, estudiar, doblar el curso, cosa muy hacedera, y recibirse, y luego.... Luego se establecería, y entonces vendría, arreglaría todo y se casaría. Una idea le asaltaba, una idea cruel, injusta, pero que era preciso tener en cuenta: ¿era la conducta de Inés garantía suficiente para lo futuro? ¡Nó! ¡Él lo vería! Si la muchacha se conducía bien, él sabría cumplir con sus deberes. Así correspondía á un caballero.

Pero había algo más inmediato en que pensar. ¿Qué haría? ¿Obligaría á Inés á dejar á su tía y á huir con él? Esto le repugnaba. Si llevaba las cosas por ese camino no sería fácil evitar un escándalo... ¿Y qué vida se le esperaba? Una vida de miseria y de hambre cuyas consecuencias eran horrorosas y patentes. El trabajaría, buscaría un empleo; pero él, ¿qué sabía hacer? ¡Nada! ¿Para qué servía? ¡Para nada!

Aquella fué una noche de horroroso insomnio. Maldijo el día en que conoció á Inés y al recordar uno por uno los pormenores de aquella historia amorosa sintió asco de sí mismo. ¡Cuán odiosas le parecieron aquellas citas, aquellas cartas, aquellas entrevistas en el pan, teón y en aquel cuarto de hotel, frío, inmundo donde había caído, rendida por el amor y la palabra alhagadora, la virtud sin mancha de la pobre doncella! Si doña Carmen llegaba á saber lo que pasaba, acaso abandonaría á Inés. De los pocos bienes de su padre nada era suyo. La tía era la heredera; de modo que para la infeliz muchacha no había más porvenir que la miseria. Doña Carmen la despediría. Ocurrióle ir, hablar con la señora, y, leal y noblemente, descubrirle todo. Que le esperaran; él concluiría la carrera, trabajaría, y todos vivirían felices! Esto era lo cuerdo, lo racional. Si doña Carmen no aceptaba esto, ella respondería de todo, y él habría cumplido con su deber.

¡Y sus padres, qué dirían! ¡Qué pesar tan horrendo para ellos! Nó; había que ocultarles aquella desgracia. No debían saber nada. En fin, se dijo para concluir, vencido por el sueño y cuando se oía, á la par que las campanas llamaban á misa en el templo cercano, la diana en los cuarteles. ¡Las cosas difíciles, se resuelven por sí solas!

Un día y otro pasaron. . Inés escribía á diario. Exigía en todas sus cartas una resolución de Julio.

Venía el tiempo, ya él se habría examinado, podía ir á ver á sus padres, hablar con ellos,

volver y arreglarlo todo. "Me llevas con ellos; seré buena hija; los cuidaré, los amaré como tú, más que tú, y allí, aunque no te vea yo más que cada año, allí te esperaré. No creas, agregaba Inés como en un arranque de orgullo, que pido esto por mí... ¡Ya sabes por quién lo deseo!

Julio se apartó de sus amigos. A ninguno quiso confiar lo que le pasaba, y huía de sus compañeros. Pasó el período de exámenes y no puso un pié en la Escuela.

Las cartas de Inés eran cada día más exigentes. En ellas rogó, suplicó, y cuando lágrimas y ruegos no bastaron, y Julio rehusó á la joven una y otra entrevista, para lo cual agotó todos los pretextos, la joven vino amenazante.

"Eres un villano, un mal caballero. Desgraciada de mí que dí oídos á tu amor. No supe con quién trataba. ¡Si te hubiera conocido!... ¡Me asombra tu cobardía!"

En obsequio de la verdad, Julio no procedía con premeditación. El problema le preocupaba, pero no encontraba la solución conveniente, y dejaba correr el tiempo. A veces para divagar sus pensamientos se iba al teatro ó á la cantina. Volvía ebrio y dormía hasta las diez de la mañana.

"¿Qué haces, en qué piensas? ¿No tienes sangre en las venas?—escribía Inés.—Esa conducta tuya abre entre nosotros un abismo y hace imposible toda felicidad". "Espera"—contestó Julio.

Inés se cansó de esperar, y una tarde recibió el mancebo un papel tan duro y terminante que el estudiante montó en cólera.

"Si hoy no resuelves, mañana lo sabrá todo mi tía. Pero no diré tu nombre. Quiero hacerte el favor de evitarte molestias".

Julio, irritado, no contestó.

Inés no volvió á escribir.

Así pasaron tres semanas.

El mozo pasó una tarde por la casa y la encontró vacía. En los balcones había papeles que decían: *Se alquila.*

Entró, preguntó á los porteros por la familia, y no le dieron noticia exacta de doña Carmen ni de Inés.

"Dicen que se fueron para... no sé qué parte! Nosotros somos nuevos aquí... El nuevo dueño es un señor que vive allá por la Rinconada... en el siete.

Fueron inútiles todas las investigaciones de Julio. Pero ¡ah!, las López sabrían de Inés. Fué á Guerrero, y aquella casa también estaba vacía. Ni quien supiera de ellas.

Julio se examinó en Enero y corrió al lado de sus padres. Necesitaba amor, cariño, consuelo; la atmósfera límpida y saludable del hogar paterno, la luz de las virtudes de sus padres. Allí se enfermó. Ese año no volvió á México. Sanó de cuerpo, pero enfermó del alma y de la conciencia; pasó allí seis meses. Regresó y se instaló nuevamente en su cuartito, tan lleno para él de recuerdos dolorosos. ¿Qué sería de Inés? ¿Qué de su hijo? Hizo más y más activas investigaciones. Si daba con Inés procuraría hablarle; de rodillas le pediría perdón; escribiría á su padre, que era tan bueno, y todo quedaría arreglado:

se casaría, y con esta honrada resolución vivía, pensando siempre en el fruto de aquellos tristes amores.

Todo fué en vano. Encontróse cierta vez á la criada, y le preguntó por sus amas. Nada sabía. Doña Carmen la despidió una noche, y ella no volvió á verlas.

Concluía el año. Julio acababa de examinarse y se disponía á hacer la maleta para irse á ver á sus padres. El buen anciano estaba enfermo, y le llamaba con insistencia. Debía salir al día siguiente, y volvía de hacer algunas compras.

Al entrar, el portero le entregó una carta. ¡Era de Inesilla! ¿De donde venía aquella carta? La había dejado en la portería un hombre desconocido, un charro, al parecer un ranchero....

Con ansia febril abrió Julio la carta. Entre dos cartones, atados con una cinta azul, venía un retrato, el retrato de un nene muy gracioso. En el reverso de la fotografía Inés había escrito.

Tu hijo.
Se llama como tú.

¡Qué niño tan lindo! ¡Qué ojitos tan hermosos! ¡Los ojos de la madre! En aquella carita risueña descubrió Julio, desde luego, algo del rostro de su padre, del buen anciano que no sabía que era abuelo, que no lo sabría nunca, y que enfermo, achacoso, próximo á bajar al sepulcro suspiraba por el regreso de su hijo.

El retrato era malo, como hecho en algún pueblo, por un aficionado, ó por un fotógrafo trashumante.... ¡Pero el nene era tan hermoso!

Julio regresó en Febrero. Al otro día de su llegada tomó el retrato, se fué al Cinco de Mayo, y mandó hacer una ampliación. Aunque la fotografía era deficiente, el talento del dibujante supo mejorar el retrato, y ahí está, en el cuarto del mancebo, en un marco dorado, arriba de la humilde mesa, llenando de alegría á cuantos le miran, y haciendo soñar con delicias domésticas y gracias infantiles á cuantos contemplan aquella boquita risueña, aquellos ojitos vivarachos y aquellas manecitas hoyosas.

¿Y doña Carmen é Inés?

¡Sábelo Dios!

Cuando algún amigo, de los pocos que tiene, le pregunta á Julio:

—¿Y quién es este nene?

Julio responde:

—¡Un sobrinito!

Y dice para sí, tristemente y con los ojos preñados de lágrimas, quedo, muy quedo, como si temiera oir la voz de su conciencia:

—¡Un remordimiento!

RAFAEL DELGADO.

HOMO DUPLEX

Agonizaba aquel día tropical: perecía, calenturiento como un tifoso en plena crisis; por el ocaso, ardían todos los matices del iris en una augusta bacanal de colores, y la tierra sudaba, echando bocanadas de vapor caliginoso.

El vicario abrió con alegría de escolar la puertecita del confesonario suponiendo que había terminado ya la chocante tarea de oir los nimios escrúpulos y veniales pecados de sus habituales penitentes.

¡Qué sabroso estaría el panzudo cangilón de aquel chocolate que sólo la adorable doña Corpus sabía condimentar!

La faena, como de costumbre, había sido ruda y cargante, sí, horriblemente fastidiosa; toda la chismografía local que se tamizaba por la rejilla penitenciaria para picotear sus oídos

con picarescas anécdotas é intolerables monsergas, cosas que no le importaban, palabrerías de la gentecita que vive de lo vulgar, chocarrerías de viejas camanduleras, consultas de beatas y tonteras de paletos ó pecadores de baja estofa.

Se hallaba libre al fin.

Su programa era encantador: tomaría la merienda con buen apetito, pasearía por el bosque una hora ó dos, luego la lectura, ¡un libro nuevo!; después, las oraciones ordinarias y, por último, el confortante lecho donde noche á noche descansaba de las fatigas diurnas.

—Padre.... ¿se puede....?

La bronca voz del hombre repercutió en los silentes dombos de la nave con acento majestuoso.

Alto, moreno, fornido, de magnífica musculatura, parecía un cíclope escapado de las fraguas de Vulcano.

—¿Se puede, señor cura....?

—Sí.

La confesión fué lenta y fatigada.

Era un proyecto diabólico, un asesinato premeditado con singular vileza por un delincuente cobarde que antes de cometer su delito imploraba la absolución en el tribunal formidable de las conciencias.

El relato trastornó con intempestiva brusquedad el ánimo tranquilo del sacerdote, lo agitó, no de otra suerte que un chorro de pedruscos rebota el manantial sereno de aguas vivas.

Después de muchas vanas súplicas alejóse

el penitente sin haber obtenido el perdón que allí imploraba

El confesor llegó á sus aposentos profundamente emocionado.

Dejóse caer sobre un antiguo mueble forrado de terciopelo morado á grandes rosetones, y allí, sobando el lomo de un gato negro que hecho rosca dormitaba, se puso á meditar.

Esa misma noche, el rico filántropo del cortijo iba á sucumbir á los golpes de un puñal, el sueño de aquel nonagenario laborioso sería interrumpido por la punta de acero que aguardaba el propicio instante pronta á quitarle la existencia; él lo sabía todo perfectamente, ningún detalle del crimen le era desconocido, había visto al perverso, hablado con él, dándole consejos, y á pesar de su minucioso y completo conocimiento de aquella trama urdida en la sombra, no podía delatar al homicida sin violar el sigilo de la confesión... ¿Qué hacer?..... ¿entregarlo á la justicia?.... ¿prevenir á la víctima?.... ¿pero cómo sin faltar á aquel sigilo?.... En su cerebro zumbaban las conjeturas como enjambre de mariposas negras, el conflicto en que se hallaba aturdía su juicio por lo común discreto y sano, retorciendo en complicadísimas espirales las circunvoluciones de su pensamiento.

Ante la inminencia del peligro que amenazaba al bienhechor de su pueblo, á un hombre bueno, el miedo, un temor pavoroso lo entontecía apagando de un soplo todas las lámparas de su mente para hundir luego sus energías en la anestesia torpe de las cosas sin alma.

Se acostó, amedrentado y triste, como si fuese voluntario cómplice de aquel ladrón.

Con una videncia de sugestión veía representarse el trágico suceso.

Presenciaba el drama con todos sus detalles: los muros que el bandido había salvado provocando aullidos de alarma entre los perros, sus precauciones para no despertar á los sirvientes, su paso cauteloso al avanzar en las tinieblas con las manos extendidas hacia adelante para tocar los objetos y evitar así los choques; las cerraduras que forzaba con sus llaves falsas, que campanilleaban alegremente, y hasta el rumor de su respiración fatigada... Luego la lucha empeñada entre el asaltante y el asaltado, una desigual pelea en la que al más fuerte le tocaban todas las ventajas; por fin, la consumación del acto delictuoso... El anciano lloraba y suplicaba, quería vivir aún, y su verdugo lo apuñaleaba coléricamente, lo acuchillaba hasta ver la rabínica cabeza del sacrificado desplomada en el tálamo entibiado por la sangre...

Al claror de la luna veía la carátula del monumental reloj de pared como una faz de endriago chino en cuya blancura porcelánica se destacaban los ojos oblicuos perfectamente figurados por los números.

Cerraba los ojos ó envolvía su cabeza entre las sábanas y siempre columbraba á lo lejos, entre obscuridades de antro, la escena que le horripilaba.

¡Tan... tan... tan...!

¡Las tres!...

Era el momento preciso en que debía efectuarse la tragedia.

La reacción se operó en su organismo con una violencia admirable.

Saltó de la cama y encendió maquinalmente una bujía.

Debía evitar ese delito á toda costa, si preciso fuese se batiría brazo á brazo con el asesino, era su deber, y el carácter sacerdotal de que estaba revestido lo orillaba á cumplirlo de mala ó buena gana.

La luz avivó sus fuerzas moribundas; buscó un abrigo de tela burda y se arropó, cubrióse con un sombrero de grandes alas, cargó una linterna y después de proveerse de un filoso escoplo, echó á andar rumbo á la quinta del prócer.

Caminaba lo mismo que un sonámbulo, inconscientemente, como arrastrado por una fuerza invencible y misteriosa.

La verja del jardín estaba abierta y pudo entrar sin trabajo alguno; cuando estuvo frente á la puerta principal de la casa sacudió su cuerpo un fuerte temblor al hallarla también franca, llegó á los departamentos principales, y nadie interrumpió sus pesquisas; no había duda, el miserable había llegado y tal vez ya no era tiempo de impedir el crimen; el clérigo se aventuró hasta la alcoba del viejo y allí, á la luz amarillenta de una veladora, lo vió dormir tranquilamente; entonces, sin que él mismo pudiera darse cuenta del fenómeno, su noble y piadosa solicitud se metamorfoseó de improviso. En un arranque de cólera siniestra

y hecho un insensato, se aproximó al indefenso durmiente y lo mató de un solo golpe.

Cuando huía, perseguido por los fantasmas del remordimiento, vió en su camino á un hombre alto, moreno, fornido, de magnífica musculatura, que parecía un cíclope escapado de las fraguas de Vulcano.

CIRO B. CEBALLOS.

Julio 16 de 1897.

UN CASTIGO EN EL MAR

A la caída de la tarde, en las primeras horas del reposo, tendidos los marineros en el castillo de proa, después de haber saludado á la bandera, arriada majestuosamente en medio de las notas tumultuosas del clarín, algunos rasgueaban la guitarra, otros cantaban peteneras que allí, en la soledad del mar, eran de una tristeza profunda. No faltaba quien refiriera sus aventuras, y como casi todos los cabos de mar habían asistido al bombardeo del Callao por la escuadra española, todos recordaban algún episodio guerrero ó alguna traición del inmenso océano. Los grumetes nada teníamos que referir, y callábamos oyendo los pintorescos relatos de los veteranos. Un catalán de genio bravío, se enfurecía con frecuencia recordando la marina española, y juraba por la virgen que los marinos mexicanos no servían porque se les trataba como á

señoritos. Entonces parecía que todos procuraban asustarnos describiéndonos los castigos de á bordo. Hombres hendidos de un sablazo por el comandante, ó pasados por un ojo, ó muertos á chicotazos, ó colgados de los penoles, con la cabeza hacia abajo, ó sepultados en la sentina para que se murieran de hambre ó echados al mar con un salvavidas y una galleta. Así, así se hacían los buenos marinos, mientras que ahí, en el *Libertad*, engordábamos, á pesar de que el despensero se estaba enriqueciendo á gran prisa.

Un día nos hicimos á la mar; en el sollado se decía que íbamos á perseguir á una barca noruega que singlaba en el litoral con un riquísimo contrabando que debía entrar por Tuxpan.

Llegamos hasta Tampico, y de allí viramos en redondo y fuimos á ponernos como en acecho en los bajos de Tanhuijo, al abrigo de la isla de Lobos. Cazando tortugas con los chuzos de abordaje y aves marinas á pistoletazos, esperábamos que apareciera la barca matutera, con la impaciencia de nuestra seguridad en el triunfo. Decían que la barca estaba armada con un cañón, y esto encendía nuestros deseos de encontrarla. Los veteranos del Callao nos miraban con lástima, y á veces nos decían:

—Muchachos, vais á ver cómo se juega en el mar. Cuando aparezca esa perra.... ¡no estorbarnos, no estorbarnos!....

Volvíamos á Veracruz como humillados por no haber matado sino tortugas, y renegando

de la cobardía de los noruegos que no nos habían presentado batalla aunque su artillería era superior á la nuestra, según lo deducíamos todos en el sollado.

Una mañana hubo mucho cuchicheo á la hora en que nos retirábamos á dormir los de la brigada de estribor. Un marinero había cometido una falta grave durante la noche, y se le iba á castigar. Bajábamos la escala del sollado sacudiendo nuestras ropas empapadas y apagando nuestras pipas, para entregarnos al sueño, cuando de pronto la corneta ordenó: "¡formen brigadas!"

Retrocedíamos preguntándonos mutuamente:

—¿Qué pasa?—¿qué pasa?

Y con extraña vibración de los nervios nos asomábamos por encima de las bordas, creyendo distinguir en la azul lontananza de aquel día claro y espléndido, la fragata noruega viniendo á nuestro encuentro á todo trapo.

—¡Formen brigadas!—gritaban los contramaestres luego de haberlo mandado con sus silbatos de mar.

Un camarero, Piñeiro, que venía corriendo de popa, nos dijo con voz misteriosa:

—Van á castigar al portugués....

Habíamos formado las brigadas. Serios y dispuestos para una sorpresa, guardábamos el balanceo del *Libertad* que sobre un mar como de cobalto saltaba y crujía como batido por una borrasca; á cada tumbo amenazaba hundir los penoles del trinquete y del velacho en las aguas del golfo, dormidas y tersas; la colisa,

enfilada en la orujía, retemblaba en su montaje y parecía que iba á romper sus tirantes de alambre, gruesos como el guión de un remo; á veces, en los cabeceos, cuando la cañonera se sentaba, esperábase con angustia el instante en que desapareciera el timonel, tragado por el mar; de vez en cuando un marinero novato, rompiendo la fila de la brigada, salía disparado por un balanceo sobre la colisa y volvía á su sitio entre las miradas de compasión ó de regaño de los que permanecían como enclavados en la cubierta.

Apareció el comandante por la escotilla de la cámara, seguido de toda la oficialidad. Además de la espada ceñían todos un revólver al cinto.

Se detuvo á la cabeza de las brigadas. Era un campechano alto y arrogante. Nos miró con su altivez de jefe absoluto y luego habló indicándonos brevemente por qué se iba á castigar al portugués. Le oíamos teniendo la mano derecha apoyada de canto en la sien en señal de respeto y sumisión, y cuando calló habíamos palidecido impresionados por aquella solemnidad salvaje.

El portugués estaba en el fondo, destacándose sobre las láminas color de chocolate de la cocina. Nos miraba á veces con altanería, á veces con desprecio y á veces como sintiendo una gran lástima de nosotros por la impasibilidad con que nos preparábamos á presenciar su ejecución.

Se oyó una voz trémula que mandó:

—¡Amárrenlo á la colisa!

El portugués no opuso resistencia. Se abrazó al cañón de aquel monstruo enfundado con telas impermeables, y dejó que lo ataran cuatro hombres. Luego la misma voz trémula del comandante gritó:

—¡Cabos, un paso al frente!

Nuestro amo, el primer contramaestre de la brigada de estribor, un viejecillo asturiano, desdentado y blasfemo, le entregó al primer cabo de la derecha un rebenque embreado y doblado en dos, nuevo y con aspecto de bejuco.

—¡Fuerte!—dijo el asturiano con entereza de verdugo. El cabo saludó Era seco y alto como el mesana y había perdido un ojo en el bombardeo del Callao. Tuvo una fugaz vacilación; pero luego, con la rapidez de un desesperado, nervioso y cadavérico, descargó los diez azotes sobre el portugués, que se retorcía como si le estuvieran destrozando las entrañas.

El rebenque fué pasando de cabo en cabo. Todos tenían una fugitiva hesitación; pero en seguida avanzaban hacia el hombre amarrado en la colisa, y lo azotaban rápida y torpemente.

Las ropas del portugués fueron manchándose de sangre, y poco á poco descosiéndose los remiendos y dejando ver la carne reventada y sangrienta. Había en todos los pechos un grito de compasión refrenado por el miedo y la disciplina. El comandante y los oficiales estaban tan pálidos como nosotros, y los cabos volvían á su sitio horriblemente desenca-

jados. Los clamores del portugués retumbaban de una manera salvaje y misteriosa bajo el ábside celeste de un azul límpido y luminoso, como implorando el auxilio de aquella naturaleza serena y soberbia. Todo era hermoso, el cielo y el mar, y el mismo barco que con sus cangrejas desplegadas y resoplando parecía resaltar de gozo sobre las aguas quietas y puras. Algunas gotas de sangre manchaban la cubierta. El portugués ya no gritaba. A cada azote se estremecía como si lo punzaran con un hierro candente, y lanzaba un débil ronquido como inarticulada súplica final.

Y allá lejos, muy lejos, se divisaba el Castillo de San Juan de Ulúa como una golondrina pintada en el horizonte de aquel cuadro glorioso.

JOSÉ FERREL.

Belém.

AMOR HERIDO

Lupe estaba enamorada.

Enamorada hasta el frenesí, hasta no vivir más que para pensar en Luis. Mi amiga vivía en un perpetuo éxtasis, en un arrobamiento celestial y dulcísimo, del que no volvía á la vida más que para reir como una loquilla, con una alegría de pajarillo enamorado que se pasa el día en amar á su bien querido y en cantar desde que Dios echa su luz.

Daba placer oir la continua felicidad de Lupe, contada ya en sus pláticas volubles, ya en sus romanzas lindísimas que ella misma se acompañaba al piano, ó en los valses de Waldteufeld que ella puso en boga en los bailes tapatios.

Era la niña mimada de sus padres, la consentida de sus amigas, la joya de su hogar; su voluntad reinaba donde quiera, y presentaba el prodigio de no hacer mal uso de tal domi-

nio, de no ser la tiranuela voluntariosa que empieza por caer en gracia y acaba por chocar.

Nó; ella era siempre buena, siempre sencilla, siempre afable, y por eso se hacía querer más y más cada día. A donde Lupe decía que fuéramos, allá íbamos todas; lo que Lupe decía que hiciéramos, lo hacíamos todas sumisas y obedientes, con la entera confianza de que no hacíamos mal y de que Lupe lo hacía de corazón, ya fuera prohibirnos un pasatiempo ó precipitarnos á todas en él, y siempre quedábamos contentas y satisfechas.

A pesar de esto, no se crea que Lupe era una de esas mujeres de treinta años, diplomáticas y astutas, que hacen lo que quieren de las adolescentes inexpertas, manejadas á su capricho con falsos mimos y zalamerías.

Eso no podía ser, porque Lupe apenas tenía veinte años y se podía leer la pureza de su alma sin perfidia y sin mancha, en la limpidez de sus ojos deliciosamente garzos.

Había sido elegida reina de la juventud femenina tapatía, por aclamación, no unánime, sino progresiva y silenciosa. Cada vez que intimaba con una amiga, era para avasallarla con su dulzura y su reflexión persuasiva.

De esa manera vencedora, sin saberlo ella, todas nosotras estábamos á su servicio y prestas á su llamado cuando nos pedía algún consejo.

Fué entonces cuando se apasionó de Luis, el muchacho más guapo y más calavera de Guadalajara, siempre en francachelas con oñ-

ciales y en frascas tumultuosas con sus amigos y desconocidos, de las que salía siempre bien gracias á su valentía y audacia.

Sus orgías, veladas por sus camaradas bajo la apariencia de alegrías, dejaban sin embargo huellas tan hondas en su rostro, que denunciaban al trasnochador elegante y diario.

Una palidez mate substituyó los sonrosados matices de su rostro, y las ojeras que ensombrecían sus ojos negros, lo hacían aparecer interesante y romántico y volvían loca á Lupe, que soñaba en que su novio se moría por ella.

Convenimos nosotras, después de muchas cavilaciones y pláticas, en decirle á Lupe la fama que corría en la ciudad Luis, y una tarde fuímos á su casa, y Angela Castro fué la que se decidió á contarle todo y á persuadirla á quebrar.

—Linda, yo ni ninguna de nosotras te lo queríamos decir, pero....

Y la delación empezó por el último escándalo del guapo calavera.

Por primera vez vimos á Lupe, después de oir sosegadamente *los cuentos*, como ella decía, no dar crédito á lo que todas nos apresuramos á confirmar al verla incrédula y no afligida como esperábamos.

La campaña siguió entonces encarnizada y tenaz, todas contra ella, pues nuestra colisión obedecía al despecho que sentíamos al ver á Luis llegar al balcón de Lupe y con unas cuantas palabras destruir las sospechas que nosotras creíamos germinadas ya en el casto pecho de la niña.

Así las cosas, llegó el verano y hallándonos en Chapala decidimos ir en el vaporcito por el lago, á almorzar á Colotlán un día. Nos reunimos todas las amigas inseparables y madrugamos para emprender temprano la travesía por agua.

Era una mañana espléndida, el lago se rizaba en mansas ondulaciones, dorado por la luz del sol, y la travesía fué encantadora. Durante el viaje se tocó de nuevo la conversación sobre Luis, y Lupe se mostró más confiada que nunca, lo defendió con ardor y nos acusó de desleales y crueles. Asombradas de tal obstinación, cambiamos la plática, y al llegar á Colotlán, donde había fiesta, nos dispersamos en parejas por una huerta.

Luisa y yo pasábamos por detrás de un senador, cuando nos llamaron la atención unas sonoras carcajadas que salían de él y nos detuvimos al oir una voz, la voz de Luis, que sostenía una cuestión con sus amigos.

Luis estaba ebrio, se le conocía en la dificultad de hablar de los bebedores, y decía:

—¡Dices que la quiero?.... ¡Si hago de ella lo que me da la gana!.... Ya ves, á pesar de que todas esas.... la aconsejan, llego yo y en un dos por tres la dejo convencida, porque es una alma de Dios!.... ¡Pobre!.... El modelo de una esposa.... confiada, apasionada, porque está apasionada de mí con estupidez, y tontita, hermano, tontita de la cabeza.... ¡Pobre!....

A medida que Luis hablaba, Lupe iba palideciendo, palideciendo hasta ponerse lívida. Por más que yo quería arrastrarla de allí, no

podía, quería oir su desdicha hasta el fin, y solamente cuando el miserable hubo dicho su última palabra —¡Pobre!— cayó frenética de sollozos en mis brazos y huyó conmigo, diciéndome encendida de vergüenza:

—¡Ana, por Dios, mientras yo viva, no digas nunca nada!

Desde entonces no volvió á tener más alegría que en los momentos en que se presentaba en sociedad, pero en su soledad sufría horriblemente. No quería que supiesen su derrota las amigas leales á quienes ella llamó desleales, aunque les pidió perdón humildemente urdiendo un cuento á su manera, ingenioso y natural.

Pero su orgullo delicado de mujer sufrió aún más con esta nueva humillación impuesta á su corazón por su amor propio, y marchitándose súbitamente, contrajo una consunción que la postró en cama para no levantarse ya.

Cuando estaba moribunda, aprovechó un momento en que estaba sola conmigo y me repitió:

—¡Ana, por el amor de Dios, no digas nada mientras yo viva!

Y como murió á los dos días en mis brazos, he creído que podía contar sin faltar á su ruego, su breve historia de amor.

ANA RUIZ.

Guadalajara.

El crimen de Juan.

A RUBEN M. CAMPOS.

Juan y Luis fueron alumnos del mismo colegio, los dos hijos únicos de las familias más ricas de la ciudad.

Juan, moreno, alto, flexible, de ojos negros, era colérico, generoso, inteligente y desaplicado; vestía con desaliño, protegía á los débiles y reñía con los fuertes.

Luis, rubio, pequeño, de ojos azules, era pacífico y egoista, estudioso y sereno; sonreía á los *tiranos* y desdeñaba á los pequeños.

Juan contaba entonces diez años y diez Luis. Los dos se detestaban. Juan cerrando los puños, amenazando, jurando exterminar á su compañero. Luis sonriendo blandamente y agitado apenas por temblor nervioso. A los retos homéricos de Juan, oponía Luis altivo

silencio; reconocía la superioridad física de su compañero, pero sabía que éste no abusaría de tal ventaja.

Luis fué siempre preferido por sus profesores, obtenía los primeros premios, y citábasele como modelo de juicio y aplicación.

Juan, el ídolo de sus condiscípulos, el jefe de los motines estudiantiles y el general de todas las batallas.

A los veinticinco años, los dos mozos eran los más apuestos, los más ricos y los más mimados de la ciudad, pero aquel odio de niños subsistía vivo y tenaz en ambos. Se estrechaban la mano, frecuentaban el mismo círculo; Juan, á veces un poco brusco, Luis siempre correcto, aprovechando hábilmente las faltas de Juan, suavizando la dureza de la frase con la inflexión del tono; mas bajo aquella aparente cordialidad, descubríase el relampagueo de las miradas, vivo y ardiente en los ojos de Juan, fugaz y velado en los de Luis.

Un día, Juan vió una mujer y quedó deslumbrado; era hermosísima. Supo que era pobre; que después de luchar tenazmente, sucumbió, arrastrada por falsas promesas de matrimonio. Su seductor habíase mostrado al principio tímido, humilde, cariñoso, habíale hablado de hogar tranquilo, de familia honrada; ella no le amaba, pero parecióle bueno, inofensivo y enamorado; la pobre huérfana, acostumbrada á la torpe galantería, á la palabra cruda, á la mirada cínica, entregósele al fin. Entonces él arrojó la máscara, burlóse de la infeliz, y le propuso friamente hacerla su

querida. Ella huyó espantada pensando en la muerte y dudando de Dios.

Esta historia oyó Juan una triste tarde de invierno, en voz baja, como una confesión, y cuando entre sollozos iba á salir de los labios de la víctima el nombre de su verdugo, Juan, pálido, crispado, exclamó:

—¡Reconozco á Luis!

Juan amó á Marta locamente, y desde entonces ya no disimuló su aborrecimiento á Luis; hasta sus amigos llegaron á censurar aquel odio inaudito, sin límites; ¿qué justificaba tal explosión de ira, de celos, de envidias, que Luis soportaba con digna indiferencia? Bastaba que en público sonase el nombre de Luis delante de Juan, para que éste palideciese de rabia.

Un día, Juan pidió de rodillas á Marta que consintiese en ser su esposa; él era rico, iríanse muy lejos, donde nadie les conociese, y vivirían felices.

—Nó, imposible, contestó Marta, el recuerdo de mi desgracia nos heriría á los dos.

Entonces Juan tuvo una idea; por lo menos, se dijo, obligaré á Luis á que repare su falta; le exigiré que dé su nombre á esa pobre niña, que la haga su esposa. Y arrebatado, como siempre, por la impresión del momento, pensando que por fin iba á humillar á Luis, que por primera vez podría reprocharle una acción indigna, se lanzó á la calle, y encontróse, casi sin darse cuenta, en un pequeño salón amueblado con gusto, sentado frente á una panoplia de armas antiguas.

Juan comenzó á sentirse turbado. Reflexionó que habíase dejado arrastrar tal vez por un sentimiento mezquino; él sabía que Luis jamás consentiría en casarse con Marta, apremiado por amenazas ó ruegos, ni ésta, altiva y digna, accedería á unirse al hombre que la había engañado inicuamente. Sólo, pues, iba allí en busca de Luis, para arrojarle á la cara su falta; había encontrado un pretexto para decir á su rival: "eres un miserable", y se asía á él. Y cuando después de haber corrido como un loco por las calles, y de subir á saltos las escaleras de la casa de Luis, se encontraba frente á éste, que sereno le alargaba la mano con cierta extrañeza, Juan estuvo á punto de retroceder, de inventar una excusa y marcharse. Mas entonces parecióle que Luis adivinaba su vacilación, que aquella sonrisa que le perseguía desde niño, le azotaba el rostro, y sin estrechar la mano que Luis le ofrecía, profirió con voz insegura:

—Te vengo á recordar una falta grave, una cuenta pendiente con tu conciencia.

—¡Dios mío! dijo Luis en tono jovial: ¿eres por ventura la voz de mi deber?

—¡Cuidado! gritó Juan exaltándose, no apelas á tus burlas; hay una huérfana á quien tú, caballero, debes una reparación completa. Ofreciste á Marta hacerla tu esposa: ¿estás dispuesto á cumplir tu palabra?

—¡Ay, querido!, repuso Luis riendo, te reconozco. Tropiezas con una heroína de corte romántico y tomas como verdadera y te conmueve hasta las lágrimas, esa eterna novela

de huérfana pobre, bella y desvalida á quien un galán joven, el conde de Almaviva, seduce y arranca del hogar, del nido blanco, del lecho inmaculado.... ¡pero no te irrites!.... Cuenta, cuenta esa conmovedora historia y dime en suma quién es esa menesterosa doncella á quien este mal caballero fizo tal desaguisado.

—Paréceme increíble, exclamó Juan, que acojas con esa ligereza asunto tan grave. No necesito apelar á tus recuerdos; en este momento la imagen de Marta, de tu víctima, se asoma desde el fondo de tu conciencia. Basta sin embargo que me digas que desconoces tus deberes de caballero para que te deje en paz.

—Pero mi buen Juan, dijo Luis, ¿por dicha mía esa Marta encantadora ha descubierto que es tu hermana? Porque lo corriente en estas aventuras de damas mal andantes suele ser que la triste dolorida resulta á lo mejor hija de algún príncipe....

—Te prohibo tratar este caso en ese tono, interrumpió Juan con violencia. ¿Te sorprende que yo tome la defensa de esa joven que no es mi hermana, pero á quien amo como no saben amar los libertinos miserables, cobardes é hipócritas? Todos extrañan el odio que me inspiras; pues bien, pronto cesará tal extrañeza cuando conozcan la historia de tu crimen.

—Oyeme, Juan, exclamó Luis con voz grave, porque no quiero pasar á tus ojos por un Tenorio de melodrama, te voy á referir el caso. Yo, como tú, conocí á Marta y la amé; refiriéme también esa vulgar fabulilla de huérfana burlada.... escúchame con calma, te lo rue-

go.... refirióme, digo, esa fábula, y yo, como tú, creíla; sólo que á mí no me reveló el nombre de su burlador.

—¡Ni á mí, pero yo te adivinél interrumpió Juan.

—Es decir, continuó Luis, que le allanaste el camino. Yo quise, á pesar de todo, hacer mi esposa á la *pobre niña*, tomé informes, y aunque algo confusos me bastaron. Era hija de un modesto empleado de Hacienda, que murió dejándola en la miseria. Una noche dirigíme por fin á la casa de mi amada, una humilde habitación en un tercer piso, con sus blancas cortinas, la Santa Virgen en la cabecera de la pobre cama, y la jaula del canario colgada al balcón y el tiesto de flores olorosas al sol. Esa noche noté en los ojos de Marta un fulgor extraño, mirábame tiernamente mientras sus labios sonreían. Estaba hermosísima. Oprimí entre mis manos una de las suyas, pequeña y suave, y entonces ella dejó caer con desmayo su preciosa cabeza rubia sobre mi hombro. La noche estaba cálida. Yo sentíame mareado. Por el abierto balcón penetraban en ráfagas de fuego olores acres y extraños. Sentí que una ola ardiente me subía al rostro, y sin darme cuenta de lo que hacía besé su boca. Entonces aquella mujer me estrechó, ciñóme entre sus brazos de súbito, con un apasionamiento, con una violencia inaudita; sentí que sus labios quemantes, trémulos, sensuales, oprimían los míos con frenesí, y sollozando, palpitante, estremecida, en medio de caricias salvajes que me espanta-

ban, sintiendo el contacto de la piel tibia y amorosa, caímos al suelo entrelazados, unidos, frenéticos, mudos, como dos luchadores... La hembra se había revelado....

—¡Mentira! ¡Calumnia! gritó Juan. Quieres hacerla aparecer como una... como una aventurera.

—¡Eso, eso es!, exclamó Luis, una aventurera, y además una enferma, una adoradora del macho, un *caso*, como diría nuestro amigo el doctor Castillo.

—¡Espera, gritó Juan, yo sabré confundirte, villano!

Y lanzóse fuera del salón como un loco, dejando á Luis estupefacto.

II

Era completamente de noche y Luis, repuesto de la escena con Juan, se disponía á salir, cuando éste penetró de nuevo en la estancia llevando, arrastrando casi, á Marta. Juan iba pálido, febril; Marta parecía próxima á desfallecer.

—¡Aun tú! dijo Luis casi espantado.

—Yo todavía, repuso Juan. Vamos, repite ahora si te atreves, delante de Marta, las infamias que has vomitado hace poco. ¡Cruza tus miradas de cobarde con las de tu víctima! Habla....

—Es esto, exclamó Luis ya sereno, un careo delante de un juez instructor. Querida mía

continuó dirigiéndose á Marta, he cometido á tu costa, una pequeña indiscreción y te pido me perdones si así estorbo tus proyectos.

—Según eso, dijo Juan, sostienes delante de Marta tus infames calumnias.

—Lo que te he referido, es cierto, contestó Luis.

Marta irguióse terrible, agitada por sacudimientos convulsivos, lanzó miradas de loca en su torno, quiso hablar, gritar, protestar y no pudo, y fijándose de súbito en la panoplia de armas antiguas, con la rapidez del rayo arrancó del trofeo un pequeño puñal y hundióio todo, hasta el pomo, en el pecho de Luis.

Resonó un grito, un ¡ay! de angustia, y Luis cayó desplomado, mientras Marta huía oprimiéndose la frente con las manos.

Juan, trémulo, sobrecogido, testigo de aquella escena horrible, que tuvo la duración de segundos, corrió en auxilio de aquel hombre herido allí, á sus ojos. Era tarde para evitar la catástrofe. Inclinóse sobre Luis y tratando de contener aquel caño de sangre que corría sobre el fondo claro de la alfombra, gritó angustiado:

—¡Socorro!

Cuando acudieron todos á los gritos de Juan, el moribundo abrió los ojos y con el último aliento de la vida, con la fría lucidez del momento postrero, como el que cae y arrastra al abismo á su adversario y muere á él abrazado, Luis exclamó, señalando á Juan:

—¡Ese es mi asesino!

—¡Es cierto, gritó Juan, yo le he matado! ¡Es mi justicia!

Y luego, dirigiéndose á Luis que expiraba:

—¡Muere como has vivido, calumniador!

PEDRO ARGÜELLES.

Julio de 1897.

NIÑOS Y PALOMAS

La amarilla y candente luz del sol de Julio, caía tamizada á través del follaje sobre la arena del jardín.

Lolita y Luis, fatigados de arrojarse los volantes con las raquetas, sentáronse á la sombra de un álamo blanco, y desde allí pusiéronse á contemplar cómo enamora el pichón á la paloma.

Esta era nívea, con redondos ojitos rojos, nacaradas patitas y sonrosado pico; bajo su cuello, como grumo de espuma, levantábanse las plumas albas, y cuando el macho se acercaba demasiado, ella extendía la cola y arrastrábala en abanico sobre la arena calentada por el sol.

Lolita y Luis eran vecinos y amigos; la niña tenía diez años y el varón doce; cuando ella no iba al jardín de la casa de Luis, éste

saltaba la cerca y venía á jugar raqueta con su amiga.

Esa mañana, escapábanse de los arbustos, de las plantas, de las flores y hasta de la arena misma, perfumes salvajes, aromas vírgenes no encarcelados en frascos de cristal, ni extractados en industriales laboratorios.

Como gasa intangible que envolvía el jardín, flotaba el ambiente tibio y perfumado del estío; el perfumado y tibio ambiente estival, que hacía aparecer más blanca y tersa la epidermis de Lolita, más rubia su cabellera, más transparentes sus pupilas azules, y mejor delineadas las líneas color de cielo que serpenteaban por sus brazos desnudos y por su cuello.

El varoncito era moreno, sus miradas tenaces y obscuras posábanse ya en el rostro de su amiga, ya en el pichón enamorado, cuyo pecho plomizo ostentaba una ráfaga de arco iris.

El pichón tenía, también como su amada, nacarinas las patitas, muy redondos y rojos los ojillos y sonrosado el pico.

Para atender las peripecias del ataque, sentáronse los niños; Lolita, curiosa y pasiva, descansó los brazos sobre sus faldas, y Luis rodeándole el talle con el brazo izquierdo, indicaba con el derecho la lucha de los sexos en las aves de Venus.

El pichón, tenaz en su conquista, perseguía sin tregua á la paloma, ya ostentando su irisado cuello entre la tamizada luz del sol de Julio, ya en la sombra donde los niños reposaban.

Allá lejos, como suspiro de ternura, escuchábase una campanita llamadora á misa de

once.... y algunas hojas secas gemían, cuando la esquiva paloma posaba sobre ellas sus patitas nacarinas.

Callaban los niños, interesados por saber quién triunfaría, si la hembra nívea fugitiva ó el macho gris de irisado cuello.

Ella, coqueta y ligera, huía, moviendo incesante las patitas coralinas; él, amante obstinado, rodeaba á la esquiva, envolviéndola con su arrullo.

Las manos finas de Lolita temblaban; las tenaces miradas de su amigo perseguían al pichón, y el murmurador ambiente tibio del jardín y la tamizada luz solar, parecían haberse detenido también á contemplar el torneo del amor.

Entretanto la campanita anhelante llamaba á misa de once, su místico tañido se perdía cual suspiro quejumbroso; y el perfume de la tierra, de los árboles y de las flores, perfume aun no encerrado en frascos de cristal, ni explotado por industriales, envolvía como crespón impalpable á los niños, á la paloma y á su amante.

Por fin, éste acercóse á ella, hasta juntar su cabecita graciosa y obscura junto á la albeante cabecita de su amada, y con su rojo pico cogió el sonrosado de la paloma.

Y triunfante, dominador y satisfecho, extendió en abanico la irisada cola, arrastróla sobre la arena y cantó su victoria en obstinado arrullo.

Lolita absorta, seguía con los ojos á la paloma, dejando inmóviles sus manos lechosas

sobre sus faldas; y entonces miró cómo las manos de su amigo, venían á enlazarse con las suyas tiernamente.

Después, tímida y ruborizada, bajó los párpados mientras Luis le besaba las mejillas.

En seguida suspiró, y él sonriente y triunfal, se puso en pie, para aspirar el vivificante soplo esparcido en el jardín por el amor; despótico monarca, encarnizado enemigo de la muerte.

ALBERTO LEDUC.

EL ALCOHOL

En Guadalajara sucedió no hace mucho tiempo que dos amigos,—uno de ellos vive todavía y es padre con hijas casaderas,—se habían unido en amistad estrecha desde la infancia.

Juntos estudiaban, juntos vivieron por carecer uno de los dos, Julio, de familia desde temprana edad. Aurelio hizo que en su casa hallara albergue su amigo, que lo trataran como á un hermano, que encontrara en los afectos puros de la amistad los cariños que había perdido.

De carácter afable y apacible, se hizo querer de todos, que elogiaban su conducta y lo ponían por modelo.

¿Fué una pasión la que más tarde lo precipitó á un vicio? Quién sabe. Pero entonces era un niño adolescente, rodeado de todas las consideraciones, como su amigo rico. Así las

cosas, aconteció que corriendo los años, la familia hospitalaria fué desapareciendo; el padre murió de una rápida enfermedad, la madre sucumbió de una afección adquirida por el inesperado golpe y las hermanas de Aurelio, Lupe y Lola, se casaron en el intervalo de un año, dos años después de la muerte de sus padres.

Entonces tenían los dos amigos menos de veinte años, y se encontraron en las mismas circunstancias que Julio antes de ir á la casa de Aurelio.

Una mala administración de los bienes de éste, las maquinaciones inicuas de un albacea bribón y las artimañas de un abogado que hacía de cada negocio puesto en sus manos un Laberinto, dieron al traste con la fortuna de Aurelio y de la noche á la mañana se vieron los dos amigos pobres y solos.

Pero los dos tenían simpatías y amistades, y pronto hallaron protección ingresando á dos casas de comercio.

Aurelio cumplía metódicamente con sus deberes; pero Julio *la corría* de vez en cuándo y faltaba á su oficina muy á menudo. Seguían teniéndose el mismo cariño y Aurelio, tan luego como notó el desagrado del jefe de su amigo, tuvo con éste el primer disgusto serio de la vida, pues Julio se sublevó y le contestó que le extrañaba que supusiera en él un vicioso cuando no hacía más que lo que cualquier muchacho alegre, pero de buenas costumbres.

Aurelio insistió diciéndole que puesto que su jefe se quejaba, sería que había reincidido

y Julio concluyó por disgustarse y disgustar á su amigo.

Los dos separáronse amostazados, y como si tal choque enardeciera las pasiones de Julio, dió rienda suelta á sus placeres y su fama voló por la ciudad.

Su jefe, que suponía la influencia del antiguo amigo y protector, llamó á Aurelio y le manifestó su resolución de despedirlo si no se corregía.

Aurelio se decidió á ver á Julio, suplicó, recordó su antigua autoridad amigable, y después de una falsa promesa, tuvo al siguiente día la noticia de que después de una embriaguez espantable, Julio había sido despedido ignominiosamente.

Entonces comenzó el orgiástico á descender rápidamente Perdió su pulcritud en el vestir; su amabilidad esmeradamente educada fué agriándose y repeliendo todo contacto honroso; se volvió despreciativo y orgulloso, desafiaba con mirada altanera á los que le negaban el saludo, y pronto vióse amigo solamente de la gente de trueno, de ocho ó diez camaradas que se embriagaban diariamente con él, elogiando su fuerte cabeza.

De cuándo en cuándo, llegábale una protesta del fondo de su conciencia, contra su vida disipada; pero la vanidad de obrar á su capricho y el orgullo de no humillarse á nadie pidiendo perdón, le hacían encogerse de hombros y beber más, inconscientemente.

Varias veces quiso cortar de golpe su hábito, y reconquistar su posición social sin pedir

la redención, sino que lo buscaran al verlo corregido. Pero pasaba un mes, otro mes, la indiferencia glacial no se rompía en torno de él, y volvía, decepcionado y herido, á embriagarse sombrío y sediento hasta ahogar su derrota.

De las cantinas elegantes fué bajando á las vulgares y acabó por rodar en las *pollerías*, entre la truhanesca muchedumbre de los bebedores de tequila.

Su aspecto daba compasión. Llevaba los codos rotos, la ropa blanca sucia, el pelo crecido, los zapatos despedazados y el sombrero perdido.

Su hermosura fué marchitándose rápidamente. La sangre huyó de su fresco rostro sonrosado, sus ojos negros se hincharon y la esclerótica blanquísima tornóse amarillenta y veteada de rojo.

Erraba por los barrios con las piernas hinchadas, el cerebro embotado, hambriento, despreciado de sus compañeros de vicio, arrojado con asco por las mujeres y desconocido para sus antiguos amigos que pasaban sin verlo.

Una vez cayó enfermo y fué llevado al hospital, de donde escribió con mano trémula y letra convulsa á su amigo Aurelio pidiéndole un socorro. Fué auxiliado durante toda su enfermedad por él, y cuando salió, estragado y consumido, pero con el firme propósito de no beber, fué radiante de esperanza á pedir perdón á su amigo y á decirle que ya iba á ser bueno; y al enviarle un recado recibió una carta por contestación.

La abrió y vió que le decía—¡y era Aurelio quien se lo decía!—que no quería verle más.

Descorazonado se apartó de la soberbia oficina en que su amigo era tenedor de libros, y humillado y hambriento, fué de puerta en puerta y las halló todas cerradas.

Entonces decidió dejar á Guadalajara y anduvo de un pueblo á otro, de un cantón al otro cantón, paseando, enfermo y desconocido, el vicio que fué adquiriendo de nuevo, poco á poco, perdida ya toda esperanza.

Hasta que una mañana lo recogieron en un mesón y lo acostaron moribundo en un machero, porque había feria y estaba henchida de gente la posada.

Cuando el mesonero supo que había un hombre agonizante, por boca del arriero que lo llevó allí, fué á preguntarle si quería algo y el pobre Julio apenas pudo decir:

—Que avisen mi muerte á Don Aurelio Villamar, en Guadalajara....

—¿Habrá servido con él? dijo el mesonero retirandose para ir á dar parte á la Alcaidía.

***

La noticia llegó á Aurelio cuando volvía de su viaje de bodas, casado con una rica heredera dueña de 300,000 pesos.

—¿Qué Julio?...—dijo ella quitándole zalameramente la carta de las manos, al ver que él se entristecía.

—Julio, mi amigo de la infancia....

—No recuerdo.... ¿Y por qué si era tu amigo lo abandonaste?

Y como él se sintiera cobarde ante aquella acusación, y quisiera huir de su remordimiento, dijo acusándola á su vez con la indignación de un espíritu mezquino:

—¿Pero no me pusiste tú por condición para corresponderme, cuando éramos novios, que no lo volviera á ver?

—¡Ah, vaya!... ¡No me acordaba!... Pobre!...

¿Sabes?—añadió con volubilidad—hoy viene Ana María á ver mi vestido lila de París y...

RUBÉN M. CAMPOS.

LA PRIMERA MANIOBRA

A Carlos Fernández Galán.

A las cuatro llegó al muelle un bote del *Libertad*.

—¿Ustedes son los que se embarcan?—nos preguntó el patrón—¡Pues, hala... á bordo!

Ocho ó diez famélicos nos precipitamos al bote, atropellándonos, y nos acomodamos á empujones en el castillo de proa y en los bancos.

—¡Abre!—mandó el patrón sin esperar á que concluyera el tumulto de nuestra irrupción, y pusimos la proa al *Libertad* que parecía dibujado sobre el fondo gris del Castillo de San Juan de Ulúa, y que nosotros veíamos con la ansiedad del que va por fin á llegar al término de una larga jornada de fatiga, de hambre y de dolor.

Nos hicieron subir como monos por el tan-

gón, entre las risas y las cuchufletas de los veteranos españoles acabados de contratar en la Habana, y que nos contemplaban asomados á las bordas.

Un veracruzano, Darío, que ya había sido marinero y desertor, fué el primero que pisó la cubierta de la cañonera. Saltó como de conquista, con aire insolente y protector, y como si fuera capitaneándonos á nosotros que no nos atrevíamos á movernos y que con profunda timidez desviábamos los ojos bajo la presión de la curiosidad insultante que nos examinaba.

Uno de los de la partida, un muchacho encleuque y enfermizo, pero de fisonomía animada y viva, se me acercó y me dijo:

—¿Usted viene de marinero?

—Sí.

Yo de escribiente.... Me llamo Ramírez Arellano; he andado embarcado en el *Demócrata*, en el Pacífico; verá usted, nos van á hacer quitar los zapatos y el saco.... yo estoy enfermo....

Dijérase que sólo aquello esperaba un hombrecillo rechoncho, asturiano, casi ciego, sin dientes, con patilla andaluza, y que portaba en las bocamangas de su chaqueta las tres cintas rojas de primer contramaestre, para venir á nosotros; á Ramírez Arellano y á mí, que éramos los únicos que vestíamos traje completo de casimir y que llevábamos zapatos, y decirnos con voz salivosa:

—¡Arsa, muchachos, á quitarse esos trapos de señoritos!

El mismo nos condujo al sollado y nos dió á cada uno una taquilla y una maleta de lona para que guardáramos la ropa que nos sobraba allí á bordo. Volvimos á la cubierta, descalzos, en camiseta y con los pantalones arremangados hasta media pantorrilla. Vimos el reparto del rancho: una gran cucharada de patatas con arroz y calamares y un cacharro de café negro, endulzado. El cocinero, un español con aspecto de turco, moreno y fornido, renegaba de su suerte, en elevado diapasón, mientras hacía el primer reparto, metiendo el cucharón y la mano velluda y nudosa en los calderos de cobre. Los cabos de rancho reían á cada injuria de aquel hombre que parecía una fiera y que en realidad era un cordero, y sólo se ponían serios cuando había que advertirle que el cucharón iba medio vacío. Parecía que aquel hombre iba á ser presa de un acceso de locura furiosa.... y llenaba el cucharón!

El despensero, santanderino enjuto y serio, presenciaba el reparto, de pie junto á la puerta de la cocina; y contestaba con tono agrio á los que se quejaban de la poca ración ó de la frecuencia con que se les daba calamares:

—Venid conmigo á la plaza, para que veais lo que me cojo, decía entoldando los ojos con sus movibles é intrincadas cejas castañas.

El veracruzano se hizo invitar á la mesa de unos amigos improvisados, y le vimos engullir, con gran apetito, sin levantar del plato de lata sus ojos bizcos, la masa que formaban el arroz, las patatas y los calamares.

—¡Llegamos tarde!—murmuró tristemente

uno de nuestros compañeros, chupándose los labios.

¡No, no habíamos llegado tarde!— Un españolito de Buenos Aires, Piñeiro, muy blanco, muy bajito, muy narigón, con caderas de mujer fecunda, camarero de popa, llegó trayendo un gran platón colmado de escamocha: alones á medio comer, patatas espachurradas, arroz, tocino, macarrones, frijoles blancos, espinazos de pescado, residuos de *beefsteack* y de *roastbeef*, un pedazo de *cake* de calabaza; todo esto formando una pirámide temblante, resinosa, que se iba disolviendo poco á poco en la salsa grasosa, negra á trechos, y á trechos cubierta por una capa cenicienta de manteca coagulada.

—¡Para los reclutas!—dijo desdeñosamente el españolito y dejó en la cubierta, á espaldas de la cocina, el platón.

Un mexicano, á quien después llamamos el *Saxofón*, porque una enfermedad horrible lo inflió como botija y se lo llevó al hospital, y enzo que á la tumba, fué el primero en hacerle los honores al obsequio de los oficiales del buque.

Dobló la rodilla y clavó los cinco dedos de su mano ennegrecida por la mugre de una inmemorial abstinencia de jabón, en la cúspide de la pirámide.

El contramaestre lanzó un terno que nos hizo temblar:

—¡No manchéis la cubierta, cochinos!—gritó.

Y el *Saxofón*, á quien se le escurrían por en-

tre los dedos el arroz y los frijoles blancos, se inclinó sobre el platón, para no mancharla...

El hambre nos arrodilló á todos. Ramírez Arellano y yo cruzamos una mirada, como una satisfacción que se da á quien nos sorprende cometiendo una mala acción, y metimos los dedos en aquel lodazal batido por la asquerosa mano del *Saxofón*, de uñas gruesas, largas y encorvadas; mano reposada y práctica que buscaba tranquilamente el pedazo de tocino, de pescado ó de *roastbeef*, entre todas las demás, locas y rápidas, que caían como aves de rapiña y se alzaban al punto con lo primero que apresaban, un hueso pelado ó una miga de pan reblandecida y lodosa.

Cuando nos levantamos de aquel festín que duró un minuto, todos, hasta el *Saxofón* y un tampiqueño tísico que tenía una hambre rabiosa, nos miramos con cierta vergüenza, como cómplices que han fracasado en un crimen. Allá, á babor, sobre la línea de la playa, á flor de agua, y tras sus pardas murallas que parecían la obra muerta de un buque colosal y extraño, asomaba el pintoresco caserío de Veracruz, dominado por el faro como por el trinquete cuyo mastelero ha roto la tempestad. Por el muelle, como por un portalón abierto, se desbordaban la vida, la actividad y la riqueza. Acaso también el *Saxofón* sintió el dolor de la derrota y de la segregación. Allá quedaban los fuertes y los hábiles en la eterna batalla por la conservación y la preponderancia, y á nosotros nos expulsaban, nos proscribían, nos arrojaban indiferentemente en

aquel carro de ambulancia y de limpia, heridos y vencidos, unos por el infortunio, otros por la holganza ó la debilidad y todos por el hambre.

A las ocho nos dieron á cada uno un coy, que es un pedazo de lona que sirve de lecho y nos dijeron que nos acomodáramos en el sollado sin estorbar á nadie.

El veracruzano tendió el suyo como una hamaca y volvió á cubierta á cantar malagueñas con sus amigos del día.

A las nueve tocaron silencio, y ya entonces roncaba casi toda la marinería, con el profundo sueño del cansancio y de la ecuanimidad. Ramírez Arellano que estaba acostado á mi izquierda, y que era el segundo de una larga fila que comenzaba por mí, desde la puerta del camarote del primer contramaestre, se quejaba con voz apenas perceptible de que, por el despojo de los zapatos, se le habían hinchado los pies y le dolían.

—¡Pshó, sinvergüenzas!—rugió el contramaestre—¿No habéis oído la corneta que ha tocado silencio? Dejad dormir á los hombres trabajadores.

Bregaba por quitarse sus zapatones de marino, endurecidos por el agua del mar, y como era algo ventrudo, la operación lo sofocaba en aquella atmósfera del sollado, pesada, caliente, palpable, que había que disolver en la boca como una pastilla para poderla respirar. Resoplaba entre terno y terno; y, de pronto, como quien da una patada, distendió la pierna, y tocándome casi con la punta de su pie re-

gordete y pequeño me mandó como un sultán:

—¡....Quítame ese zapato!

En un instante fugaz y siniestro tuve la entera concepción de la ordenanza militar, de la disciplina, de la ciega obediencia, y supe lo que eran humillación, ultraje, rabia, impotencia y dolor.

—¡Anda....! ¡quítame ese zapato!

Me incorporé sin sentir el agudo punzar de mis pies hinchados y comencé la faena, mientras Ramírez Arellano se quedaba inmóvil como un muerto y á mí se me disolvía en llanto la nublazón del crimen.....

JOSÉ FERREL.

JUAN JOSE

A Fernando Zárraga.

I

Garame es una aldehuela aprisionada en un valle estrecho por cadena soberbia de montañas. Allí las rocas se escalonan en saltos quiméricos ó asómanse al abismo, desprendidas casi, sosteniéndose por equilibrio maravilloso. Los altos pinos que coronan las cimas, siempre envueltas en obscuro penacho de nubes, parecen á distancia siniestra procesión de monjes grises, gigantescos, que trepa á las cumbres por desfiladeros inaccesibles lanzando clamores pavorosos al ser sacudidos por los vientos. Abajo, en las profundidades, se adivinan senos laberínticos, vislúmbrase en el fondo, buscando el valle, el río que salta sobre las peñas musgosas, y, en último término, con-

fundiéndose con el horizonte, la línea azul de la costa.

Llueve siempre; los viejos troncos hendidos por el rayo, reciben el sol pocas veces. El oso es el señor de aquellas asperezas; desciende por la agria cuesta en las frías noches de Enero, haciendo presa en los ganados de los habitantes de Garame; por eso éstos son, casi todos, valientes cazadores, acostumbrados desde niños á defender sus rebaños de las fauces del voraz carnicero.

Otra amenaza constante á la pobre aldea es la inundación. Después de una tormenta en las cumbres, baja el agua al llano con ímpetu irresistible, arrasando sembrados, árboles y chozas. Entonces los garamenses corren en tropel á su iglesia, que se alza en una suave colina, y piden favor á la Santa Virgen del Socorro.

Mientras en la sierra descarga el nublado y se precipita en torrentes, en la humilde capilla se elevan fervorosas las plegarias dominando la voz del Cura grave y enfática. Mas precisamente á la inminencia del peligro, debe siempre su salvación la aldea; situada á la entrada del valle, casi en las primeras estribaciones de la montaña, pasan las aguas á sus flancos sin detenerse, buscando la llanura.

El oficio habitual de aquellas pobres gentes es la corta de árboles, arrastrando, con mil peligros, desde las alturas hasta la tierra plana, los troncos derribados.

Por las noches reúnense los principales vecinos bajo el amplio portalón de la Casa Gran-

de, y chárlase un rato, refiriéndose las mismas hazañas de los matadores de osos, las inundaciones memorables, y, sobre todo, pasmosos milagros de la Virgen del Socorro. Y así pasan la vida, "ni envidiados ni envidiosos", los felices garamenses.

Una tarde en que las nubes vertían mares sobre la sierra, llegó al portalón de la Casa Grande, un malaventurado caballero en una mula escuálida, chorreando agua por todo el cuerpo. El pobre jinete casi no podía hablar; por las anchas alas de su sombrero, convertido en canalón, bajaba un río sobre el cuello de su cabalgadura. Echó pie á tierra, con esa confianza que inspira la necesidad, mientras don Roque daba voces y un mancebo tomaba la mula del ronzal y conducíala á la cuadra.

El recién llegado era un hombre de cuarenta años, bien formado, de mirada expresiva y manos pequeñas y pulidas de gran señor; llevaba el bigote retorcido marcialmente y cuando se quitó el sombrero, vióse que tenía la cabeza cubierta de canas.

—¡Vaya un diluvio!—exclamó dirigiéndose á don Roque.—Jamás en mi vida he sufrido chubasco como éste; aseguro á usted que no creía llegar á este mal... digo, á este bendito pueblo.

—Pase, pase usted—contestó don Roque—necesita usted secarse esa ropa.

Don Roque, el señor de Garame, contaba setenta años, lo que no le impedía levantar en vilo uno de aquellos pinos gigantescos, derribados á golpes de hacha, que una pareja de

bueyes arrastraba á paso tardo. Era un viejo alto, seco, grave, anguloso, rasurado pulcramente, cejas espesas, grises, sobre unos ojillos claros y hundidos, pero brillantes á pesar de la edad; la boca grande, de labios finos que encerraban una dentadura magnífica, y algo encorvado, más por la costumbre de trepar despeñaderos que por el peso de los años. Vestía recio chaquetón de paño obscuro y amplias bragas del mismo género. Era viudo, y todo su amor y todo su orgullo cifrábase en Juan José, su hijo, gallardo mozo de veinticinco años. Poseía la más hermosa casa del pueblo, las tierras de labor mejor situadas, las vacas más lucias y los bueyes más pujantes.

Juan José era el señorito de Garame; recio, musculoso y atlético como Don Roque, había heredado de su madre, muerta al darle á luz, cierta delicadeza aristocrática. Tenía escopetas y perros de caza, sabía leer y escribir, algo de historia, y discutía, muy respetuosamente, con el señor Cura. Hacía dos años que se había casado con la muchacha más hermosa y más buena del valle y era padre de una linda muñeca de pelo rubio y ojos obscuros.

El caballero llegado á la casa de don Roque, como "caído de las nubes", según él decía, se instaló entre aquella familia, con beneplácito de todo el pueblo, que en breve, empezando por el Cura, convirtióse en admirador del forastero. Ninguno como él para narrar aventuras maravillosas, ninguno como él para galantear á las doncellas, adular á las señoras mayores, embelesar á las viejas y encantar

á los jóvenes. Lo que más admiraba á aquellas gentes era que el caballero se las apostaba con el mejor á trepar por riscos y angosturas.

La tertulia de don Roque cobró, desde la llegada del huésped, nuevo atractivo, y Juan José, el oyente más apasionado del admirable narrador, sentíase suspenso, oyendo aquellas descripciones de ciudades, de mujeres, de teatros, de bailes, de casinos, de caballos; parecíale que el grueso diamante que brillaba en el dedo de aquel hombre, era una gota de fuego desprendida de un cielo ignoto, aurescente, febril, donde la vida corría, volaba en ráfagas eléctricas de amor, de deseos y de gloria.

María del Tránsito notaba que Juan José estaba preocupado, pasándose las horas de pie, en la roca desde donde se columbraba la línea del mar. Sorprendía en él palabras que jamás le había oído y costumbres en pugna con sus antiguos hábitos.

Tránsito veía con aversión al huésped que así tenía embobado á su José, compañero en sus largos paseos de donde volvían los dos cargados de pedruscos que el forastero alineaba cuidadosamente. "¡Vaya un gusto aquel! Y luego aquellas fantasías de damas cubiertas de seda y perlas como las princesas de los cuentos!"—Lo que sobre todo la irritaba era aquella manera de mirar que la obligaba á enrojecer como brutal caricia. Los galanes de Garame apenas si osaban fijar los ojos un segundo, á la salida de la iglesia, en las recatadas doncellas ó estrechar la mano de la prometida á furto de vigilantes dueñas; mientras

el tal geólogo, como le llamaba Juan José, clavaba los suyos insistentes, tenaces, con impertinente curiosidad sobre las mujeres guapas, como si examinara un caballo de raza. Y esto agravado por cierto airecillo burlón de príncipe, fino y amable, pero que no se escapaba á Tránsito.

Y, sin embargo, el huésped de don Roque se portaba de modo irreprochable; nada podía tildársele; era hombre de honor, incapaz de abusar de la confianza de sus nuevos amigos. Las bellezas cerriles del pueblo sólo avivaban su curiosidad de viejo aficionado, nada más. Su pasión, su verdadera pasión eran las piedras; aquellas piedras que llenaban ya todas las mesas de la casa.

Una noche el forastero anunció en la tertulia que pronto marcharíase. La noticia fué recibida con exclamaciones de protesta. Juan José lanzó al geólogo una mirada de inteligencia, y entonces éste exclamó:

—Paréceme, don Roque, que un paseo á la capital vendríale bien á José, que sólo conoce estos hermosos riscos. Usted mismo: antes de sepultarse en sus montañas, recorrió el mundo, según me ha referido, y esto, amigo mío, es siempre útil al hombre nacido para la lucha y no para languidecer en un rincón, así sea del paraíso.

Don Roque avivó el fuego de su cigarro y repuso con cierto embarazo:

—Juan José no encontraría, fuera de estos lugares, ni atractivos, ni enseñanzas, ni dichas: aquí nació y espero en Dios que aquí reposa-

rán sus huesos junto á los míos. Su mujer y su hija encierran para él el mundo entero. Además, ¿qué quiere usted que haga José en una ciudad populosa desconociendo los usos de la corte.

—Juan José—replicó el caballero—gracias á sus cualidades, á su perspicacia, á su despejo, hará buen papel en todas partes. Además, tendrá en mí un mentor de buena voluntad, y sobre todo, para ausencia de un mes, sin peligros ni tropiezos, parécenme demasiados reparos. Que José se fastidia, que suspira por este apacible retiro, por su mujer, por su hija, por usted, que le marea el "mundanal ruido", pues, señor, con tomar un boleto de ferrocarril y cabalgar después un par de días, hételo de regreso en el "paterno hogar".

Juan José y Tránsito estaban visiblemente conmovidos. Ninguno se atrevía á intervenir en aquel debate, pero á los dos, aunque por causas encontradas, latíanles el corazón con violencia. Entonces vino en ayuda del forastero un auxiliar inesperado.

—La verdad—dijo el Cura—que el señor tiene razón á mi juicio; y creo que usted, don Roque, debía permitir que José diera una vuelta por esa Babilonia. Ya es un hombre, y, en cuanto á peligros, no sé qué puede temer el que sale en busca del oso, pasa las noches en acecho y vuelve después con la piel de la fiera al hombro.

—Si todos los enemigos fueran como los osos —exclamó don Roque con orgullo—bien sabe Dios que la salud de Juan no me quitaría una

hora de sueño. En fin, prosiguió, ya veremos. En todo caso él sabrá resolver... Es un hombre, como dice el señor Cura.

Tránsito se levantó y marchóse conmovida, enjugándose precipitadamente las lágrimas que sentía le ahogaban.

Dos días después Juan José y el geólogo, caballeros en sendas mulas, salían de Garame. Acompañóles hasta el pie de la cuesta don Roque, mientras Tránsito, de pie en el terrado de la casa, seguía con los ojos, ahogando los sollozos, á su José que bien pronto ocultaron las rocas. Poco después los viajeros reaparecieron en una eminencia perdiéndose por fin tras las montañas.

II

"Para que las torres no sigan antojándosele gigantes, leía don Roque, voy á referir á usted la verdad completa y convendrá en que el mal no es tan grave como lo abulta su cariño.

Juan José es un impresionable, un temperamento nervioso y vibrante como pocos; usted ignora que mis instancias para traerle aquí partieron de él, que sentía vehementes deseos de traspasar las altas cumbres que limitan el horizonte de su pueblo; deseos avivados por mí, no lo niego. Pues bien, ya en esta capital, y pasados los primeros momentos de natural sorpresa, mi amigo comenzó, á pesar de mis esfuerzos, á fastidiarse, y á los dos días con-

fesóme que nada le parecía admirable, ni bello, ni rico, y por último, que sin Tránsito, sin su hija, sin usted, sin Garame, su vida era un páramo. De pronto transformóse, se asimiló de un modo pasmoso el aire, las costumbres, las ideas y los gustos de nuestros jóvenes. Yo conocía la "causa" del milagro, mas por entonces no le dí importancia; una aventurilla de amor á los veinticinco años no viene mal. Pero no contaba con la exaltación, con el entusiasmo nervioso de José. Aquel amor tomó proporciones de incendio, y José, llorando al recuerdo de su Tránsito, cayó en los brazos de Berta. Es un caso curioso. El infeliz adora á su mujer y no acierta á separarse de su amante. Todos los días hace sus preparativos de marcha, besa el retrato de su esposa y corre á casa de Berta, de donde vuelve pálido, desalentado, maldiciendo su debilidad.

En lo que se equivoca usted por completo, es en suponer que Berta es una buscona de oficio; no, señor: Berta fué una muchacha, una obrera honrada hasta el día que amó á José: y será, por desgracia, la víctima de nuestro pequeño drama. ¿Que cómo la conoció José? Estos son detalles de novela que juzgo de escaso interés para usted.

Ceso, pues, de oponerme á que venga usted por su hijo. El viaje para usted será duro, pero yo me declaro impotente para arrancar á este loco de las "pérfidas redes".

Venga usted é impóngale su autoridad.

Para Juan José, cuya imaginación todo lo agranda, será este un golpe rudo, una herida

que cicatrizarán los aires puros de la sierra y el amor de Tránsito, á la que no ha dejado de adorar con toda su alma.

Su hijo de usted, amigo don Roque, es un turco de corazón".

Aparecio en la estancia María del Tránsito. Don Roque dejó la carta sobre la mesa, y dirigiéndose á la joven:

—Mañana—dijo—marcho en busca de Juan José.

—Padre—exclamó Tránsito—le pido á usted, le ruego de rodillas, me diga qué pasa.... tendré valor.... ¿por qué no vuelve José? Hace cuatro meses que marchó, y cada día que pasa en esta cruel incertidumbre, me mata. No ha cesado de escribirme, pero sus cartas me parecen bien extrañas. Está triste; ¡eso se adivina! arde en deseos de verme, de vernos, y no vuelve: ¿por qué? ¿qué le retiene allá? ¿está enfermo?....

—Cálmate, mujer—dijo don Roque—Juan José estará aquí antes de quince días; yo te lo aseguro; ten confianza en mí.

Partió don Roque al día siguiente.

Tránsito, febril, pálida, apoyó los codos en la mesa que servía de escritorio al anciano, y sus ojos fijáronse al acaso, en la carta allí olvidada por su padre; el nombre de Juan José repetido en aquellos renglones, llamó su atención y leyóla toda de una vez, trémula, sintiéndose desfallecer. Las letras danzaban en círculos de fuego contando aquella historia inaudita....

Ahora se lo explicaba todo. Pero ¡cómo,

Dios mío! su Juan José que tanto la amaba ¿pudo fijar los ojos en otra mujer, estrecharla, en sus brazos, tal vez con las mismas palabras cariñosas que ella conocía, y olvidarse de ella, de su hija, de sus deberes....? ¿Quién sería? ¿Cómo sería aquella Berta? ¡Hermosa! sí, muy hermosa, con labios de fuego, con ojos tentadores....! ¿De qué artes diabólicas valdríase para retener á José? ¿Cómo serían sus caricias?

Sentía la infeliz el anonadamiento que causa lo inesperado. Adivinaba que la dicha había huído de aquel hogar para siempre. ¿Por qué aquellas montañas no se habían alzado hasta el cielo para cerrar el paso como muro infranqueable á su amor, á su vida....?

III

Don Roque cumplió su palabra. Juan José regresó al hogar, y la paz restablecióse aparentemente en aquella familia. Sólo Tránsito sabía que su marido era infeliz; veíale vagar por la montaña, con la escopeta al hombro, sin rumbo fijo, y al volver, estrecharla en sus brazos y besar con loca exaltación á la pequeñuela, como si quisiera ahogar el recuerdo de otros amores.

La esposa aparentaba ignorar la causa de aquel dolor profundo, avivado por la ausencia, acrecentado por lo irremediable, poetizado por el sufrimiento. Pero la ola subía rompiendo el dique; Juan José apenas se cuidaba

de ocultar el estado de su ánimo; oprimía contra su pecho como un escudo, la cabeza de su esposa que lloraba en silencio, mostrando su hija al pobre padre; y el ángel rubio de ojos obscuros sonreía infantilmente como el rayo de sol sobre la catástrofe.

Habían pasado dos meses desde el regreso de Juan José. Un día éste exclamando:

—¡No puedo más!—se arrojó en el lecho, al lado de Tránsito, sintiendo que las lágrimas subían á sus ojos en ardiente marea.

—Escúchame—dijo Tránsito en voz baja, entrecortada y trémula;—debes volverte.... debes ir allá.... esto te curará....

—Nó, nunca—sollozó José—tú ignoras.... tal vez adivinas.... Pero ¡compadécemel tú eres mi amor... mi verdadero amor.... y luego esta niña, mi hija....

—Debes ir—insistió Tránsito.—Padre se opondría á este viaje; pero nada sabrá hasta después que partas.... Mira: emprendes la marcha de noche; todo lo tengo preparado..... te acompañará Antonio....

Tránsito, con su perspicacia de mujer celosa, adivinaba que el remedio supremo para aquel arrebato de fiebre era la satisfacción del deseo contrariado, la posesión plena y sin obstáculos. Colocábase ella del lado de las víctimas, vencida, resignada, sin protestas. Conocía el corazón de José y sabía que crecería agigantándose hasta el heroísmo, despertando su ternura el recuerdo de la madre que, abrazada á su hija, esperaba llorando.

Era de noche cuando José, seguido de An-

tonio, salía furtivamente por el ancho portalón de la casa, tomando el camino de la montaña.

Tránsito, inmóvil en medio de la angosta vereda, oprimiéndose la boca con las manos para no estallar en gritos de dolor, vió perderse en la sombra á los dos jinetes.

Cuando Juan José llegó á la primera cumbre, desde donde veíase por última vez la torre de la iglesia del pueblo, desmontóse, abandonó la mula á su acompañante y se alejó solo, trepando por los riscos, que le eran familiares, hasta alcanzar un peñón tajado á plomo sobre el abismo.

Allí, de pie, en medio de la noche, á solas con su dolor inmenso, aquel hombre prorrumpió en gritos frenéticos, sin lágrimas, golpeándose el pecho con el puño crispado.

¿Qué hacer? Quedaba allí la esposa retorciéndose de angustia; quedaba su hija, su ángel rubio, llamándole con sus pequeñas manecitas, llorando por él. Quedaba el pobre viejo, el padre noble y bueno.... Pero allá.... allá también una mujer se moría de amor, sin amparo, sin esperanza; le llamaba, le pedía un beso, el último..... ella, que había resistido á las seducciones de los brillantes jóvenes de la ciudad, que habíase entregado á él sin vacilaciones, incondicionalmente, con toda la vehemencia del amor incontrastable, sin pedirle en cambio más que un poco de cariño.... Ella, la infeliz, que no tenía las ternuras de una hija ni la protección de un padre; sólo á él, él, que era para ella el mundo entero... Y abajo, en las profundidades del valle, su Tránsito,

amante y noble, que adivinaba su traición, la traición del marido, y que sacrificó base por él y ayudaba su fuga cobarde.... Recordaba aquella voz preñada de lágrimas que al salir él de la alcoba con paso furtivo, le decía: "bésala por última vez"; y veía á su pequeña rubia durmiendo en su alba cuna con la tranquilidad de la inocencia, sonriendo en sueños, estremecerse al contacto de los labios quemantes de su padre... A la aurora la campana de la iglesia repicaría alegremente, el sol brillaría en las cumbres, resonaría el hacha en las gargantas de la Sierra.... ¡Qué lejos, qué ido, qué muerto para él ese paisaje risueño de sus días felices!

Y la catástrofe inexorable estaba adentro, en lo hondo, en su alma. ¿Cómo borrar aquel amor? ¿Cómo aborrecer? ¿Cómo olvidar? Aquellas dos mujeres se disputaban su corazón con lágrimas, con resignaciones... La una: "¡Aléjate, la paz de tu conciencia, tus deberes de hombre honrado, están antes que mis desdichas; moriré adorándote, bendiciéndote, porque al fin te debo las únicas alegrías de mi vida". La otra: "Nada sé, nada quiero saber; tu ventura es todo para mí; mi dignidad de esposa, mi amor santo.... todo lo sacrifico.... acuérdate de mí cuando sufras, ¡sólo entonces!" Y no veían ¡ay! que tanta abnegación, tanta ternura, pesaban sobre él ¡pobre monstruo! como un mundo; que no podía más, que estaba de rodillas, sangrando, sufriendo mil muertes!

Sobre aquella roca negra, escueta; bajo un

cielo eléctrico, cargado de nubes, cerrando el horizonte la sombría montaña, el dolor humano desbordábase trágico, sin consuelos, abandonado!

Juan José inclinóse.... midió el abismo pavoroso con miradas de loco.... tendió los brazos al vacío y desapareció en la obscura sima.

PEDRO ARGÜELLES.

Julio de 1897.

UN PESIMISTA

Reclinado en un banco de hierro, el más solitario del paseo, meditaba Tiburcio, procurando desenredar la maraña de sus cavilaciones con una psicología endiablada y no poco extravagante.

Hallábase en uno de esos momentos en que el ánimo se agobia porque el dolor de vivir se impone brutalmente en todo el ser.

Hacía una laboriosa recopilación de las notas más interesantes de su vida y después de aventurar la memoria en las pesadillas del pasado, encontraba su biografía ocurrida en blanco, plagada de trivialidades y minúsculas anécdotas, sin un solo caso que disculpar pudiese ante sus ojos el objeto de su individuo en la social farándula.

¿Qué enfermedad era esa tan rara y tan infame que así dañaba todos los deseos que habían vibrar sus sentidos por efímeros períodos?

Veía con envidia á los paseantes, adivinando que todos ellos eran tipos de una novela más ó menos interesante, figurantes de poco ó mucho carácter en el complicado y funambulesco escenario donde sus apatías y divagaciones le habían obligado á ser un mite.

¿Por qué era tan desdichado si lo mismo que lo demás tenía derecho á una porción de los goces que la Tierra, la Madre de todos, está obligada ó proporcionar á los vivientes?....

Aquella interminable caravana de afortunados que pasaba frente á él, era algo como una burla á las penas que en ese instante, como punzantes cilicios se enroscaban en su ser.

Esos burgueses barrigudos, que paseaban con gozo de bestias su porcino bienestar, le injuriaban exhibiendo sus novias, sus esposas, sus hijos, sus carruajes, sus vestidos y su lujo chocante y burdo, le ofendían á él, á Tiburcio, que jamás vió tocada su frente por los labios de una madre, ni estrechó en sus brazos á una enamorada joven ni se emborrachó de agrios deleites en el tálamo del contubernio, ni fué rico, ni elegante, ni amado, ni nada!

En el libro de su vida había apuntado la suerte muy fuertes partidas al crédito y ni siquiera unas cuantas cifras al débito.

¡Estaba en quiebra!

¿Qué haría para ser dichoso un poco?

¿Imitar á los demás?

No podría.

Las doncellas casaderas le parecían estupendamente tontas, los placeres ilícitos le chocaban en el acto mismo de embriagarse en ellos;

casarse, no lo haría mientras tuviese una partícula de substancia gris en su cerebro.

La Hembra es el enemigo malo; cada ejemplar femenino significa una resurrección de la carne con todas sus crueles y morbosas taciturnidades.

¡La carne!

El enemigo malo es la Hembra; todas las crueles y morbosas taciturnidades de la carne significan una resurrección en cada ejemplar femenino.

Alfredo de Vigny, en un arranque de gran videncia dijo que la mujer es una criatura impura de cuerpo y alma.

Sus impurezas son contagiosas y excitan al pecado.

De la vida común no debe hacerse cómplice ningún hombre civilizado; el matrimonio acarrea como fatal consecuencia la sucesión, y mientras sobre cada sepulcro escriba el Gran Fundidor un signo de interrogación, la progenitura será una delincuencia porque los hijos, por su condición genésica, traerán siempre á la existencia el fardo de amarguras que abruma con su peso á la familia humana.

El Dolor, el Perdurable Verdugo, para consuelo de sus víctimarios, debe fenecer, aunque sea degollado por la segur de lo invencible.

Si él llegara á formarse un mundo á su antojo, si fuese un hombre superior, uno de esos raros á quienes nunca entienden los otros porque son mineros de los mundos internos y persiguen ideales imperceptibles á los estravia-

mos de la multitud... entonces... entonces... sería también desgraciado... lo presentía por adivinación.

Los artistas sufren más en ese sentido que el ignorante vulgo porque las sensaciones que se engendran en sus temperamentos son más delicadas y hacen tremar sus espíritus con mayores sensibilidades.

Labrunié... Maupassant... Goncourt... y aun el mismo Byron, ese Lord fantástico que hizo de su vida una dramática odisea y de su muerte una grandiosa *pose*, fueron también inconscientes víctimas de esa diatesis que á Tiburcio aniquilaba.

Y después de todo, no era la dicha completa lo que él anhelaba; el Walhala está muy lejos; necesitaba una tranquilidad mística, la paz con todas las punzadoras voluptuosidades del olvido; necesitaba una anestesia de las facultades pensantes que inyectara con jugo de adormideras todas sus vísceras sensibles y trocara sus degenerados nervios en cuerdas insonoras.

El objeto de existir sería excelente para los buenos vividores; pero en sus fines concretos nada valía al condensarse en ese jeroglífico de lo desconocido que apesadumbra sin cesar á los necios y á los sabios.

Maldita la gota seminal que fecundó el vientre de la que lo hizo hombre y lo crió á sus pechos, maldita esa hora gloriosa en que el himno erótico elevado en alas de Afrodita robó á los Ebieternos Misterios una alma para hacerla inquilina de su cuerpo, malditos

ellos, malditos hasta la consumación de las edades.

Y ni siquiera le estaban permitidos los delirios del creyente, porque todos los ritos religiosos habían resbalado sobre su epidermis sin dejarle huellas interiores.

La más hermosa de las sectas le había producido una emoción mezquina.

Jesús que hizo?

Poseía sin duda un cosmopolitismo elevado á las más imponderables excelencias; predicó doctrinas anárquicas y disolventes; bendijo el lecho de la paria, la estera del paralítico y la abyección de los levitas; con sus sabias y desconsoladoras parábolas, infundió en la muchedumbre el germen de todas las rebeliones y á la inmortal proclamación de su evangelio surgieron los mártires del cristianismo y las fieras hambrientas de Tiberio.

Era altruista y su exótico lirismo lo arrojó con el peso de una acusación infame al pretorio de los judíos.

Pilatos se lavó las manos y fué tan cobarde que estando convencido de su inocencia lo abandonó á las cóleras de una soez turbamulta.

Pasó por la calle de la Amargura con la cruz al hombro.

Era su arma.

Allí fué escupido, calumniado, abofeteado, flagelado, befado é injuriado por la plebe y los escribas; sudor candente brotaba de su rostro, sus plantas desnudas sangraban en los guijarros del camino, su vestidura grana estaba desgarrada y con manchas de cieno, sus car-

nes magulladas por los golpes, sus músculos exangües, la corona de espinas acribillaba en un círculo de púas su cráneo de vidente.

Ashaverus le negó su puerta.

Lo sacrificaron entre dos ladrones. En los tremendos instantes de la agonía tuvo sed y pidió agua. Sus labios mortecinos chuparon entonces una esponja empapada en vinagre. Después, sus increíbles padecimientos se convirtieron en un divino símbolo que profanaron todos. Su efigie fué el emblema que puso el pontífice blanco en su bandera negra. Presidió los crímenes de la Inquisición. Acompañó á los delincuentes al cadalso. Sirvió para consumar los juramentos. Arrancó á la mujer del hogar para envilecerla en el claustro y al varón de la estepa para hacerlo eunuco en la celda. Y en la edad hierática los campos quedaron yermos y las hembras no parieron. Sufrió con santa paciencia, dolores, martirios, ingratitudes y escarnios porque amaba á la humanidad y quería regenerarla.

Hizo mal.

Si hubiera predicado el embrutecimiento universal los hombres se habrían redimido.

¿Qué ha sobrevivido á tantas epopeyas?

¡Nada!

La sangre corrompida será el óleo que unja á la legión de vengadores que después de producido un cataclismo sin igual levante sobre ruinas hedentes á pólvora quemada las cinco letras de su trágica palabra: *Nihil.*

Demolerlo todo será preparar el perfeccionamiento por medio de la evolución.

Hay una sabia justicia que desenmaraña los cabellos de Medusa y con hebras invisibles sabe unir las causas con las consecuencias para encender la aureola del martirio en la frente de Valjean el galeote y salvar de la torpe ley mosaica á la mujer adúltera.

Ya muy tarde, cuando el paseo estaba completamente solitario se levantó Tiburcio, y contemplando las estrellas que abrían su luminoso cáliz, gritó con voz siniestra:

—¡La anarquía!

Y se aventuró á las tinieblas como si allí estuviese oculto el secreto de la victoria.

CIRO B. CEBALLOS.

¡NO!

En el vertiginoso giro de un vals alemán, un joven requebraba de amores á Carolina, hermosa y elegante, simpática y agradable, cuyo rostro no era pálido, melancólico, sino que ostentaba el color de la púrpura y la grana. La belleza estatuaria de la joven amada de Jack movía más á la admiración del artista que al amor del hombre; pero en el pecho del enamorado encendió una pasión que ni el tiempo, con su destructora mano, ha podido borrar.

—Pero ¿por qué no me amas? ¿Acaso no comprendes que mi alma sólo en tí piensa y á tí consagra todo su amor?

Carolina no respondía; pero el enfriamiento de las manos y la indecisión de la mirada anunciaban que su espíritu la había abandonado para subir á los cielos, juntarse con el de su amante y celebrar el consorcio más puro, el consorcio de las almas.

Esto lo comprendía Jack; pero deseaba que su amada contestara verbalmente, deseaba que sus labios rojos y encantadores le dijeran lo que el corazón sentía; no se conformaba con significados tácitos: exigía demostraciones expresas.

El vals terminó y sus últimas notas se perdieron con las palabras de Carolina.

—Cuando bailemos la cuarta danza te contestaré de una manera terminante.

—Está bien—dijo Jack.—¡Que te ilumine Dios!

Esa verde esperanza, que tantas locuras hace concebir á la fantasía, las hizo concebir en el desequilibrado cerebro de Jack, que creía ciegamente que Carolina le correspondería su cariño, su amor, pues se imaginaba que no le pondría plazo y le señalaría ocasión de responderle, si no pensase contestarle afirmativamente. Torpeza inexplicable; pero al fin torpeza de amor, en que siempre se incurre cuando se desconoce el corazón de la mujer que goza en torturar.

Los instantes pasaban como siempre; pero á Jack le parecían perezosos, como si también se unieran á su adorada para martirizarle y hacerle sufrir más.

Al fin llegó el momento. Ya se balanceaba suavemente con Carolina á los acordes voluptuosos de una danza cubana y lleno de temor le dijo:

—Sólo he estado pensando en tu resolución.

—Sí, ¿eh?....

—No lo creerás, pero lo que te afirmo es la verdad. Nunca te engañaré, dulce bien mío.

Contestó Carolina con una risa burlesca que tenía más de la ironía de Voltaire y Rabelais, que del aticismo satírico de Molière y Moratín. Así lo comprendió el joven apasionado y sintió en el alma la malévola acritud de una herida inesperada; pero como el amor es pertinaz, le interrogó de esta manera:

—¿Me amas? Tu resolución prometida ¿la vas á dar al fin?

Carolina comenzó á hacer monadas y coqueterías que tan bien hacen todas las mujeres cuando se encuentran en iguales circunstancias. Según la nueva fisonomía de la joven se podía predecir, sin temor de errar, que estaba dispuesta á corresponderle, que le amaba y que ahora sí estaba resuelta á decírselo con toda franqueza. Esto no escapaba á la vista perspicaz de Jack, y su alegría era infinita. Ya ni quería interrogarle de nuevo: estaba satisfecho; pero como la indecisión se apoderaba de él y como deseaba escuchar de sus labios amorosas palabras, insistió en su pregunta, seguro de una respuesta afirmativa, de un triunfo completo.

—¿Me amas? dijo de nuevo Jack.

—¡Nó! respondió Carolina frunciendo el seño.

Perdió Jack el conocimiento, acabó la danza y Carolina reía alegremente platicando de cosas extrañas con una amiga de ocasión.

Vibra constantemente en el oído del joven enamorado la respuesta de su amada y siente en el espíritu la desesperación de la ingrati-

tud. No ha comprendido que todas las mujeres son veleidosas, que nunca aman y cuando lo hacen es por un instante, como el curso de un meteoro por la atmósfera.

Da lástima ver á Jack llorar; pero como sus lágrimas las produce el amor, y el amor no satisfecho es la gloria, Jack es feliz llorando.

J. B. M-G.

Mariposas.

El año de gracia de la fuga de Don Sebastián Lerdo, en un ángulo de la casa llamada entonces "Tívoli del Ferrocarril", Conchita Ruiz, vestida con corta enagüilla azul, corre impaciente tras mariposa de amarillas y grandes alas.

Conchita se desespera porque con la red de gasa, no alcanza al insecto alado, que parece burlarse de su anhelo.

Conchita dejó sobre el césped su gran sombrero *jardinera* con guirnalda de amapolas de seda, y sobre estas artificiales flores, fabricadas en cualquier antro de miseria y tisis por cloróticas manos, va á posarse la mariposa.

Agil y rápida, la niña aprisiona entonces al insecto entre las verdes mallas de la red de gasa....

Y las alas de aquella mariposa que Conchita aprisionó una mañana con cielo azul, del año

en que Don Sebastián abandonó la presidencia, ¡pobres alas! se despintan entre las páginas de una "Leyenda de Oro" que la señorita Ruiz conserva entre sus infantiles recuerdos.

Desde un balcón en la calle de la Perpetua, triste y solitaria durante una noche transparente de Noviembre, Conchita mira ó cree mirar las señales que le hace un elegante, con perfumado pañuelo. Entonces, iba á terminar el período presidencial de Don Manuel González; entonces la red se llamaba Don Alfonso O.... y la mariposa Conchita Ruiz.

A la primavera del siguiente año, la linda joven, envuelta entre azahares y entre mallas de un velo blanco finísimo, caía en la red matrimonial; ¡pobre mariposa! sus colores fueron perdiéndose, y la vida conyugal le empalideció las mejillas.

Hoy, no vieja, aunque sí envejecida, habita una casita linda en el campo; y por las mañanas, cuando arregla su jardín, y mira las mariposas que exhiben al sol sus pintorescas alas, recuerda á su hijo ¡mariposa efímera! ¡único consuelo en su vida doméstica! pobrecillo infante rubio, que hace un año, tosía mucho hasta ennegrecérsele el rostro....

Y al chico, lo envolvieron las mallas de la

muerte, de esa red inevitable que atrae como aliento de víbora....

¡Pobre Conchita! Y cuánto lloraba el día que en su "Leyenda de Oro", rezó para consolarse, mientras las mejillas de su hijo se despintaban sobre el raso blanco de un ataúd capitonado.

ALBERTO LEDUC.

PIERROT ENAMORADO DE LA GLORIA

CUENTO EN CUATRO ESCENAS

Personajes: COLOMBINA, PIERROT, ARLEQUÍN.

Escena primera.

Una bohardilla deteriorada.—En el fondo inclinado, una cortina con descolorido rameaje y numerosas manchas.—Mueblario consistente en una pequeña mesa acompañada de desvencijada silla.—Entra Pierrot serio en su traje de inmaculada blancura.—En su enharinado rostro se lee cómica gravedad.—Sus manos reposan inmóviles en los bolsillos del holgado pantalón.

Pierrot.—¡Es inevitable! ¡Mi destino lo quiere! ¡Valor! (Gritando.) ¡Colombina!

(La cortina de descolorido rameaje se agita

y la aludida aparece haciendo resonar la franqueza de su risa y el *frou-frou* de sus faldas.)

Colombina.—¡Pierrot, mi buen Pierrot! ¿Has encontrado aquello? (Sus diminutas manos hacen el ademán que vulgarmente equivale á monedas.)

Pierrot (exagerando su gravedad).—Lo encontré, señora Colombina, pero....

Colombina —¡Pero! ¡Pero qué aguardamos, blanquísimo Pierrot! Alarga el brazo para que me apoye en él y juntos corramos al almacén de sedas. Me haré una falda que brille de noche; compraré listones y unos chapines, Pierrot. Corramos.

Pierrot (con ademán despreciativo).—¡Hum! ¡Para trapos estoy yo! No, señora Colombina, nuestra situación ha cambiado por completo. Dominando mi corazón y mis perezosos instintos, voy á cambiar radicalmente de vida. Colombina, quiero ser sabio.

Colombina (estupefacta).—¡Sabio! ¿Sabio tú, Pierrot? ¿Tú, á quien conocí vagando por los bosques, mirando el rostro de la luna? ¿Tú, sabio, viejo, encanecido, encorvado como esos que vemos pasar por el Puente Nuevo, dirigiéndose á la Academia? ¿Tú, el Pierrot que dormía aquí en mi pecho y dormido murmuraba frases amorosas? ¿Sabio el Pierrot de quien Arlequín está celoso? ¡Vamos, eso es sencillamente absurdo!

Pierrot.—Sólo por no faltar á mis deberes de rigurosa cortesía he oído con paciencia vuestras disparatadas imprecaciones, inexperta Colombina. ¿Quién te ha dicho á tí que para

ser sabio se necesita estar viejo y encorvado? ¡Oh necedad! Yo, con mi juventud y lozanía seré sabio, asombraré á los mundos y mi nombre, el nombre de Pierrot, sonará en todos los países y reluciré en todas las historias.

Colombina.—¿Y luego?

Pierrot (cortado).—Luego.... ¿Luego qué? ¡Seré un gran hombre, me señalarán en las calles, me enamorarán las mujeres, me amarán!

Colombina.—¡Pillo! ¿No te basta mi amor?

Pierrot.—¡El amor!.... ¡El amor!.... ¡Poca cosa! ¡El amor de las mujeres lo desprecio! Quiero, señora Colombina, ser amado de la Gloria; quiero que sobre la tersa frente de Pierrot imprima un beso. Ella me amará que no hay duda. Seré su escogido, me colmará con sus favores.

Colombina.—Dí, ¿y es hermosa esa señora?

Pierrot.—¿La Gloria? ¿Hermosa la Gloria? ¿Y lo preguntas? ¡Oh, hermosa como no lo fué Venus alguna! Su amor, su sagrado amor sólo lo dió á los dioses. Es intangible, es etérea, es inmensamente joven é inmensamente bella; atrae, fascina y sólo los escogidos logran tocar su mano.

Colombina.—¿Y dónde has tenido tan peregrina idea, ingrato Pierrot?

Pierrot.—Paseaba por una Avenida del Luxemburgo, y al ver los bustos de los poetas y las estatuas de las reinas, me dije para mí: ¡Bravo, Pierrot!, indudablemente tú has nacido para algo y grave y grande. Con esa juventud, con ese ingenio, con esa seriedad y ese filosófico desdén que por cuanto es fútil el

cielo te ha dado, con tantas raras prendas ¿dejarás perderse tu nombre? ¡Nó! Y decidí ser sabio, inventar algo, no sé qué, un elixir de vida que me haga inmortal.

Colombina.—Y es que los droguistas, futuros vendedores de tu elixir, ¿te han adelantado dinero?

Pierrot.—Nó. Nunca pensé trabajar por el lucro, quédese eso para los infelices cuya grandeza de alma es nula. Nunca necesité esas monedas, causa de la discordia y la avidez de los hombres; pero hoy, para obtenerlo tranquilamente he estrangulado á un burgués, á un vil burgués, y el oro que indebidamente tal vez había adquirido, servirá para salvar á la humanidad. ¡Que honra para él! Además, ¿qué importa la vida de un burgués ó la de otro hombre, si con ello la ciencia gana? Y ganará por mí (con énfasis), por Pierrot, el gran Pierrot, como dirán mañana las multitudes asombradas.

Colombina.—¿Y te olvidarás de mí cuando seas grande, buen Pierrot?

Pierrot.—No, Colombina, no; para tí perfeccionaré mi invento dándote la eterna belleza, la eterna frescura de corazón y la durable alegría. Reirás y amarás mientras rías, Colombina; Pierrot, serio, te lo promete.

Colombina.—Acepto la promesa, galante.

Pierrot.—Y ahora debo salir en busca de instrumentos y ácidos y mil cosas más. Como la mujer es la distracción y la banalidad y todo lo que es ligereza, quiero, señora Colombina, que á mi regreso esta habitación se halle va-

cía. Sin risas cantantes ni resonancias tentadoras podré meditar debidamente.—*(Sale.)*

Escena segunda.

Colombina medita un momento, suspira, y cuando sus juguetones ojos comienzan á nublarse, aparece resplandeciente y envuelto en múltiples colores Arlequín.

Arlequín.—Lo he oído todo, lo he oído todo, adorada Colombina. Ven conmigo.

Colombina.—¡Cómo, tú aquí! ¿No temes á Pierrot, no recuerdas los puntapiés con que solía regalarte?

Arlequín.—No recuerdo ni temo nada; Pierrot es un sin corazón que se burló de mí, que te robó engañándome. Déjale ahí, adorada Colombina, déjale y ven conmigo. Yo te amaré como te amó siempre Arlequín, el infeliz Arlequín á quien dejaste y que, postrado á tus reales plantas, te pide un poco de tu amor.—(Cae de rodillas.)

Colombina (coqueta.)—Puede usted levantarse, señor Arlequín, y si me promete ser juicioso y darme alhajas lo seguiré á usted.

Arlequín.—Tendrás, bella mía, perlas para tus blandos pies, rubíes en tu diminuta mano, brillantes en tu soñado cuello y los cascabeles que te gustan y te hacen reir, serán del más alto y puro de los oros.

Colombina (incrédula).—Y ¿qué harás para obtener todo eso?

Arlequín.—¿Haré? Haré volverse al revés

la tierra, vomitar las minas, caer las estrellas para con ellas rodear tu cuello, niña mía!

Colombina (convencida).—Vamos, Arlequín.

Escena tercera.

Entra Pierrot seguido de varios mozos llevando paquetes; frascos, un brasero de los usados en los gabinetes químicos, retortas de varias dimensiones y un alambique. Después que han dejado los objetos, Pierrot los despide con señorial ademán. Desenrolla inmenso pizarrón y colocándose bizarramente ante él, traza guarismos al tiempo que habla.

Pierrot.— a + B + a + B + B — a menos, menos, más, igual á — (después de un momento de vacilaciones). Vamos, lo haré prácticamente, los teóricos están buenos para las cátedras, únicamente.

(Colocado ante el brasero, lo hace flamear, aviva el fuego con un fuelle y tomando los frascos comienza á vertirlos en la retorta.) Ahora (mezclando substancias), resultará lo que deseo. ¿Los mayores inventos no se deben acaso á la casualidad? ¡Ah! cómo va el mundo á repetir mi nombre! Esa Colombina se ha marchado con Arlequín; los he visto volver la esquina, pero veremos, veremos.... Yo seré el triunfador, las mujeres vendrán á pedirme juventud, belleza; seré dueño del mundo y entonces, entonces, ínfimo Arlequín, á tí y á la ingrata, juntos, os dejaré envejecer.

(Resuena formidable estallido, vuelan vidrios y Pierrot cae á tierra, lanzando aterrador alarido.)

Pausa prolongada durante la cual se oyen notas de música que se alejan cada vez más rientes.

Pierrot (incorporándose y con voz adolorida).—No estoy muerto, no (se palpa la caja del cuerpo); de buena escapé, mis pobres costillas el riesgo que han corrido.—(Se pone de pie con señaladas precauciones.)

(Volviendo á su gravedad).—¡Por la ciencia! ¡Todo por la ciencia! Mañana los periódicos gritarán: "Accidente á Pierrot". "Pierrot á la muerte", y pasmados sabrán que expuse mi vida por la ciencia, por el bien de los otros, ¡por la humanidad! ¡Ah, cuán grande soy!

(Acercándose receloso al brasero).—Y sin embargo, ¿debo volver á hacer experimentos? Esperemos. Buscaré á un preparador, poca cosa, algún pobre diablo que ejecute mis órdenes.

(Se sienta, apoyando un brazo sobre la mesa, y recostado sobre él se adormece.)

Pausa durante la cual la orquesta simula los avances de una marcha fúnebre.

Pierrot (estremeciéndose sobresaltado). ¡Nó, nó, nó, nó! aguarda, aguarde usted, señor burgués, ¡nó! ¡nó! yo le explicaré.... Es que, es... es que yo necesitaba... ¡Favor! ¡auxilio! (Sus propios gritos lo despiertan).

—Dios mío, qué pesadilla (mirando á todos lados).—¿Qué hacer? ¿Cómo olvidar al muerto? La verdad es que, es que tengo miedo. ¡Estuviera aquí Colombina! (Da una vuelta por la buhardilla y en un rincón tropieza con una botella).—¡Estoy salvado! Me embriagaré esta

noche y así ni veré más al muerto ni echaré de menos á Colombina.

(Sentándose de nuevo se entrega largo rato á vaciar la botella; sus ojos brillan, y momentos después comienza á inclinarse sobre la mesa.)

¡Maldito sueño! Y lo tengo, pero no quiero dormirme sino perfectamente ebrio. ¡Ingrata Colombina! ¡Cómo ha tenido valor para dejarme! Verdad es que fuí duro para con ella, pero debía haber comprendido ¡ingrata! A estas horas, mientras yo rabio, ella con Arlequín!.... ¡Ingrata, ingrata! Es cierto, yo te hice abandonarme, pero no para que me dejaras solo en los ratos de desvarío. ¿No lo comprendías? La ciencia por la que lucho, es cruel, y si rencor no me guardas debías venir ahora para alejarte en las horas de estudio. ¡Pobre Pierrot! ¡Quedará solo, solo, y si hay hambre las caricias de Colombina no me harán olvidarla!

¡Cuánto trabajo, cuánta pena para ser gran hombre, abandonar todo, recibir golpes, sufrir en silencio! Mi lecho me causa espanto; debe estar frío, frío como una noche de tumba (se estremece). ¡Santo cielo! habrán encontrado al otro, al matador; ¿y si me pescan? ¡Colombina, Colombinita querida, no te arrojaré más de mi lado, pero ven, ven para que tenga compañía, para que me hagas reir y para que tenga con quien hablar y á quien murmurar frases de esas que aun al propio oído acarician. ¡Colombina, Colombinita!

(Se incorpora aturdido y toma de nuevo la botella.)

¡El vino! ¡Cómo es generoso y compasivo! Crece en las campiñas, suda bajo los abrumadores mediodías para caer olvidado en la bodega para sólo salir á consolar al triste, y darle olvido, mucho olvido.

¡Mañana, mañana! ¡Cuán largas son las noches sin Colombina! Durante el día el estudio me recompensará, pero ahora....

(Por la pequeña ventana entra un rayo de luna.)

La veo, sí, la veo, pero no puedo tocarla; va ahí hacia el río y sus risas resuenan tristes á pesar de que las siento alegres, ¡Ha reido tanto á mi lado!

Escena cuarta.

La puerta se abre bruscamente y Colombina aparece radiante, sonando cascabeles, espléndida de juventud y alegría.

Colombina.—¡Pierrot, hermoso Pierrot! ¿Eres ya sabio? ¿Has descubierto el elixir de vida que te hiciera inmortal? (Pierrot suspira dolorosamente.) ¡Bah! Te veo triste. Te hago falta, ¿no es verdad, desdeñoso amigo? La gloria es muy hermosa, pero Colombina también. Las noches sin ella no son las luminosas rientes de otro tiempo. Pierrot, amigo mío, la vanidad es mala consejera. ¿Cómo no lo has comprendido? Yo la conozco y te aseguro que es mala amiga; me tenía envidia y celosa de nuestra felicidad ha querido apartarte. (Pierrot inclina la cabeza melancólicamente.) Pierrot, es de noche, la luna brilla sobre los tejados y pla-

tea las avenidas, los castaños florecen, el silencioso Luxemburgo nos aguarda. Pierrot, amigo mío, Colombina, los brazos de tu adorada Colombina se abren para estrecharte, mi talle aguarda tu mano: vamos y que las estrellas nos envidien y que la luna ría de nuestro contento.

Pierrot, sabio Pierrot, tú me ofrecías la juventud, tú me ofrecías que mi corazón reiría y amaría mientras riera. Pues bien, con el amor, sólo con el amor seré joven y seré alegre. ¡Vamos! toma mi brazo, enlaza mi talle y sin cuidado partamos; el perfume de los bosques y el amor nos harán eternamente jóvenes.

Pierrot (desolado).—Pero ¿y la gloria?

Colombina (acercándose á la ventana y señalando el espacio).—¿La gloria? ¿la gloria? ¿Es que no lo es y muy grande amarse en una noche como esta? ¿No lo es ir unidos sonriendo bajo esos árboles y alejándonos muy lejos, cada vez más unidos? ¿Conoces aureola más resplandeciente que la de esa luna que corona nuestras cabezas? ¿Conoces música más imponente que la del viento cantando entre las ramas?

Pierrot, toma mi brazo y habrás alcanzado la gloria. Vamos.

(Juntos se alejan yéndose hacia las avenidas, donde sus sombras confundidas van huyendo cada vez más luminosas y más radiantes.)

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Julio de 1897.

Noche horrenda.

A CIRO B. CEBALLOS

En el bosque de Maravillas, en Guanajuato, se han perdido algunos viajeros que lo han atravesado errando el camino.

El bosque no está compuesto más que de mezquitales, huizachales y arbustos espinosos; pero es verdaderamente inexpugnable y solamente conociendo las angostas vereditas, se puede atravesar de Norte á Sur.

En el estío, las aguas pluviales hacen de todo el inmenso bosque un inmenso lago, siniestro y pantanoso, del que surgen los arbustos espinosos como surgen los tulares en las lagunas, en apretada muchedumbre, de ramajes entrelazados y encrespados por bejucales bravíos que se adhieren á los arbustos y los festonan de penachos semejantes á los plumeros indios.

Entonces el gran bosque es todo igual, monótono é interminable. Se pierden los rastros de los viajeros, los ojos se pavorizan de no ver en lontananza más que la continuidad de arbustos y de mezquitales salvajes, y mientras más se avanza en la sombría selva, más difícil es penetrar en ella.

Cuando el bosque está seco y transitable, se ve poblado de coyotes, de lobos, de gatos monteses cuyo encuentro es peligroso para el viajero solitario. Pero cuando las aguas pluviales inundan la vasta llanura selvática, la pequeña fauna huye y se refugia en lo más tenebroso del bosque, en las eminencias desconocidas que no son cubiertas por la yarda de agua que cubre todo el anchuroso planío.

Durante el otoño no hay que temer á los lobos carniceros ni á los coyotes cobardes y traidores; pero hay otros enemigos aun más temibles: los toros bravos.

La ganadería de Maravillas, célebre en los Estados centrales de México, se halla dispersa y horrorosamente salvaje en la enorme selva; jamás ve á los hombres, más que á uno que otro viejo caporal encorvado por los años, con su cabello y su barba de nieve, su tez india quemada por el sol y sus pulmones fuertes todavía para soplar el cuerno. Viejos centenarios que han visto florecer y declinar su vida llamando de lejos á la vacada en descarrío, que han visto crecer una y otra generación de toros indomables y fieros ante cualquier figura humana, pero dóciles al cuerno del viejo caporal, doblando la cerviz siempre erguida y

desafiadora ante la vieja figurilla encorvada del amigo fiel y salvaje como ellos.

Cuando algún viandante suele por necesidad atravesar el bosque de Maravillas, va temblando de miedo, elevando preces al cielo por no encontrar á las temibles fieras que suelen saltar las cercas altísimas de los agostaderos y echarse á vagar en pleno bosque, hambrientos y rabiosos de su soledad y de bramar inútilmente llamando á sus compañeros.

Una vez dos pobres barilleros se aventuraron á atravesar la selva porque iban á una feria ya en vísperas. Era en la estación pluvial, el bosque se hallaba completamente inundado, bosque ingrato sin una fruta ni un manantial puro, y habiéndose arriesgado confiados en las instrucciones de un ranchero que encontraron á la entrada, quisieron hacer la penosa travesía con el agua á la rodilla, y se extraviaron.

No se podían guiar por el sol porque el cielo estaba nublado, no eran hombres de campo, no habían atravesado nunca el bosque y les fué imposible seguir una dirección imaginaria teniendo que culebrear constantemente para esquivar los huizaches.

Entraron en las primeras horas de la mañana y pasado el medio día, no habían salido ni habían entrevisto á lo lejos la salida. Una lluvia tenaz y diluviante empezó á caer pasado el medio día, y los pobres viajeros, calados hasta los huesos y hambrientos, anduvieron de acá para allá, errantes, tentaleando una salida en aquel laberinto á plena luz, en el que no

divisaban una ruta, ni un descanso, ni un abrigo.

Diluviaba copiosamente y vino la noche. Entonces decidieron subirse á un mezquite y esperar el nuevo día para seguir el viaje. Treparon al árbol y pasaron la noche en vela bajo la lluvia, sin hablarse apenas, descorazonados y hambrientos.

Al amanecer quisieron descender para seguir temprano la travesía al azar. Bajaron ateridos y castañeteando los dientes, y al alejarse unos cuantos pasos creyeron oir un ruido y volvieron el rostro: un toro negro bregaba por salir de unos huizachales, enfurecido á la vista de los viajeros y rabioso por llegar á destrozarlos. Poseídos del pánico volvieron atrás para refugiarse en el árbol, y cuando apenas subían á él, llegó la fiera, y de una feroz embestida arrancó una corteza con sus poderosos cuernos.

Los aterrados viajeros tuvieron el horror de ver al animal apostado al pie del árbol todo el día, obstinado en hacer presa de ellos, y cuando creían que se alejaba, volvía al refugio, poseído de una rabia satánica: se diría que el espíritu del mal alentaba en él y que se había propuesto un plan de asedio por hambre.

El sol radioso quemaba en el cielo, y la tierra inundada de agua pluvial vaporizaba en un hálito cálido que despertaba rabiosamente el hambre de los refugiados.

Al obscurecer decidieron bajar y huir de aquel lugar maldito, aprovechando la ausen-

cia del animal, y bajaron enmedio de la sombra creciente, para buscar otro árbol amigo.

Pero apenas habían andado unos cuantos minutos, oyeron, enloquecidos por el pánico, el chapoteo de una carrera precipitada en el agua. Buscaron donde refugiarse, y no vieron en torno más que huizachales; ni un mezquite, ni un arbusto crecido en qué subirse.

Anonadados por el terror se hallaban, cuando llegó el toro y de una primera cornada levantó por el aire á uno de los desgraciados, que cayó en el agua con un golpe lúgubre, y cuando se incorporaba fué embestido de nuevo y atropellado con un encarnizamiento humano, como si la fiera hubiese sentido la necesidad de exterminio que siente el hombre.

El infeliz viandante quedó sin vida, y entonces la fiera buscó el compañero y se lanzó tras él á través de los huizachales.

El barillero encomendó su alma á Dios y dejóse caer en un hoyanco, á tiempo que el toro llegaba. Quiso permanecer bajo el agua, pero le faltó la respiración, y decidido á jugar el todo, se incorporó y corrió frenético á guarecerse al pie de un huizache enmarañado; pero la fiera fué hasta allá, y como por un sarcasmo del cielo pudo apenas llegar al sitio inexpugnable, y en una embestida le alcanzó el rostro y le sacó de una sola cornada los dos ojos.

Parecía solamente esperar aquello para huir, y huyó....! El infortunado ciego se arrastró frebriciente y enloquecido toda esa noche y el otro día, al acaso, sin luz, por bus-

car quién sabe qué objeto inexplicable en una vida inútil y acibarada para siempre.

La locura se apoderó de él aniquilando su pobre cerebro, vacío en fuerza de sufrir, y á los dos días fué recogido por un caporal, convertido en un idiota.

Cuando le conocí pedía limosna en Allende, con un lazarillo, de puerta en puerta, y si le recordaban su aventura, reía como un niño y decía:

—¡Una noche horrenda!

RUBÉN M. CAMPOS

¡MALDITA GUERRA!

Los cañones de la Reforma lanzaban por los ámbitos de la República, con sus notas ensordecedoras, el tempestuoso canto de la guerra.

La reacción apretando sus filas y acumulando sus fuerzas, acababa de vencer á los constitucionalistas en Ahualulco, y Miramón marchaba vencedor á adueñarse de San Luis y Zacatecas.

Al frente de unos cincuenta defensores de la Reforma caminaba á las márgenes del río Santiago, un joven Coronel abrumado por el peso de la última derrota, que arrancaba á sus labios contraídos, juramentos y frases de despecho cuando no de rabia.

A su lado, cabizbajo también y ensimismado en profundas meditaciones, se mantenía á duras penas por la fogosidad del overo que montaba, un Mayor de poca más edad que el Coronel.

Ambos contrastaban notablemente: éste era moreno, de cabellos y bigote negros y de ojos profundamente obscuros; aquél era pálido, de ojos de un azul deslavado y sucio, y de escasa y rubia barba.

Mi Coronel—preguntó de pronto el Mayor—¿estáis triste?

Casi no podría decirlo—contestó el Coronel; —el triunfo de los reaccionarios me tiene inquieto, pero no descorazonado; lo que ensombrece á veces mi alma, es no tener noticia alguna de mi padre. Como usted sabe, su última carta hace cuatro meses fué enviada de Zacatecas y en ella me comunicaba la pérdida casi total de sus bienes.

—¡Maldita guerra!—exclamó el Mayor.—No tenemos un día de reposo y todo lo vamos perdiendo; ya usted ve, yo he perdido á mi hermosa zacatecana.

—¿Todavía se acuerda usted?

—Y me acordaré siempre. ¡Si yo la encontrara!

—En estos tiempos sería inútil. Usted no se pertenece por ahora.

—Es cierto—suspiró el Mayor.

—Pero ella prometería esperar, ¿no es eso?

—Me lo ofreció, en efecto, la segunda vez que logré hablarle.

—Pues entonces, si está segura, hay que tener paciencia.

—La tendría, si no supiera que su padre, ese aragonés testarudo, pensaba casarla con no sé qué viejo rico.

El Coronel volvió á su mutismo y el Mayor,

deteniendo su caballo, se acercó á un subalterno para dar algunas órdenes.

***

Se había caminado todo el día; la noche empezaba á caer silenciosamente envolviendo todo en su polvo de tinieblas y sólo allá á lo lejos el último parpadeo del crepúsculo teñía el occidente con una claridad pálida y borrosa.

Los caballos, fatigados, sedientos y sudorosos, dejaban caer la cabeza alargando el cuello sobre el cual colgaban las bridas sueltas que los soldados abandonaban no menos fatigados que las cabalgaduras.

El hambre comenzaba á hacerse sentir y más aún la necesidad de un alojamiento.

El Mayor, que acababa de hablar con uno de los exploradores enviados á vanguardia, se acercó al Coronel, al trote largo de su caballo para decirle: A media legua hay una finca de campo, aunque parece estar bien defendida.

—No importa—contestó el Coronel.—En ella se pasará la noche. Mande usted hacer alto para un breve descanso y revisar la dotación de nuestros hombres. Yo no me siento fatigado y me adelantaré un poco con uno de los ayudantes.

La tropa hizo alto y el Coronel, al paso de su brioso retinto, se perdió en la sombra á lo largo del camino.

*
* *

Dos horas más tarde, tras una vigorosa acometida y una no menos obstinada defensa, en la que sucumbieron la mayor parte de los bien armados defensores de la finca, caía ésta en poder del Coronel Ramiro, que instalado en la amplia sala de la casa recibía el parte.

En la lucha había sucumbido el dueño de la hacienda y allá quedaba en una troje con los muertos.

El Coronel revisó la amplia caballeriza: los caballos del *amo*, como decía uno de los mozos, eran buenos. Le ordenó tenerlos listos, pues al amanecer había que proseguir la marcha.

Todos los habitantes de la casa habían huído, y mientras se preparaba la cena y alojamiento del Coronel, el Mayor, que había instalado á la tropa en los anchurosos corredores, se dirigió á inspeccionar las cercanías.

En la tienda, los soldados habían dado cuenta de todo; yacían por el suelo las botellas vacías y rotas.

Afuera, en el portal, el viento gemía dolorosamente empapando sus alas en los vapores acres de la sangre.

El Mayor se dirigió á la capilla. En el fondo, como una pupila rojiza, brillaba una lámpara que el soplo de la lucha no había podido apagar.

El Mayor penetró con paso resuelto. Sus acicates y su espada, al arrastrar sobre las frías baldosas, despertaron un eco sordo en la bóveda.

Al pie del altar, sumida en la penumbra, sin darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo, el Mayor vió á una mujer con la cabeza caída sobre el pecho, los brazos alargados y las manos enclavijadas como si en su suprema desesperación, el dolor la hubiera petrificado.

Con tardío paso se acercó á ella; la mujer permaneció en la misma actitud; entonces el Mayor, inclinándose, murmuró muy cerca:

—¡Señora!

Ella, como volviendo de un letargo, lentamente levantó la cabeza. La luz de la lámpara iluminó su rostro pálido, y en el silencio de la capilla resonaron dos gritos, el de ella de espanto, el de él de alegría.

—¡Carmen!

—López, ¿usted?

—Sí, Carmen, yo, que por fin la encuentro. Pero ¿qué hace usted aquí?

—López, el destino nos empuja, mi situación es horrible y debo decirle la verdad, toda la verdad.

Carmen, que se había levantado, se apoyó en el altar, y dirigiendo una mirada llena de ternura á su amante, comenzó así:

Después de la última vez que nos vimos, y sin poder comunicar á usted nada, luchando día á día con mi padre, tuve al fin que rendirme..... no había quien me defendiera.... no me culpe usted, pero hace dos meses que estoy casada.

—¡Casada!—repitió el Mayor.

—Sí, por desgracia; ahora no me pregunte

usted si le amo, debo respetarme, me casé sin amor, pero cumpliré siempre mis deberes.

—Pero esto es imposible, ¡casada! Y el esposo de usted, ¿dónde está?

—Lo ignoro, tal vez ha huído.

—¡Abandonándola?

—Quizá haya muerto.

—¿Quién es?

—El dueño de la hacienda.

Los ojos del mayor relampaguearon de alegría.

—El dueño de la hacienda ha muerto, señora.

Carmen retrocedió un paso.—¡Muerto! prorrumpió.

—Os lo aseguro; usted misma puede ver su cadáver. Así, pues, si usted no le amaba, puede ser mi esposa; nada puede impedírselo, es usted libre y con el Mayor López bien puede casarse la viuda de....

—Don Rafael Ramiro.

—¡Ramiro!—repitió con espanto el Mayor.

—¿Le conocía usted?

—Nó—dijo turbado López—pero es tarde, la capilla está fría: salgamos—y condujo á Carmen hacia la casa.

* * *

A lo lejos cantó un gallo y á su clarinazo que anunciaba el alba contestaron los alertas de los demás gallos de la hacienda.

El Coronel acababa de levantarse y preguntó á un oficial por el Mayor López.

—No sé, mi Coronel.

—Pues mande usted buscarlo.

El oficial salía á cumplir la orden cuando se presentó un sargento diciendo:

—Mi Mayor me ordenó entregara á mi Coronel esta carta en cuanto se levantara.

—¿Y el Mayor?

—Anoche, á eso de las once dió orden á su asistente de que ensillara dos caballos, y parece que se ha marchado.

—¡Que se ha marchado!—rugió el Coronel. —Está bien, retírate, y rompiendo el sobre del pliego, leyó:

"Mi Coronel:

Si usted ignora lo ocurrido, abandone la hacienda sin averiguar nada. Encontré á mi Carmen y me la llevo: eso es todo. Si, por el contrario, usted sabe lo que ha pasado, discúlpeme, pues bien comprendo que no me la dejaría llevar.

López".

—Qué es esto—se preguntó el Coronel—¿por qué me habría de oponer?—Y rehaciéndose salió al patio, dictó sus órdenes y cuando sus cincuenta hombres formaban frente al portal, le preguntó al mozo, que decía que los caballos del amo eran buenos.—¿Tú conociste á Doña Carmen?

—Cómo no, si era la esposa del amo, ¡pobrecita niña!

—¡La esposa del amo! ¿Quién era tu amo?

—El señor Don Rafael.

—¿Don Rafael qué?

—Ramiro.

El Coronel se puso lívido, agrandó los ojos como si fueran á salir de sus órbitas y gritó en un supremo esfuerzo:—¡Imposible, mentira... quiero verlo!—Y con ojos de ebrio se dirigió á la troje donde sabía estaban los cadáveres.

Muy cerca de la entrada, con los brazos extendidos y los ojos vidriosos y abiertos yacía el cuerpo del noble anciano.

El Coronel se detuvo, buscó con las manos un apoyo como si fuese á caer y prorrumpió con voz que era á la vez gemido de dolor y gritó de rabia:

—¡Era mi padre!

***

Cuando el Coronel Ramiro volvió de su estupor, la aurora incendiaba en Oriente los celajes de la mañana; y las manos de sus soldados que habían saqueado y matado, incendiaban también la casa de la hacienda.

El coronel se enjugó con el dorso de su robusta diestra una lágrima en su rostro encendido y rojo, no se sabe si por la vergüenza ó por el fulgor de ambos incendios y masculló dolorosamente entre sus dientes esta frase:

—¡Maldita guerra!

M. Larrañaga Portugal.

LA ESTATUA DEL CONDENADO

A Pancho Treviño se le había roto la rueda motora de su bicicleta y tuvimos que echar pie á tierra. Pasábamos frente á la humilde casucha del camposantero, como empotrada en la tapia de adobe del cementerio que limitaba y parecía encauzar la carretera hacia la ciudad, la cual se veía allá abajo, á una legua, como un harapo lleno de remiendos y costuronés tendido en un hermoso planío ceñido por suaves colinas cuyas combas doraba pálidamente el sol occíduo.

—Amigo, buenas tardes, le dijimos en coro al camposantero acercándonos á él, que impasible, como una estatua de barro crudo, de pie en la puerta de su morada, contemplaba nuestras tribulaciones de ciclistas.

—Muy buenas se las dé Dios.

—¿No habría modo de mandar por un coche allá abajo? Se nos ha roto una bicicleta....

—¿Un coche?

—Sí, pagamos bien. Que vaya ese muchacho.... Es su hijo, ¿verdad? Que vaya, aquí tiene modo de ganarse algo....

—Atanasio—dijo reposadamente el camposantero—mira, te hablan estos señores.... te van á pagar....

Mientras el muchacho tomaba á paso largo el camino de la ciudad, hundiéndose hasta el tobillo en el polvo de la carretera, invadimos el tugurio del guarda, rendidos por una bárbara excursión de todo el día, bendiciendo en nuestro interior el percance que, sin mengua de nuestra vanidad ciclística, nos permitía rendir en coche la jornada.

La covacha estaba comunicada con el panteón por una como puerta sin hojas desde donde se dominaba el vasto campo sembrado de cruces y de granados en flor. El crepúsculo vespertino, esa tristísima agonía de la luz, inyectaba en la tarde sus lividecés mortuorias, y prendía en los sepulcros los primeros crespones del anochecer derramando pavoroso misterio sobre la solemnidad augusta del camposanto.

Pronto cerró la noche, y todos nos agrupamos al rededor del guarda, por un movimiento instintivo de repulsión hacia los muertos, de miedo y de asco; pensábamos que no habíamos de poder defendernos de un enemigo á quien nos causaba inmensa y extraña repugnancia tocar, y disculpábamos nuestra huída

diciéndonos que jamás le pondríamos el puño en el rostro á un lazarino aunque él nos abofeteara....

El mismo guarda nos comenzó á producir horror y náuseas con su cuerpo y su ropa andrajosa, llenos de barro, del barro en que estaban enterrados los muertos; con su barba rala de pelos tiesos y endurecidos por el mismo barro también, cuyos tonos como de carne estomagaban hasta hacer sentir los primeros vértigos de la basca....

Cuando le vimos salir de su casucha, con la opaca linterna de vidrios sucios, para hacer su última ronda, experimentamos la grata comodidad del que, tras muchos días de sudores, se pone ropa limpia. Pero pronto volvió. Se detuvo en la entrada, y alzando sobre su cabeza el vil farolillo, como para alumbrarnos algún objeto, nos dijo con interesante sencillez:

—¿Ven ustedes aquel sepulcro?... ¿El ocho... contando á la derecha... el que sobresale...?

Sin esperar nuestra respuesta, concluyó:

—Es el del condenado.

Siguió la historia:

Era un agiotista, un hombre podrido en pesos, que jamás le había dado un *quinto* á nadie: en materia de dar, sólo se sabía que le había dado á su mujer una paliza tan fenomenal que de sus resultas había espichado la pobre señora, de quien el camposantero juró allí, que era una santa sin otra mácula que la de haberse enamorado del *condenado*, ayudado él, y ella enredada, por el propio demonio cuya era, por infernal compra, el alma del viejo avaro.

Larga media hora empleó el camposantero en deslindar aquellas dos existencias unidas por el matrimonio, cual si de su elocuencia dependiera la salvación eterna de la mártir y la eterna condenación del verdugo. Y arrebatado á la vez por su odio y por su amor, se iba enfrascando y perdiendo, hasta que le preguntamos alevosamente á boca de jarro:

—Pero ¿y usted cómo sabe que se condenó?

—¡Yo lo sé porque lo he visto! ¡Lo he visto con estos ojos!

Y se los agrandaba, tirándoselos hacia abajo, con los dedos índice y corazón, abiertos en tijera.

—¡Con estos ojos que no engañan!... ¡Porque lo que yo veo no me lo cuentan!....

Una noche, así como la de ahora, muy obscura, salí á mi ronda, y al pasar por el sepulcro del condenado... yo todavía no sabía que se lo habían llevado los diablos.... oí un ruidito; busqué con mi linterna, porque yo no me asusto.... tengo treinta años de guarda.... y no encontré nada. Volví á pasar, por capricho, junto al *condenado*, y entonces me pareció oir que hablaban.... me detuve, y se callaron.... Con mucho sigilo me escondí detrás de una bóveda y esperé.... Yo creía que eran ladrones.... Amartillé esta pistola.... Entonces oí ruido como de gente que se viste... que se pone la ropa.... Me figuré que estaban desvistiendo á algún muerto, y me asomé un poquito... ¿Para qué es negarlo?... ¡Me quedé como si fuera de palo!.... La estatua del condenado semovía.... la ví muy bien... Si me

parece que es ahorita... Se compuso la capa, porque tiene capa... yo se las enseñaré á ustedes, y oí que sacó dinero, no sé de dónde, y se lo echó en la bolsa.... Luego se agachó y comenzó á bajar, abrazándose como un gato á la columna.... Se bajó.... pisó la tierra.... como la estamos pisando nosotros... vió para todos lados, y comenzó á andar con mucho recelo.... Venía para donde yo estaba escondido.... Me quise aguantar firme; pero cuando lo ví acercarse, me entró un miedo.... ¡Ave María!.... Lo ví cerquita.... así como ustedes.... venía hablando solo.... Yo creí que me había visto y dí un grito horroroso... Tiré la pistola y corrí, corrí sin parar....

—¿Y el condenado detrás de usted?

—No sé, no sé, no ví para atrás.... ¡así fué el susto!.... Al siguiente día allí estaba el maldito como si tal cosa.... Hice mi ronda muy temprano y me escondí aquí.... A la misma hora, á las ocho, lo ví moverse, cruzarse la capa, sonar dinero y comenzar á bajar... y entonces le solté un tiro.... un tiro á matar!....

—¿Y no le dió usted?

—No le dí el plomazo, pero le dí un susto como el que él me había dado.... Se encaramó como un mono sobre su sepulcro y se estuvo quieto, quieto como un muerto... sin moverse.... Tuve ganas de acercármele, pero no me atreví.... al fin uno es cristiano!.... Y no se volvió á menear en muchas noches.... Yo no dormía.... me las pasaba espiándolo, con la pistola preparada.... Así le fuí per-

diendo el miedo, hasta que otra vez lo ví bajarse... como á la semana, con mucho cuidadito, sin hacer ruido.... Yo lo dejé ir.... Dije: á ver á dónde va.... Abrió la puerta con una llave falsa, y se largó.... No me atreví á gritarle, no fuera á ser que al verse descubierto se me echara encima y me madrugara.... Todavía le tenía yo recelito.... Después le perdí todo el miedo.... A la madrugada volvió y se trepó en su columna como una rata.... Así lo estuve viendo salir todas las noches y volver todas las mañanitas....

—¿Para dónde cree usted que iría? —le preguntamos.

—¡Olarito!: para la ciudad... por el camino real... por el que ustedes llevaban... No podía ir á otra parte ¿para qué? Yo lo consulté... Dicen que al llegar, enterraba sus ropas de muerto y se ponía otras que sacaba del agujero... Así se iba de parranda por todas partes... Tenía necesidad de gastar el dinero que se había robado, para poder descansar en la eternidad, ¡pero era tanto!... tantísimo, que se necesitaban ¡no sé cuántos siglos para gastarlo!... El se apuraba mucho, pero no podía... ¡ese era su castigo!... Yo por eso lo dejaba que saliera... para que gastara... ¡que gastara!... Dicen que todo el patio de su casa era una pura mina de onzas...

—¿Y no se lo llevaron alguna vez á la prefectura?

—¡Nunca!... Dicen que una vez mató á un gendarme que se lo quería llevar... Ustedes habrán oído hablar del gendarme que amane-

ció muerto, hace años, sin ninguna puñalada, ni nada... ¡Fué él!... ¡él lo mató, como estar estas cruces!...

—¿Y no sabe usted si saldrá esta noche?—inquirimos.

—¿Salir?—¡Pobrecito!—Ya no sale... Dios lo ha castigado, porque en lugar de hacer limosnas, que así hubiera acabado pronto su dinero, y se hubiera salvado, lo quiso gastar en purititas parrandas... La última vez que salió, vino más tarde que de costumbre; lo ví encaramarse con mucho trabajo en su columna... lo ví muy bien porque era de día casi... Cuando estuvo arriba comenzó á tambalearse... á tambalearse hasta que se cayó al suelo y se rompió las dos piernas... Y allí se ha quedado arrimado al sepulcro... Ya no se mueve para nada... ¿quieren ustedes ir á verlo?... Seguramente que aquel día se embolrachó muy fuerte...

JOSÉ FERREL.

Los humildes.

A Pedro Argüelles.

Luis Robledo era lo que llamamos los mexicanos un buen muchacho. En la verdadera acepción de la palabra, era un buen muchacho. Cuando solía pasear pulcramente vestido, en el Cantador ó en el Paseo de la Presa, en Guanajuato, no sé qué aura de ternura acariciaba las frentes viejas y los corazones juveniles, ello es que el buen Luis dejaba tras sí una estela de simpatías, traducidas en los cariñosos saludos que contestaban al suyo afable y respetuoso:

—¡Adiós Luis!

Y sentíase la necesidad de volverse á la persona que estuviese al lado para decirle á la sordina:

—Luis Robledo... ¡qué buen muchacho! ¿no?

Una sonriente mirada de cariño seguía al

excelente joven, de elevada estatura, pálido, vestido de negro siempre, aunque no siempre su ropa estuviese flamante, pero eso sí, cuidadosamente cepillada, sin una mancha, dejando asomar los puños y el cuello de su camisa, inmaculada y albeante como nieve de los ventisqueros

Luis Robledo se perdía á lo lejos, dulcemente inclinado siempre como los enfermos del pecho, quitándose con elegante indolencia su bombita negra al saludar de tiempo en tiempo á los guanajuatenses que lo estimaban, y que eran casi todos, desde los burgueses hasta los aristócratas, en Guanajuato más parsimoniosos que en ninguna otra parte.

Alguna vez el joven deteníase para contestar á alguna amable señora ó algún caballero expansivo.

—Adiós Luis, ¿cómo está su mamá?

—Ahora está bien, mil gracias.... el aire de la primavera siempre le trae la salud....

Y entonces podíase ver el perfil aristocrático de Luis Robledo, su cabello rubio, de docilidad femenina cayendo á los dos lados de la frente espaciosa de niño enfermo y exangüe, de adolescente asceta cuya primavera de amor habíase consumido en adoraciones extáticas, no á una virgen mundana, sino á la Virgen María que floreció pronto hará dos mil años.

Volviéndose á plena luz el rostro perfilado y seráfico de Luis, podía leerse la pureza de su alma dormida en sus ojos garzos que tenían la limpidez de los del niño nazareno de Beethlem, ojos que se habían arrobado tantas veces

en el Seminario de Pátzcuaro ante una dulce Purísima de Cabrera, pidiéndole la gracia de la humildad y de cuyo último arrobamiento lo sacó un día el Rector para llamarlo á su habitación, á donde Luis le siguió.

Y pasándole cariñosamente por su cabeza soñadora su mano angulosa y marchita de contemplativó septuagenario, le contó cómo su familia había ido quedando en la miseria hasta el grado de hacer flores para sostenerlo en el Seminario entre su hermana huérfana y su madre viuda, y por fin, cómo había sido la anciana señora atacada súbitamente de parálisis completa.

—El mundo te reclama, hijo, tienes sagrados deberes que cumplir, tu carrera va á medias todavía y tienes que atender desde hoy á las necesidades de tu familia.

Llegó Luis á Guanajuato y al ver la desolación de su casa, nido de bienestar en su niñez, anunció á todo, al orgullo de llegar á ser un gran orador sagrado y al amor de las cosas mundanas y divinas, para entregarse en cuerpo y alma al amor de su madre enferma y de su hermana huérfana.

Buscó trabajo y obtuvo ser amanuense de un abogado de nombradía, mediante un pequeño sueldo que apenas podía satisfacer las necesidades mas apremiantes de su familia, y para tener un poco más, decidió emplear la noche en hacer otros trabajos de pluma que le confiaban algunos amigos que fueron de su padre en el foro guanajuatense.

Así, Luis Robledo pudo atender mediana

mente á su familia y pasar apenas la vida. Pero esto le costaba un trabajo inaudito, trabajaba toda la mañana, toda la tarde y apenas tomaba un breve descanso para seguir escribiendo por la noche, desde las ocho hasta las once.

¡Trabajo espantoso, de mulo de noria, de hormiga neutra, de máquina!

Por eso Luis Robledo hallaba donde quiera simpatías y afecciones, porque todos sabían cómo se marchitaba su vida y florecía su juventud enferma sacrificada en aras del deber.

Un día, inesperadamente, su madre sufrió una crisis y después de contracciones dolorosas, quedó como muerta, perdió el habla que milagrosamente había conservado hasta entonces, y con tan tremendo golpe, Luis tuvo que redoblar su ardor en el trabajo para hacer frente á los gastos de médicos y medicinas.

Como no quería alejarse un momento del lado de su madre, un abogado joven á quien urgía la copia de un litigio, tuvo la amabilidad de ir á la casa de Luis por la noche en busca del escrito y esperar para apremiar con su presencia al joven, cuya pluma volaba cubriendo páginas, incansable y zumbante, dejando estampada la gallarda forma del alegato que debía salir aquella misma noche para México.

Hasta las dos de la mañana duró el trabajo, y apenas Luis hubo dado la última plumada, el abogado, que había esperado nervioso y contrariado, consultó su reloj y se levantó rápidamente despidiéndose de Luis.

El joven lo acompañó hasta la puerta, lo despidió cortesmente y sacó el busto para recomendarle que se abrigara, recibiendo en pleno rostro la ola del viento helado de la noche.

Entróse súbitamente cerrando la puerta con suavidad y extrañado de un incidente: la bujía se había apagado sin motivo aparente, y él se hallaba sumido en la obscuridad.

Avanzó á tientas y se acercó á la mesa para buscar los fósforos. Los encontró y raspó uno en la lija, pero aunque oyó el ruido de la combustión no vió la luz.

Repitió la operación y se repitió el fenómeno, y entonces, herido por un pensamiento súbito, alargó la mano febril y buscó la bujía. Subió trémulo y espantado su mano por la estearina, y de pronto sintió la quemadura sin ver la luz. ¡La luz ardía y él estaba ciego! Pasóse las manos crispadas y torpes por los ojos no queriendo dar crédito á su desgracia, cogió, poseído de la locura, un puñado de fósforos y los raspó todos á la vez ¡No había remedio! Oyó claramente la ruidosa combustión que le quemó los dedos, y no vió nada, absolutamente nada.

Entonces un sollozo salió de su pecho, evidencióse en su cerebro su inmensa desventura, botó los fósforos y dejóse caer en la silla, clavando su pobre cabeza sobre sus brazos lasos, y su espantoso dolor se disolvió en llanto.

Aquel ser dulce y resignado, obediente y humilde, no halló una queja ni un reproche para su suerte, se inmolaba como un cordero,

sin un grito ni un balido doloroso, sin una protesta ni una rebelión.

Lloraba silenciosamente, copiosamente, á raudales, como los niños; lloraba apacible mente como lloramos en la infancia, sin los horribles sacudimientos de nuestro organismo vibrante por las pasiones de la juventud huracanada. Aquel ser virgen, aquel ser niño, recibió el tremendo golpe como el huevecillo de un ave al caer sobre un peñasco, y de aquellos sus ojos límpidos corría á raudales el llanto como de un manantial inagotable.

Su madre enferma, su hermana huérfana, su vida inútil, aparecíanse en la inexorable cámara obscura de su cerebro, y el miedo que le causaba su porvenir sin luz, vacío y muerto, aceleraba sus lágrimas, el único refugio de los seres débiles y desgraciados.

¿Qué era él ya? ¿Qué valía él ya? ¿De qué servía él ya?.... Y aquel pensamiento lo inundaba de amargura, pero de una amargura tranquila, deshecha en la dulce lluvia desprendida del cielo nublado de sus ojos.

Como sagrado roció, su llanto caía sobre la floración de sus cariños puros, del amor de su madre y de su pobre hermanita, huérfana como él....

¿Cuánto tiempo permaneció sumergido en su dolor? En la casa todo descansaba, la madre anciana reposaba y la hermana dormía con la tranquilidad del pájaro que tiene la cabeza bajo el ala, y de pronto Luis levantó la cabeza y se irguió resplandeciente de alegría.

¡La luz! Sí, era la luz de la alborada que

entraba á raudales por la ventana abierta!...
¡La luz! ¡Otra vez la luz!

Y allá, á lo lejos, la banda del Primer Ligero echaba á los aires el toque de diana como un saludo triunfal al sol.

RUBÉN M. CAMPOS.

INDICE

	Págs.
Los tímidos.—Ciro B Ceballos	8
De ultratumba.—José Juan Tablada	10
Los dos compadres.—Rubén M. Campos	15
El baile de la Legación.—Gregorio Aldasoro	21
Los ingratos.—Ana Ruiz	28
¡Estas mujeres!..... —José Ferrel	32
La última pena.—Ciro B. Ceballos	39
Amores viejos.—Alberto Leduc	48
El cascabel al gato —Rubén M Campos	62
Un viaje al Cielo.—José Ferrel	69
Amistad.—Rafael Delgado	92
Plenilunio.—Alberto Leduc	98
El retrato del Nene. (Historia amorosa) - Rafael Delgado	103
Homo duplex.—Ciro B. Ceballos	129
Un castigo en el mar.—José Ferrel	135
Amor herido.—Ana Ruiz	141
El crimen de Juan.—Pedro Argüelles	146
Niños y palomas.—Alberto Leduc	155
El alcohol.—Rubén M. Campos	159
La primera maniobra.—José Ferrel	165
Juan José —Pedro Argüelles	172
Un pesimista.—Ciro B. Ceballos	187

Págs.

¡Nó!—J. B. M-G. 194
Mariposas.—Alberto Leduc 198
Pierrot enamorado de la Gloria. (Cuento en cuatro escenas)—Bernardo Couto Castillo 201
Noche horrenda.—Rubén M. Campos 211
¡Maldita guerra!—M. Larrañaga Portugal 217
La estatua del condenado.—José Ferrel 225
Los humildes.—Rubén M. Campos 232